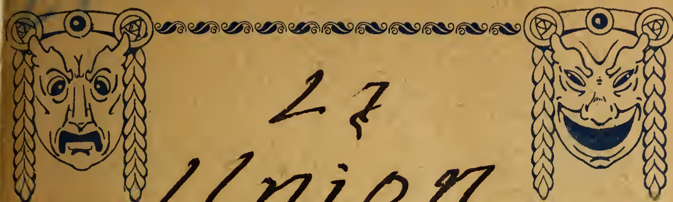


La Union de los jovenes

ARCHIVO TEATRAL MILLÁ

Compra y venta de comedias de todas clases

Calle de San Pablo, 21. - BARCELONA

E. IBSEN

LA UNION DE LOS JÓVENES

COMEDIA EN CINCO ACTOS

VERSIÓN CASTELLANA

DE

ANTONIO DE VILASALBA



MILLÁ Y PIÑOL, EDITORES. — BARBARÁ, 15.— BARCELONA : : : : 1916

PERSONAJES

BRATSBERG, chambelan y fabricante.
ERIK BRATSBERG, su hijo; estudiante en derecho y comerciante.
DORA, su hija.
SELMA, mujer de Erik Bratsberg.
FIELDBO, médico.
STENSGRAD, abogado.
MONSEN, propietario.
BASTIÁN MONSEN, su hijo.
RAGNA, su hija.
HELLE, estudiante.
RIGDAL, administrador de las fábricas.
ANDRÉS LUNDESTAD, propietario rural.
DANIEL HEIRE.
SEÑORA RUNDHOLMEN, posadera.
ASLAKSEN, impresor.
Una sirvienta.
Una criada.
Un camarero.

La acción se desarrolla cerca de una población comercial y al Sur de Noruega.



ACTO PRIMERO

Fiesta popular, en celebración del aniversario de la Constitución noruega del 17 de Mayo. Un parque. Música y baile en el fondo. Farolillos de varios colores penden de los árboles. En el centro, una tribuna para los oradores. A la derecha la entrada de un gran pabellón, y en frente del mismo un restaurant, con una mesa y algunos bancos. A la izquierda, y en primer término, otra mesa adornada con flores y rodeada de sillas.

ESCENA PRIMERA

LUNDESTAD, RINGDAL, y gente de la población. El primero ostenta en el ojal las insignias del Comité, y está de pié en la tribuna; y el segundo, con las mismas insignias, junto á la mesa de la izquierda.

LUNDESTAD.—Y para resumir, estimados compañeros de fiesta, lancemos un viva á nuestra libertad. Tal como nos ha sido legada por nuestros padres, transmitámosla á nuestros hijos. ¡Viva el aniversario de nuestra constitución! ¡Viva el 17 de Mayo!

LA MULTITUD.—¡Viva! ¡viva! ¡viva!

RINGDAL.—*(Mientras Lundestad desciende de la tribuna.)* Y ahora, un viva á nuestro venerable Lundestad!

ALGUNAS VOCES.—Chit... Chit...

OTRAS VOCES.—¡Viva Lundestad! ¡Viva el venerable Lundestad! ¡Viva! ¡Viva! *(La multitud se dispersa.)*

ESCENA II.

LUNDESTAD, RINGDAL, MONSEN, ASLAKSEN, BASTIAN, STENSGARD, y un camarero.

MONSEN.—¡Todavía vive ese hombre!

ASLAKSEN.—¡Y con humor para hablar de nuestros intereses locales! ¡já! ¡já!

MONSEN.—Es el mismo discurso de todos los años. Vamos por ahí.

STENSGARD.—No, no; por aquí señor Monsen, sino vamos á perder de vista á su hija.

MONSEN.—No importa: Ragna sabrá encontrarnos

BASTIAN.—Tampoco es necesario, pues el estudiante Helle está con ella.

STENSGARD.—¿Helle?

MONSEN.—Si, Helle. *(Le toca amigablemente del codo)* Ea, yo le acompañaré á usted. Hágame el obsequio: aquí discurriremos mejor. *(Sientase á la mesa de la izquierda,)*

RINGDAL.—Usted dispensará señor Monsen, la mesa está reservada.

STENSGARD.—¿Reservada? ¿Para quién?

RINGDAL.—Para Su Excelencia el chambelan y su familia.

STENSGARD.—Pero señor... si no están aquí...

RINGDAL.—No importa; vendrán de un momento á otro.

STENSGARD.—Bueno, pues esas excelentes personas ya ocuparán otros puestos. *(Siéntase.)*

LUNDESTAD.—*(Cogiendo la silla)* Repito que esta mesa está reservada.

MONSEN.—*(Levantándose.)* Venga usted señor Stensgard, allí hay buenos sitios. *(Indicando hácia la derecha.)* ¡Camarero!... ¡Conque ni un camarero! El comité de la fiesta no atiende nada. Aslaksen, vaya usted por cuatro botellas de champagne del más

caro y diga que paga Monsen. *(Aslaksen entra en el pabellón.)*

LUNDESTAD.—*(Acercándose y dirigiéndose á Stensgard.)* Supongo no tomará usted á mal lo que le he dicho...

MONSEN.—¡Ea!... ¡Deje usted!...

LUNDESTAD.—No soy yo personalmente, es el Comité de la fiesta quien ha resuelto...

MONSEN.—Se comprende; el Comité de la fiesta ordena y hay que obedecer.

LUNDESTAD.—Estamos en casa del chambelan, quien ha puesto á nuesta disposición parque y jardines. De consiguiente nuestro deber...

STENSGARD.—Pero si estamos bien aqui, señor Lundestad, con tal se nos deje en paz. Yo quiero hablar de la fiesta, de la animación...

LUNDESTAD.—*(Amigablemente.)* Si, si; en fin, celebro... *(Se aleja hácia el fondo.)*

ASLAKSEN.—Luego traerán el vino.

MONSEN.—Ya ve usted; una mesa reservada... sometida á la vigilancia especial del Comité!.. ¡Y en un aniversario de libertad!.. ¡Bonito ejemplo para la marcha del mundo!

STENSGARD.—Pero ustedes ¿por qué lo consienten?

MONSEN.—¡Ah! la fuerza de la costumbre...

ASLAKSEN.— Señor abogado, usted es recien llegado en el pais. Si conociese mejor nuestras condiciones locales!...

CAMARERO.—*(Con el champagne.)* ¿Es ahí?

ASLAKSEN.—Si. ¡Ea, destapad!

CAMARERO.—Es usted quien paga. ¿Verdad señor Monsen?

MONSEN.—Si, todo. Tranquilícese usted. *(El camarero sale. Monsen choca el vaso con Stensgard.)* Bienvenido sea usted entre nosotros, señor abogado. Es un honor para el pais, de que un hombre como usted se establezca aquí. Hemos oído hablar mucho de

usted en los periódicos; especialmente de los discursos que ha pronunciado en sociedades musicales, literarias y otras... Sabemos también que posee usted condiciones oratorias, y que desea de todo corazón el bien de la humanidad. Ojalá pueda usted pues, tomar, una amplia y valiente parte en... en... en...

ASLAKSEN.—En nuestras cuestiones locales.

MONSEN.—Eso es, en nuestras cuestiones locales. A la salud de usted *(Beben.)*

STENSGARD.—Por lo que respecta á mi interés y buena voluntad, no pongan ustedes la menor duda....

MONSEN.—¡Bravo! Beba usted otro vaso por esta buena promesa. ¿Quiere?

STENSGARD.—No, acabo de beber.

MONSEN.—¡Ea! ¡Un vaso más! *(Chocan los vasos y beben.)* Y ya que estamos metidos en ello, debo prevenirle que el chambelan no es el verdadero dueño aqui. En el venerable Lundestad tiene un competidor.

STENSGARD.—Me lo dijeron. No comprendo de ninguna manera que un liberal como él...

MONSEN.—¿Lundestad? ¿Andrés Lundestad un liberal? A lo sumo se habrá dado un barniz en su juventud, pues le convenía parecerlo á fin de prosperar en su carrera.

STENSGARD.—He ahí, pues, una situación, que no puede prolongarse.

ASLAKSEN.—Mal que le pese al diablo, señor abogado, es menester poner término á todo.

STENSGARD.—Seguramente, hay que...

ASLAKSEN.—Si, usted es precisamente el hombre que conviene. Usted tiene la lengua suelta, y lo que es más importante todavía, usted sabe escribir. Pongo mi periódico, como siempre, á su disposición.

STENSGARD.—Señor Monsen, ¿renunciaría us-

ted á sus intereses privados, si los electores le designasen?

MONSEN.—Verdaderamente, mis intereses privados sufrirían; pero si me lo exige el bien público,aparto toda consideración personal.

STENSGARD.—¡Perfectamente! Ya se me antojaba que estaba usted afiliado á un partido·

MONSEN.—Yo me envanezco de que la mayoría de la generación joven, esa vigorosa juventud....

ASLAKSEN.—St... St... Nos espían.

ESCENA III

STENSGARD, HEIRE, MONSEN, BASTIAN, ASLAKSEN.

HEIRE.—*(Miope; mira de un lado á otro y se aproxima al grupo.)* ¿Puedo hacer uso de esta silla libre? ¡Tengo unos deseos de sentarme!. .

MONSEN.—No faltan ahí bancos sólidos: pero si quiere usted ocupar un puesto en nuestra mesa...

HEIRE.—¿En su mesa?... Con mucho gusto. *(Siéntase.)* Veamos; creo que esto es champagne.

MONSEN.—En efecto; ¿beberá usted un vaso á nuestra salud?

HEIRE.— No, gracias. *(Leyendo.)* *Champagne de la Señora Rundholmen.* Vaya, vaya, me parece que un vasito me lo puedo beber á la salud de la compañía. Si tuviese á mano ...

MONSEN.—Bastian, corre, trae un vaso.

BASTIAN.—Aslaksen, vaya usted por él. *(Aslaksen entra en el pabellón. Corta pausa.)*

HEIRE.—Por mi no se molesten ustedes, señores. No quisiera que... Gracias, Aslaksen. *(Saluda á Stensgard.)* ¿Un forastero? ¿Hará

poco que anda usted por el país, eh? ¿Sería usted acaso el abogado Stensgard?

MONSEN.—El mismo. *(Presenta el uno al otro.)* El abogado Stensgard. Daniel Heire...

BASTIAN.—Capitalista.

HEIRE.—Si nos hemos de expresar con precisión, capitalista hasta aqui. Ahora, estoy sin dinero pero no he quebrado.

MONSEN.— Bebamos, bebamos, mientras el vino espuma.

HEIRE.—No hablemos más de niñerías. Confio en que la calamidad será pasajera. Después de terminados mis largos procesos, me he rozado con un gran personaje que... ¡A su salud!... ¡Cómo! ¿No quieren ustedes brindar á su salud?...

STENSGARD.—Dispense usted. ¿Podemos saber quien es ese gran personaje?

HEIRE.—Ja, ja. ¿Por qué pone usted tan mala cara? Ya supondrá usted que no aludo á Monsen, pues de Monsen no se puede decir que sea un gran personaje. Me refiero al chambelan Bratsberg, amigo.

STENSGARD.—Tratándose de negocios, indudablemente el chambelan es persona honrada.

HEIRE—¿Conque honrado? Oigan ustedes. *(Se acerca más.)* Hace algunos años yo valia una tonelada de oro, pues mi padre me había dejado una gran fortuna. Sin duda, ustedes habrán oido nombrar á mi padre, el viejo Mads Heire. Le llamaban *Mads dorado.* Era armador, y ganó sumas enormes durante la época del libre cambio. Sostenia un gran lujo: hasta hizo dorar todas las puertas y ventanas .. ¡Basta! este es el motivo porque le apodaban *Mads dorado.*

ASLAKSEN.—Creo que mandó dorar también los tubos de la chimenea ¿verdad?

HEIRE. — No; esto es un cuento inventado por los periódicos de aquellos tiempos. Se

gastaba el dinero á su placer: yo hice lo mismo... Un costoso viaje á Londres... ¿No han oido ustedes hablar de mi viaje á Londres?... Arrastraba una verdadera corte... Pero, ¿es cierto que no ha llegado á oidos de ustedes? ¡Cuanto dinero he prodigado para el desarrollo de las ciencias y de las artes! ¡Cuántos jóvenes enpujados por mí hacia el saber!

ASLAKSEN —*(Levantándose.)* Dispensen ustedes.

MONSEN.—¡Cómo! ¿nos deja usted?

ASLAKSEN. — Sí; voy á desentumecerme las piernas. *(Vase.)*

HEIRE.—He ahí uno de ellos, y no obstante, me lo recompensa como todos. Sepan ustedes que he pagado sus estudios durante un año.

STENSGARD.—¡Quiá! ¿Tanto ha estudiado Aslaksen?

HEIRE.—Lo mismo que el joven Monsen, si bien no ha prosperado tanto... ¡Basta!... ¿Qué iba yo á decir?... Pues si, dejé de costear sus estudios, pues notaba que esta desgraciada pasión por la bebida...

MONSEN.—Pero esto nada tiene que ver con lo que referia usted al señor Stensgard del chambelan.

HEIRE.—En efecto. ¡Oh! la historia es larga. En los tiempos en que la fortuna de mi padre estaba en todo su apogeo, los negocios del viejo chambelan iban de mal en peor. Entiéndase que me refiero al padre del chambelan actual, el cual disfrutaba de la misma distinción.

BASTIAN.—Naturalmente; aquí todo es hereditario.

HEIRE.—Contando en ello todas las cualidades imaginables... ¡Basta ya!... En una palabra, la depreciación del dinero... los costosos gastos del viejo chambelan, y las impruden-

cias que cometió en el año 1816, le obligaron á enagenar parte de sus tierras...

STENSGARD. Y el padre de usted las compró.

HEIRE.—Compró y pagó. Pero luego de entrar yo en posesión de esos bienes, los he mejorado notablemente.

BASTIAN.—Es natural.

HEIRE.—A la salud de ustedes. Muchas mejoras... Dispuse talas... remiendos, etc. Pero pasan algunos años, y llega el señor Urien actual chambelán y anula la contrata.

STENSGARD.—Pero usted, señor mío, seguramente podía impedirlo.

HEIRE.—No era cosa facil. Él pretendió que habíamos omitido algunas pequeñas formalidades. Además, en aquella época, yo me hallaba en apuros pecuniarios, de pronto pasajeros, pero que á fuerza de tiempo, se han hecho crónicos. Y, actualmente ¿qué hacer sin capital?

MONSEN.—Eso es verdad hasta cierto punto. Tampoco se adelanta con capital; por lo menos yo lo he notado, y mis pobres hijos también.

BASTIAN.—*(Golpeando la mesa.)* ¡Ah, padre, si yo dominase á ciertas gentes!

STENSGARD.—¿Sus hijos decía usted?

MONSEN.—Sí; he ahí á Bastian ¿no ha recibido una buena educación?

HEIRE.—Mejor diría tres, que una. Primeramente estudiante; luego pintor; y ultimamente ingeniero civil.

BASTIAN.—Y con orgullo. ¡Rayos y truenos!

MONSEN.—En efecto, es ingeniero. Puedo probarlo por las cuentas y los certificados de exámen. Más, ¿á quien se encargan los trabajos públicos y los del municipio? A extranjeros, á gentes que nadie conoce y sin garantia alguna.

HEIRE.—Es verdad; lo que pasa aqui es una

vergüenza. El año pasado se tuvo necesidad de un administrador para la Caja de ahorros. Pues bien, se ha despreciado al señor Monsen y se ha empleado á un hombre... *(Tose.)* á quien se le fundía el dinero en los dedos. No se diría esto de nuestro generoso anfitrión. ¿Hay en el municipio una adjudicación cualquiera de trabajos? Jamás es Monsen el favorecido por parte de las autoridades. El *municipio sufragium* del derecho romano, significa aqui que se naufraga en todas las cuestiones municipales. ¡Guerra á tamañas villanías!... ¡A la salud de ustedes!

MONSEN.—Muchas gracias. Pasando á otra cosa, ¿como van sus famosos pleitos?

HEIRE.—Están todos en buen camino. Nada más puedo añadir por ahora. ¡Cuantas vejaciones he sufrido! La semana próxima, me veré en la terrible necesidad, de citar á todo el consejo municipal ante la comisión de arbitraje.

BASTIAN.—¿Es cierta la especie de que se citó usted mismo ante la comisión de arbitraje?

HEIRE.—Si, pero no he comparecido.

MONSEN.—Já, já ¡Conque no compareció!

HEIRE.—Recurrí á un pretexto legal. Tenía que pasar el canal, y como que desgraciadamente fué en el año en que Bastian construyó el puente... Ya recordarán ustedes; aquel puente que se llevaron las aguas.

BASTIAN.—¡Bastó que un maldito!...

HEIRE.—Tenga usted paciencia, jóven. Tantos son aqní los que tiran de la cuerda hasta que se rompe... Así aconteció al arco del puente... En fin, yo me entiendo, ¡basta!

MONSEN.—¡Já, já, já; sí, basta! Beba usted entretanto. *(A Stensgard.)* ¿Ha oido usted? El señor Heire tiene el privilegio de decir lo que piensa.

HEIRE.—El librepensamiento, es el solo derecho civil á que yo concedo importancia.

STENSGARD.—¡Lástima que este derecho sea limitado por la ley!

HEIRE. — Vamos, señor abogado, ya escupe usted bilis, y piensa en incoarme un ruidoso proceso por injurias verbales, ¿he? ¡Fuera rodeos, señor mio! Soy práctico viejo.

STENSGARD.—¿En materia de injurias?

HEIRE.—Perdone usted joven: el disgusto que usted experimenta, hace honor á su corazón. Demos al olvido, pues, todo cuanto he dicho respecto de su amigo ausente.

STENSGARD.—¿Mi amigo ausente?

HEIRE.—El hijo es verdaderamente digno de respeto... ¡Basta! La hija también... Pero cuando yo muerda al chambelan...

STENSGARD.—¿Al chambelan? ¿Pretende usted que el chambelan y su familia, son amigos míos?

HEIRE.—Si señor; á los enemigos no se les hacen visitas, digo...

BASTIAN Y MONSEN.—¿Visitas?

HEIRE.—¡Bah! quizá habré soltado una tontería.

MONSEN.—¿Conque usted ha visitado al chambelan?

STENSGARD.—¡Esto es una impostura! ¡una calumnia!

HEIRE.—¡Que fatalidad! ¿Como concebí que esto era un secreto? *(A Monsen.)* Por lo demás, señor, lo que dije no se ha de tomar rigurosamente al pié de la letra. Cuando digo visitas, me refiero solamente á las de etiqueta con frac y guantes.

STENSGARD.— Repito que no he cambiado palabra con esa familia

HEIRE.—¿Será posible? ¿Tampoco le recibieron á usted la segunda vez? En cuanto á la primera, ya se que le mandaron recado de que no estaban en casa.

STENSGARD.—(*A Monsen.*) Solamente tenía que entregarle una carta de parte de un amigo.

HEIRE.—(*Levantándose.*) ¡Esto es una vergüenza! He ahí á un joven sincero pero sin experiencia, el cual gira una visita á un vanidoso, y quiere verlo porque es rico... ¡Basta! El vanidoso le planta la puerta á los bigotes! ¡No está en casa! Já, já. Cuando es menester, nunca se está en casa... En fin; esto es una groseridad incalificable.

STENSGARD.—Dejemos de una vez estas fastidiosas historias!

HEIRE.—¡No estaba en casa! Él que dice «Para las personas honradas, siempre estoy en casa.»

STENSGARD.—¿Dice eso?

HEIRE.—Si; por pura fórmula. El señor Monsen es otro de los que nunca recibe. ¡Yo no se porqué le tiene á usted ese odio feroz!... ¿Saben ustedes lo que me dijeron ayer?

STENSGARD.—No quiero saber nada.

HEIRE.—Pues, punto en boca. De las declaraciones emitidas por el chambelan no hice caso, solamente me sorprende que propale la especie de que usted es un aventurero.

STENSGARD.—¿Un aventurero?

HEIRE.—Si; y puesto que usted me empuja, le participo que el chambelan declaró que era usted un aventurero y un caballero de industria.

STENSGARD.—(*Dando un salto.*) ¿Cómo ha dicho?

HEIRE.—Aventurero y caballero de industria, ó, caballero de industria y aventurero; no puedo garantir el órden de las palabras.

STENSGARD.—¿Y usted lo oyó?

HEIRE.—No, porque si hubiese estado presente, tenga usted la seguridad que le hubiera defendido cual se merece.

MONSEN.—He ahí lo que sucede cuando..

STENSGARD.—Pero... ¿Como ese desvergonzado se atrevió?...

HEIRE.—¡Vamos! ¡vamos!, no se caliente usted los cascos. Indudablemente lo suponía; y puesto que mañana está usted invitado al banquete puede usted pedirle una explicación.

STENSGARD.—¿Yo?... Mentira. No estoy invitado á ningún banquete.

HEIRE —¿Dos visitas y ninguna invitación?...

STENSGARD.—Aventurero y caballero de industria. ¿Que significa eso?

MONSEN.—Mire usted cuando del lobo se habla, es que se le vé la cola. ¿Vienes Bastian? *(Vase con Bastian.)*

STENSGARD.—¿Que significan las palabras del chambelan, señor Heire?

HEIRE.—No puedo ser más esplicito... ¿Sufre usted? Venga esa mano, y perdone si mi franqueza le ha disgustado ¡Otras amargas experiencias le aguardan! Usted es joven y lleno de confianza! ¡Bellas y dulces ilusiones! Pero oiga, «si la confianza es plata, la experiencia es oro». Esto es un proverbio de mi invención. Dios le proteja. *(Vase.)*

ESCENA IV

LUNDESTAD, STENSGARD, FIELDBO, ASLAKSEN. RINGDAL, BRATSBERG, DORA, Sra. RUNDHOLMEN y pueblo.

LUNDESTAD.—*(Sube á la tribuna y agita la campanilla.)* El señor Ringdal, adminisirador de las fábricas, tiene la palabra.

STENSGARD.—Señor Lundestad, pido la palabra.

LUNDESTAD.—Aguarde turno.

STENSGARD.—No, ahora, inmediatamente.

LUNDESTAD.—No puedo concedérsela, puesto que el señor Ringdal la tiene.

RINGDAL.—*(Sube á la tribuna.)* Señores; en es-

te instante nos vemos honrados con la presencia de un caballero generoso y liberal, á quien nos hemos acostumbrado á mirar desde larga fecha, como nuestro padre. Ese caballero jamás nos ha negado consejos, ni apoyo efectivo; jamás cerró la puerta á ninguna personalidad distinguida; jamás.... nunca... En fin, puesto que nuestro huésped no es amigo de largos discursos, lancemos un viva al chambelán Bratsberg y á su familia ¡Viva!

La multitud.—¡Viva! ¡viva! *(Alegría exhuberante. El chambelán acoge con la mano á los que le rodean.)*

Stensgard.—*(Bajo, á Lundestad.)* ¿Uso de la palabra ahora?

Lundestad.—Si. La tribuna está á la disposición de usted.

Stensgard.—*(Saltando sobre la mesa.)* Ya tengo tribuna.

Varios jóvenes.—¡Bravo!

Bratsberg.—*(A Fieldbo.)* ¿Quien es ese hombre tan extravagante?

Fieldbo.—El abogado Stensgard.

Bratsberg.—¡Ah! ¡Es él!

Stensgard.—Escuchadme, amigos míos, compañeros de fiesta; escuchadme vosotros, todos los que teneis el corazón henchido de júbilo por este aniversario de libertad. Aunque para vosotos sea un desconocido...

Aslaksen.—No, no...

Stensgard.—Gracias, gracias; esto representa para mi, una prueba de simpatía. No obstante, lo repito, os soy desconocido; pero ¿qué importa? Mi corazón bate al unísono con los vuestros, comparte vuestros lutos y alegrías, vuestros combates y victorias. Y si me permitís...

Aslaksen.—Si, si. Concedido.

LUNDESTAD.—Que no se le interrumpa. Usted no tiene la palabra.

STENSGARD.—Y usted tampoco. Usted menos que nadie. Declaro disuelto el comité de la fiesta. ¡Libertad, un día de libertad!

LOS JÓVENES.—¡Viva la libertad!

STENSGARD.—Quieren quitaros la libertad de la palabra; quieren coseros la boca. ¡Oponeos á tamaña tirania! Yo, nunca me prestaré á dirigir la palabra á una multitud esclavizada. Ante todo, quiero la libertad de la palabra, y supongo que vosotros sois de la misma opinión.

LA MULTITUD.—Sí, si.

STENSGARD.—No tenemos necesidad de estas fiestas infructuosas y banales; es preciso que en lo porvenir, la fiesta de Mayo nos regale frutos de oro. Estamos en la época de la siembra; la estación se presenta llena de sávia. El próximo primero de Junio, cumplen dos meses cabales que me establecí entre vosotros; y en tan corto tiempo ¡cuanto he visto aquí de grande y pequeño, de bello y de feo!

BRATSBERG.—Doctor, ¿á qué se refiere?

FIELDBO.—El impresor Aslaksen supone que alude á nuestras cuestiones locales.

STENSGARD.—Cierto que he observado grandes cualidades en el pueblo, pero también he de hacer constar, que la corrupción carga sobre el mismo, su pesado yugo, y lo aplasta. ¡Si; yo he conocido á hombres ardientes, confiados y generosos... á hombres á quienes se les cierran las puertas...

DORA.—¡Oh, Dios mío!

BRATSBERG.—Pero ¿á qué se refiere?

STENSGARD.—Hermanos, un fantasma de la antigua esclavitud, se yergue á vuestro lado, produciendo una oscuridad silenciosa, allí

donde solo debieran brillar la luz y la libertad. ¡Abajo ese fantasma!

LA MULTITUD —Viva, viva el 17 de Mayo.

DORA.—Vámonos, papá.

BRATSBERG —¿A dónde irá á parar con sus fantasmas? Doctor ¿á quién alude?...

FIELDBO. — (*Rápidamente*) Seguramente á los. . (*Le dice algunas palabras al oído*)

BRATSBERG.—Ah! No. ¿Verdad que no?

DORA.—(*Bajo á Fieldbo.*) Gracias.

STENSGARD.—Si nadie se presenta para matar al dragón, lo mataré yo. Pero debemos unirnos, obrar de común acuerdo.

VOCES.—Sí, si.

STENSGARD.—Somos jóvenes, y por lo tanto, el tiempo es nuestro y nosotros del tiempo. Nuestro derecho es nuestro deber. ¡Plaza a todas las fuerzas y á los corazones fuertes! Vamos, si os parece bien, á contraer una alianza. El reinado del saco de escudos ha terminado.

BRATSBERG—¡Bravo! (*Al Doctor.*) Ha dicho saco de escudos. eh? Así tal como suena.

STENSGARD —De este lado me han dirigido un bravo irónico ..

BRATSBERG.—No ., no...

STENSGARD.—¡Qué me importa! Ni alagos ni amenazas afectan al hombre que sabe lo que quiere. Entremos todos al pabellón del restaurant, á fin de concluir la alianza ahora mismo.

LA MULTITUD.—Bravo, bravo, llevémosle. (*Se lo llevan en andas*)

VOCFS.—Que hable más, que hable.

STENSGARD.—Unámonos formidablemente. La misma Providencia favorece la unión de los jóvenes. De nosotros depende, si queremos, el buen gobierno de esta población. (*Es llevado en triunfo al pabellón, en medio de una alegria delirante.*)

SRA. RUNDHOLMEN.—*(Emocionada.)* ¡Que bien se expresa! ¿No le parece, señor Heire, que da ganas de abrazarle?

HEIRE.—Oh, no! lo que es yo no le abrazo.

SRA. RUNDHOLMEN.—¡Usted! ¡Ah, lo creo!

HEIRE. — ¿Quiere abrazarle usted, señora Rundholmen?

SRA. RUNDHOLMEN.—Es usted un hombre detestable. *(Entra con Heire en el pabellón.)*

ESCENA V

BRATSBERG, LUNDESTAD, FIELDBO y DORA.

BRATSBERG.—¡Fantasma! ¡Dragón! ¡Saco de escudos! Ha sido odioso y brusco, pero ha gustado.

LUNDESTAD.—Lo siento de verdad, señor chambelán.

BRATSBERG.—Pues bien, ya vé usted de que le aprovecha conocer tan á fondo el corazón humano. Verdad es que todos podemos equivocarnos. Ea, buenas noches, señor Lundestad; y muchas gracias por esta velada. *(Volviéndose á Dora y Fieldbo.)* Demonio, ¿por qué fuí tan descortés con ese joven?

FIELDBO.—¿Eh?

DORA.—¿Te refieres á su visita?

BRATSBERG.—A las dos visitas. Lundestad tiene la culpa, pues me lo había pintado como un caballero de industria y un... no sé, no recuerdo. Afortunadamente, aún podemos reparar el mal.

DORA.—Más, ¿como?

BRATSBERG. — Escucha, Dora. Esta noche....

FIELDBO.—Oh! señor chambelán, ¿acaso vale la pena?

DORA.—*(Bajo.)* St...

BRATSBERG.—Cuando se ha cometido una falta, es preciso repararla. Buenas noches,

Doctor. He pasado una hora muy agradable, á la cual no me había usted preparado.

FIELDBO.—¿Yo, señor chambelán?

BRATSBERG.—Sí, sí, usted y los otros.

FIELDBO.—Pero... puedo saber lo que yo...

BRATSBERG.—No insista usted, señor Doctor. Buenas noches. *(El chambelán y Dora se alejan por la izquierda. Fieldbo los contempla pensativo.)*

ESCENA VI

LUNDESTAD, FIELDBO, ASLAKSEN, HEIRE.

ASLAKSEN.—*(Saliendo del pabellón.)* ¡Camarero! Pluma, tinta y papel. Esto marcha, señor Doctor.

FIELDBO.—¿Qué és lo que marcha?

ASLAKSEN.—La Unión que hemos fundado.

LUNDESTAD.—*(Acercándose y dulcemente.)* ¿Han firmado muchos?

ASLAKSEN. — Treinta y siete, sin contar las mujeres. ¡Camarero! Pluma, tinta y papel, repito. ¿No hay nadie? ¡Siempre la mala administración local! *(Desaparece.)*

LUNDESTAD.—¡Uf! La jornada ha sido calurosa.

FIELDBO.—Temo que la temperatura aumentará todavía.

LUNDESTAD.—¿Cual es la opinión de usted? ¿Cree usted que el chambelán se ha irritado?

FIELDBO.—No tal: bien se vé Y, ¿que piensa usted de esa nueva Sociedad? Esto parece otra lucha de influencias, preparada para nuestro país.

LUNDESTAD.—Una verdadera lucha, si, tiene usted razón. Stensgard posee cualidadés...

FIELDBO.—Y es ambicioso.

LUNDESTAD.—Es propio de los jóvenes. Cuando yo lo era también ambicionaba. No se lo reprobamos... ¿Entremos?

HEIRE.—*(Saliendo del pabellón.)* ¡Hola Lundestad! ¿Piensa usted hacer oposición? Ea, en tal caso dése usted prisa.

LUNDESTAD.—No tal; aún llego demasiado pronto.

HEIRE.—Demasiado tarde, amigo mío. Acaso ¿pretendía usted ser padrino? *(Bravos, dentro el pabellón.)* ¿Oyen? los sacristanes cantan *amen*. El bautismo ha terminado.

LUNDESTAD.—De todos modos podremos observar y callar ¿no es eso?

HEIRE.—Un pedestal que cae. Otros le seguirán. Todo adquirirá pronto el aspecto de bosques desvastados por la tempestad. ¡Magnífica prespectiva!

FIELDBO.—¿Qué interés tiene para usted todo eso, señor Heire?

HEIRE.—¿Interés? Ninguno para mi, señor Doctor. Si me alborozo, es por el amor que profeso á mis semejantes. Al fin habrá en nuestra localidad un poco de vida y animación. Por lo que á mi respecta sólo repetiré lo que el Gran Turco decía del emperador de Austria y del rey de Francia: «Tanto me dá que el cerdo se coma al perro, como el perro al cerdo» *(Vase por la derecha.)*

LA MULTITUD.—*(Dentro del pabellón.)* ¡Viva el abogado Stensgard! ¡Bravo! ¡Viva la Unión de los jóvenes! ¡Venga vino y ponche! ¡Que traigan cerveza! ¡Bravo! ¡bravo!

BASTIAN.—*(Desde la entrada del pabellón.)* Dios y la humanidad os bendigan. *(Con voz cortada.)* Oh! Doctor! ¡Cuán fuerte me siento esta noche! Es preciso moverme, hacer algo...

FIELDBO.—No hay que preocuparse. ¿Que quiere usted hacer?

BASTIAN.—No sé... Me parece que iré al baile y apalearé á dos ó á tres amigos.

ESCENA VII.

STENSGARD, FIELDBO.

STENSGARD.—¿Eres tú Fieldbo?

FIELDBO.—A vuestras órdenes, señor Pastor de pueblos. ¿Has sido elegido presidente por unanimidad?

STENSGARD.—Naturalmente

FIELDBO.—¿Que conseguirás con ello? ¿Un cargo de confianza? ¿Serás administrador de la Caja de ahorros? O, quizás...

STENSGARD.—No digas lo que no crees. No; tu no tienes el corazón tan duro como pretendes demostrarme.

FIELDBO.—Bueno pues, te escucho.

STENSGARD.—Fieldbo, quisiera que fueses el amigo de siempre. Noto que nuestras relaciones no son lo que eran, y que abrigas una tendencia á la burla, que me irrita, y que... ¡Pero no: estoy soñando! (*Le abraza.*) ¡Dios mío que dichoso soy!

FIELDBO.—¿Tu eres dichoso? ¡Lo mismo digo!

STENSGARD.—Si esta dicha no me hiciese bueno y justo, sería el hombre más miserable del mundo. No sé .. Dí, ¿qué és lo que hice para merecer tanta dicha?

FIELDBO.—He aquí mi mano. Esta noche experimento una gran simpatía por tí.

STENSGARD.—Se fiel y sincero; yo lo seré también. ¿No es una dicha inexplicable, avanzar seguido por grandes multitudes? El triumfo me conmueve, dulzifica mi corazón y me impulsa á amar al prójimo. ¡Siento en mi, un vago deseo de abrazar á todas esas gentes y pedirles perdon, por las preferencias que Dios ha concedido á mi humilde persona!

FIELDBO.—(*En voz baja.*) ¡Ay! ¡Y pensar que un solo hombre puede tanto! (*Alto.*) Esta

noche, no hollaré ni un gusano, ni una hoja de árbol.

STENSGARD.—¿Tú?

FIELDBO.—Basta: no se trata de eso. Solamente quiero demostrarte que te comprendo.

STENSGARD.—¡Qué deliciosa noche! Allá lejos, en los campos, músicas y voces de alegría. Aquí, calma y silencio... El hombre que no se siente superior en semejantes momentos, no es digno de vivir.

FIELDBO.—Cierto, pero ¿qué pensais hacer mañana y los días siguientes? ¿Qué quereis edificar?

STENSGARD.—¿Edificar? Primeramente hay que destruir, Fieldbo. Una vez soñé que el día del juicio final había llegado. El cielo se oscurecia y por más que tratase de distinguir á través de las nubes, solamente herían mis ojos los resplandores de los relámpagos. Bien presto la tempestad sopló del oeste arrastrándolo todo, hojas secas... hombres... Estos, parecían burgeses y corrian tras sus sombreros que arrastraba el viento; más, cuando se acercaron, sorprendióme el ver que eran reyes y emperadores, y lo que perseguían, lo que alcanzaban y tocaban sin poder coger, eran cetros y coronas. Pasaban centenares y mas centenares, sin que nadie adivinara lo que significaba aquello. Algunos lanzaban gritos de espanto y preguntaban: «¿De dónde viene este huracán?» Y, he aquí la respuesta que recibían; «Vibró una voz y ha retumbado tanto, que la tempestad se ha desancadenado.»

FIELDBO.—¿Cuándo soñastes esto?

STENSGARD.—No recuerdo. Hace algunos años.

FIELDBO.—Indudablemente en aquel tiempo alguna revolución turbaba una parte de Europa, y como que tú habrías comido bien, leído los periódicos, y...

STENSGARD.—La misma sacudida fría ha movido mis fibras esta noche... Sí; si, ya sé mi deber. Yo seré la voz que ..

FIELDBO.—Atiende, querido Stensgard. Tú no discurres bien. ¿Dices que quieres ser la voz? ¿Aquí? ¿En esta población? ¿Y en dónde hallarás el eco que producirá la tempestad? En gentes como el propietario Monsen, como Bastian... En vez de emperadores y reyes fugitivos, verias al administrador del partido correr tras el acta de diputado... En resúmen, ¿qué queda de tu sueño? El principio; burgueses corriendo, empujados por el viento.

STENSGARD.—Desde luego, pero no se puede precisar hasta donde alcanzarán, las devastaciones de la tempestad.

FIELDBO.—¡Tonterias! Luego, tú, obsecado y con el roce de esa gente, acabarás por apuntar tus armas contra tus mejores amigos.

STENSGARD.—Esto no es cierto.

FIELDBO.—Pues lo es. Monsen, apenas llegastes te tendió el lazo, y créeme, te perderá si no te libras de él. El chambelán Bratsberg es un hombre honrado, te lo aseguro. Y, ¿sabes por qué Monsen le odia? Pues porque...

STENSGARD.—Basta, ni una palabra más. No ofendas á mis amigos

FIELDBO.—Veamos Stensgard. ¿Monsen es un verdadero amigo tuyo?

STENSGARD.—Por lo menos me acogió en su casa con suma amabilidad.

FIELDBO.—No lo negaré; pero los hombres más distinguidos de esta localidad, no aceptan sus invitaciones.

STENSGARD.—¿Quienes son esos? ¿Algunos funcionarios vanitosos? ¡Los conozco! Por lo que á mi concierne, debo decirte que

me recibió con tanta distinción, tantas deferencias, que...

Fieldbo.—¡Con tanta distinción; eh! ¡Ya te dejaste seducir!

Stensgard.—No tal: veo bien la parte sana y la parte mala de las cosas. El propietario Monsen tiene cualidades; es inteligente, y conocedor de las cuestiones públicas.

Fieldbo.—¿Cualidades dices? Sí, á su manera. ¿Instrucción? Claro, recibe los periódicos y lee los discursos que tú pronuncias, y los artículos que tú escribes. Por lo que respecta á la inteligencia de las cuestiones públicas, la tiene bien demostrada, en la crítica que ha hecho de tus discursos y de tus escritos.

Stensgard.— Fieldbo, no seas malicioso ni disfraces tus pensamientos. ¿Porqué echar siempre mano de argumentos ridículos y despreciables? Voy á confesarte el motivo de mi conducta, ¡el verdadero motivo, entiendes! ¿Conoces á Ragna?

Fieldbo.—¿Ragna Monsen? Sí, algo.

Stensgard.—De vez en cuando va en casa del chambelan.

Fieldbo.— Secretamente. Ella y la señorita Bratsberg son amigas de la infancia.

Stensgard.—Y de su persona, ¿qué opinas tú?

Fieldbo.—Por lo que oigo decir, es una excelente muchacha.

Stensgard.—¡Ah! ¡si la vieses en su hogar! ¡Qué buena y hacendosa para con sus dos hermanitos! ¡Con que abnegación cuidó á su difunta madre, pobre mujer que en sus últimos años tenía alteradas las facultades mentales!

Fieldbo.—Efectivamente; yo fuí su médico por algún tiempo... Pero dime, amigo... Con todo yo no puedo creer... que

Stensgard. — Sí, Fieldbo, la amo... A tí

puedo confesártelo. Supongo te sorprenderás. Extrañarás que tan repentinamente .. Sobretodo sabiendo que me enamoré en Christiania.

FIELDBO.—En efecto; asi me han contado

STENSGARD.—Fué un negocio muy mal llevado y traido. Se hizo necesario romper de una vez y así lo hice, pero, padecí mucho, y créeme, siempre he tenido de ello un remordimiento. Ahora, y á Dios gracias, todo ha terminado. He aquí la causa, de mi desaparición de Christiania.

FIELDBO.—¿Y Ragna corresponde á tu afecto?

STENSGARD.—Sí, amigo, no lo dudes.

FIELDBO.—Entonces todo marcha bien. Tengo motivos para llamarte afortunado

STENSGARD.—¿De veras? ¿Ha insinuado ella quizás á la señora Bratsberg?...

FIELDBO. — No, no puedes comprenderme. Pero dí ¿cómo es posible que te hayas lanzado con tanto entusiasmo á la lucha política? ¿Por qué solicitar así las aclamaciones de las masas?...

STENSGARD.—¿Qué tiene que ver?... El hombre no es en absoluto una simple máquina. No debemos divorciar el trabajo del amor. Luego, es del todo necesario que pase yo por todas esas luchas y esos ruídos, para hacerme merecedor á la mano de Ragna.

FIELDBO.—Que es un camino terriblemente banal.

STENSGARD.—No sé que decirte, Fieldbo; soy ambicioso, ya sabes. Es preciso que trace mi camino en este mundo ¡Al pensar en mis treinta años, y que todavía estoy al principio, siento el aguijón del remordimiento que...

FIELDBO.—Que te propone enmandarte ¿verdad?

STENSGARD.—Es imposible hablar contigo se-

riamente. Tú no has experimentado jamás necesidad de movimiento y actividad. Siempre y en todas partes te he visto entorpecido; en el colegio, en la universidad, en el extranjero, y ahora aquí.

FIELDBO.—Tal vez; pero este entorpecimiento es delicioso ¿sabes? En nada se parece á ese cansancio mortal que á vosotros debilita y...

STENSGARD.—Basta de chanzas. Cometes una mala acción burlándote así. Tu quieres acabar con mi entusiasmo.

FIELDBO.—¿Sabes si es sincero tu entusiasmo?

STENSGARD.—Basta, te repito. ¿Con que derecho turbas mi felicidad? ¿Acaso dudas de mi sinceridad?

FIELDBO.—De ningún modo. Pongo á Dios por testigo.

STENSGARD. — Pues, ¿á qué desanimarme y agriarme? ¿á qué hacerme desconfiado? (*Rumores en el pabellón.*) ¿Oyes, Fieldbo? Allí se bebe á mi salud. La idea que agita á ese grupo es grandiosa.

ESCENA VIII.

Dichos, HELLE, DORA, RAGNA.

HELLE.—Mire usted señorita, aquel es el abogado Stensgard.

DORA.—Pues no paso adelante. Buenas noches Ragna. Buenas noches.

HELLE Y RAGNA —Buenas noches, buenas noches. (*Vanse.*)

DORA.—(*Acercándose.*) Soy la hija del fabricante Bratsberg, y traigo una carta de mi padre para usted.

STENSGARD.—¿Para mí?

DORA.—Hela aquí. (*Hace movimiento de alejarse.*)

FIELDBO.—¿Permite usted que la acompañe?

DORA.—Gracias; no se moleste usted *(Vase.)*
STENSGARD.—*(Leyendo.)* ¿Que significa eso?
FIELDBO.—Pero... amigo... ¿que te escribe el chambelán?
STENSGARD.—*(Riendo.)* No lo esperaba.
FIELDBO.—Dí, pues...
STENSGARD.—Es un ridículo caballerito ese chambelán!...
FIELDBO.—Te atreves...
STENSGARD.—Lo repetiré si quieres... Pero... no... no lo divulgas. *(Mete la carta en el bolsillo.)* Lo dicho, quede entre nosotros. *(La multitud sale del pabellón.)*

ESCENA IX

MONSEN, LUNDESTAD, FIELDBO, STENSGARD, BASTIAN y ASLAKSEN.

MONSEN.—¿Donde está el señor Stensgard?
LA MULTITUD.—Helo aquí ¡Viva!
LUNDESTAD.—Señor, se le olvida usted el sombrero. *(Se lo entrega.)*
ASLAKSEN.—He ahí el ponche.
STENSGARD.—Gracias; no quiero más.
MONSEN.—Sobre todo, los miembros de la Unión, no olviden, que mañana celebraremos una asamblea, en mi casa de Storlí.
STENSGARD.—No, no está fijada para mañana.
MONSEN.—Es conveniente, para ponernos de acuerdo, acerca la redacción del manifiesto.
STENSGARD.—No, mañana no puedo... Pasado mañana... ú otro día. Conque, señores buenas noches. Les doy á ustedes las más sinceras gracias, por la agradable velada que me han proporcionado. ¡Viva al porvenir!
LA MULTITUD.—¡Viva! ¡Sigámosle!
STENSGARD —No, no, gracias.
ASLAKSEN.—Le acompañaremos todos.
STENSGARD.—Sea. Buenas noches, Fieldbo. Supongo que tu no vienes.

Fieldbo.—No, pero te advierto que tu calificativo acerca del chambelán Bratsberg...

Stensgard.—Silencio! Fué duro pero corramos un velo. Ea, amigos; ya que os empeñais en acompañarme estoy á vuestras órdenes.

Monsen.—Cojámonos del brazo, Stensgard.

Bastian.—Músicos, los instrumentos y venga una canción patriótica.

La multitud.—¡Una canción! ¡Música! *(Cantan un himno patriótico y desaparecen.)*

Fieldbo.—*(A Lundestad.)* Arrastra una cola imponente.

Lundestad.—Cierto, pero también se trata de un jefe imponente.

Fieldbo.— ¿Donde se encamina usted, señor Lundestad?

Lundestad.—A mi casa y luego á dormir. *(Saluda y vase. Fieldbo se queda solo en el fondo.)*

Telón



ACTO SEGUNDO

Salón junto al jardín en casa del chambelán. Muebles elegantes, flores, y plantas exóticas. Puerta de entrada en el fondo. A la izquierda una habitación que comunica al comedor. A la derecha puertas vidrieras dan paso al jardin.

ESCENA PRIMERA

FIELDBO, ASLAKSEN, una Sirvienta. El segundo de pié cerca de la puerta de entrada. La sirvienta con dos canastillas de fruta.

SIRVIENTA.—Repito que están comiendo. Vuelve usted más tarde.

ASLAKSEN.—¿Puedo esperarme aquí?...

SIRVIENTA.—Sí, si; ¿Porque no? *(Vase al comedor. Aslaksen toma asiento. Silencio. Entra Fieldbo.)*

FIELDBO.—Buenos días, Aslaksen. ¿Usted aquí?

SIRVIENTA.—*(Volviendo.)* Tarde llega el señor Doctor.

FIELDBO.—Tuve que asistir á un enfermo.

SIRVIENTA.—¡Tanto como le aguardaron el chambelán y la señorita!

FIELDBO.—¿De veras?

SIRVIENTA.—Si quiere, señor Doctor, puede entrar; á no ser que...

FIELDBO.—No, no, nada precisa. Aquí aguardaré todo el tiempo que sea conveniente.

SIRVIENTA.—Están terminando. Con su permiso.

ASLAKSEN—¿Conque rechaza usted la invitación de sentarse á una mesa espléndidamente

servida, atestada de dulces, vinos finos, y otras mil cosas excelentes?

Fieldbo.—Si; porque tengo para mí, que nunca se apetece lo que abunda.

Aslaksen.—No participo de esta opinión...

Fieldbo.—Bah!... ¿Espera usted á alguien?

Aslaksen.—En efecto, á alguien espero.

Fieldbo.—¿Que tal la familia? ¿Está buena la señora Aslaksen?...

Aslaksen.—Siempre en cama, tosiendo y desesperándose.

Fieldbo.—¿Y el niño?

Aslaksen.—Este, quedará baldado. Es la suerte que nos espera... ¡No hablemos de miserias!

Fieldbo.—Muéstreme usted la cara, Aslaksen.

Aslaksen.—¿Para qué?

Fieldbo.—Usted ha bebido hoy.

Aslaksen.—Y ayer también.

Fieldbo.—Ayer era excusable... Pero hoy...

Aslaksen.—*(Señalando el comedor.)* ¿Acaso no beben allá dentro?

Fieldbo.—Ciertamente, estimado Aslaksen. Casi están en su derecho. Pero la situación de usted no es la misma.

Aslaksen.—¡Mi situación! ¿Fuí yo á escogerla?

Fieldbo.—No, ya sé: fué la Providencia...

Aslaksen.—Tampoco fué la Providencia... Fueron los hombres; por ejemplo Daniel Heire, quien me hizo renunciar el oficio de impresor, para consagrarme al estudio; y el chambelán Bratsberg, quien, después de arruinar á Heire, forzóme á ser otra vez impresor.

Fieldbo.—Dispense usted, y sepa para su gobierno, que el chambelán no arruinó á Daniel Heire, sino éste á si mismo.

Aslaksen.—Bueno; pero ¿porqué se arruinó Heire habiéndose comprometido á cuidar por mi porvenir? Dios también tiene su

parte de culpa, concediéndome tantas aptitudes. Quizá sería yo un buen obrero, si ese farsante no se hubiese interpuesto en mi camino.

Fieldbo.—Hace usted mal en hablar así: lo que Daniel Heire ha hecho para usted ha sido con los mejores propósitos.

Aslaksen.—No lo niego, pero estos buenos propósitos no me han servido de nada. Allá dentro, en la sala, donde se bebe y se brinda, también tuve yo mi puesto, ataviado con elegancia. Aquel ambiente me embriagaba, y yo que leía mucho, y deseaba gozar de todo cuanto hay de bello en la vida, sentíame atraído por tan agradable existencia. Pero poco duró para mi tan hermoso paraíso; todo se vino abajo, todo se convirtió en ruinas.

Fieldbo.—Su situación no era tan apurada como usted supone; todavía le quedaba su oficio para vivir.

Aslaksen.—¿A mi con esas? ¡Conque después de lo ocurrido, mi situación no era apurada! Estando sobre el hielo me dieron un puntapié, y ahora me insultan porque caí.

Fieldbo.—No es mi propósito juzgarle á usted con severidad.

Aslaksen.—Y hace usted bien, porque entre Daniel Heire, la providencia, el chambelán, la suerte, yo mismo y las circunstancias, se hilvana un enredo de mil demonios. A veces, me siento animado por separar dichos elementos, y escribir un libro para analizarlos, pero ¿como orientarse en tanta confusión? *(Mirando hacia la izquierda.)* Mire usted; ya vienen.

ESCENA II

Dichos, STENSGARD pasando del comedor al jardin con DORA á la izquierda y SELMA á la derecha. FIELDBO y ASLAKSEN cerca de la puerta del fondo. Mas tarde, HEIRE y ERIK.

STENSGARD.—Repito que aquí soy un extranjero. Ustedes me indicarán dónde vamos.

SELMA.—Allá bajo, al fresco, donde contemplará usted el jardín.

STENSGARD.—Debe ser delicioso. *(Vanse por la primera puerta vidriera de la derecha.)*

FIELDBO.—¡Dios mío! era Stensgard.

ASLAKSEN.—Precisamente he venido para hablarle. Mientras iba en su busca, me encontré con Daniel Heire, quien me dijo...

HEIRE.—*(Saliendo del comedor con Erik.)* Jé, jé, estaba bueno el Jerez. Desde mi viaje á Inglaterra, no he saboreado mejor vino.

ERIK.—Ni que fortalezca más, ¿verdad?

HEIRE.—Jé, jé, ¡Que dicha ver el dinero tan bien empleado!

ERIK.—Já, já, já... si... en efecto... ciertamente... *(Bajan al jardín).*

FIELDBO.—¿Le conviene á usted hablar de algún asunto con Stensgard?

ASLAKSEN.—Claro; de la fiesta, para publicar la reseña en el periódico.

FIELDBO.—Bien. ¿Quiere usted esperarlo fuera?

ASLAKSEN.—¿En el vestíbulo?

FIELDBO.—No, en el recibimiento, pues este lugar no lo considero conveniente. Apenas vea sólo á Stensgard le diré que le está usted aguardando.

ASLAKSEN.—Perfectamente. *(Váse por el fondo)*

ESCENA III

BRATSBERG, LUNDESTAD, FIELDBO, RINGDAL.

BRATSBERG.—*(A Lundestad)* ¿Desvergonzado, dice usted? Bueno, pero aparte la forma, en ese discurso había oro en barra.

LUNDESTAD.—Si usted está satisfecho, señor chambelán, también lo estoy yo.

BRATSBERG.—Bravísimo. He ahí al señor Doctor, probablemente con el estómago vacío.

FIELDBO.—No del todo, señor chambelán; y además, como me considero en mi casa, y no está muy lejos el comedor...

BRATSBERG.—¡Conque...! No obtante, me parece...

FIELDBO.—¡Oh! no lo tome usted á mal, pues usted mismo me autorizó...

BRATSBERG.—Perfectamente. Está usted en su casa y puede, desde luego, tomar el camino del comedor. *(Le da un golpecillo en la espalda y se vuelve á Lundestad)*. He ahí a uno que también podría usted calificar de vividor, y de... ¿Qué más?... No acierto...

FIELDBO.—Pero, señor chambelán...

LUNDESTAD.—No, por cierto.

BRATSBERG.—Ea, basta de discusiones. Después de comer no es higiénico. Vamos al jardín á tomar café. *(Vánse)*.

LUNDESTAD.—*(A Fieldbo)*. ¿No ha notado usted qué estraño está hoy el señor chambelán?

FIELDBO.—Ya lo noté ayer.

LUNDESTAD.—Se empeña en que yo he calificado al señor Stensgard de vividor y de...

FIELDBO.—No se preocupe, señor Lundestad. Aunque usted lo haya pensado, ¿qué? Dispense usted, voy á saludar á la señora. *(Vase por la derecha)*.

LUNDESTAD.—*(A Ringdal que prepara una mesa*

de juego). ¿Cómo es posible que el abogado Stensgard esté aquí?

RINGDAL.—Lo mismo pregunto, pues él no constaba en la lista.

LUNDESTAD.—Luego, fué después del insolente discurso que el chambelán escuchó ayer...?

RINGDAL.—¿Qué podemos pensar de esto?... Seamos prudentes. *(Bajan al jardín).*

ESCENA IV

STENSGARD, SELMA. Luego ERIK,

SELMA.—¡Qué bien se domina desde allá abajo, y por encima de la arboleda, la torre de la iglesia y la parte alta de la población!

STENSGARD.—Verdaderamente.

SELMA.—Es una bonita perspectiva, ¿no es cierto?

STENSGARD.—Todo es bello aqui; el jardin, la perspectiva, el sol, los habitantes... ¿Permanecen ustedes aquí todo el verano?

SELMA.—No; mi marido y yo siempre vamos de un punto para otro. En la ciudad, tenemos una magnífica casa, mucho mas grande que ésta.

STENSGARD.—¿La familia de usted habita en la ciudad?

SELMA.—¿Mi familia? Nosotras, princesas de cuentos de hadas, no tenemos familia.

STENSGARD.—¿Princesas de cuentos de hadas?

SELMA.—Todo lo más tenemos una madrasta muy mala...

STENSGARD.—¡Una bruja! Ja, ja... ¿Conque es usted princesa?

SELMA.—En los castillos habitados aparecen sombras á media noche. El Doctor Fieldbo asegura que ésto es delicioso, pero...

ERIK.—*(Viniendo del jardín.)* Por fin, encuentro á mi mujercita.

SELMA.—La cual, cuenta al señor Stensgard la novela de su vida.

ERIK.—¡Toma! ¿Y qué papel representa el marido?

SELMA—El de príncipe, ya se supone. *(A Stensgard.)* ¿Ve usted? Siempre aparece un príncipe que rompe el encanto, y entonces todo es bueno y bello; el velo de la felicidad se descorre y se termina la novela.

STENSGARD.—Si, pero es muy corta!...

SELMA.—Puede... Según se mire.

ERIK.—*(Abrazándole el talle.)* De esta novela surge una buena nueva, y la princesa se transforma en reina.

SELMA.—¿Exactamente como las verdaderas princesas?

ERIK.—¿Qué hacen esas?

SELMA.—Se marchan al extranjero, léjos... muy lejos...

ERIK.—¿Un cigarrillo, señor Stensgard?

STENSGARD.—Gracias. por ahora no.

ESCENA V.

STENSGARD, ERIK, FIELDBO, DORA, SELMA. Luego BRATSBERG,

SELMA.—Hola, Dora. ¿Supongo te encuentras mejor?

DORA.—¿Yo?

SELMA.—Y me parece estás ya en buenas relaciones con el doctor.

DORA.—Te aseguro que no es así.

SELMA.—Veamos. En efecto, tienes fiebre. ¿Qué opina usted señor, Fieldbo? ¿Cuando acabará con la calentura?

FIELDBO.—¡Ah! Todo dura su tiempo... Es ley natural.

DORA.—El frío tampoco me satisface.

SELMA.—No, lo mejor es un término medio, según dice mi marido.

Bratsberg.—*(Viniendo del jardin)* ¿Toda la familia en intimo consorcio? Puede que esto no sea decente para nuestros huéspedes.

Dora.—Querido padre, voy enseguida...

Bratsberg.—¿Conque es el señor Stensgard, quien hace la corte á las señoras? Vigilaré.

Dora.—*(Bajo á Fieldbo)* Quédese usted. (*Vase al jardin.)*

Erik.—*(Ofreciendo el brazo á Selma,)* ¿Permite la señora?

Selma.—Ven. *(Vanse los dos.)*

Bratsberg.—*(Siguiéndoles con la mirada.)* A esos dos no hay que pensar en separarlos.

Fieldbo.—Verdaderamente, sería un mal pensamiento.

Bratsberg.—Para los locos hay un Dios. (*Llamando.)* Dora, Dora, vigila á Selma. Llévale un abrigo y no la dejes correr de esta manera, que pillaría un resfriado. ¡Ay, señor doctor! los hombres no tenemos perspicacia. ¿Sabe usted un remedio para eso?

Fieldbo.—La experiencia. Uno se instruye á su cuenta, y después se aprovecha de la experiencia del pasado.

Bratsberg.— Gracias por el consejo, pero usted que se considera aquí en su casa, debería ocuparse un poco de los extraños.

Fieldbo.—Con mucho gusto.

Bratsberg.—Imite, señor doctor, á mi amigo Heire...

Fieldbo.—Quien se considera igualmente en su casa.

Bratsberg.—Ja, ja, ja. No está mal.

Fieldbo.—Pues voy á reunirme con él, y los dos haremos lo que esté á nuestro alcance.

ESCENA VI

BRATSBERG y STENSGARD.

STENSGARD.—Acaba usted de nombrar á Daniel Heire, señor chambelán, y la verdad, me ha sorprendido verle aqui.

BRATSBERG.—No tal; Heire y yo somos amigos de infancia, y nos hemos relacionado con frecuencia.

STENSGARD.—Precisamente á propósito de esto, Heire, nos contaba ayer cosas divertidas.

BRATSBERG.—¡Malo!

STENSGARD.—Sin lo cual yo no me hubiera exitado tanto, pero tiene una manera de hablar de los hombres y de las cosas... que... en fin, es un deslenguado.

BRATSBERG.—Mi estimado y joven amigo, el señor Heire es mi huésped, no lo olvide usted. Por lo tanto, concedo licencia en mi casa, mientras no se ofenda á las personas con quienes estoy relacionado.

STENSGARD.—Perdone usted, señor chambelán.

BRATSBERG.—Comprendo; usted pertenece á la joven generación que no ve las cosas con claridad; y en cuanto á Heire, dudo que le conozca usted á fondo: es un hombre á quien debo numerosos servicios.

STENSGARD.—Eso dice él; pero no creí que...

BRATSBERG.—Es más: le debo mi felicidad doméstica; le debo á mi nuera, señor Stensgard. Heire la adoptó de niña, y á los diez años daba conciertos. Usted sin duda habrá oido nombrarla: Selma Sioblom.

STENSGARD.—¿Sioblom? Si... cierto... Su padre era un sueco.

BRATSBERG.—Profesor de música, sí. Hace mucho tiempo vino aqui por primera vez. Ya sabe usted que comunmente un profesor de música, no nada en oro; asi que ha-

biendo conocido á Heire, quien desde larga fecha era un buen husmeador de estrellas, éste se interesó por la niña y le proporcionó contrata para Berlin. En esas, el padre murió, y habiendo variado la situación financiera de Heire, la niña regresó á Christiania donde fué acogida, como es de suponer, por las más ricas familias. Allí fué donde mi hijo tuvo ocasión de tratarla.

STENSGARD.—De modo que Heire había servido de instrumento...

BRATSBERG.—Es así como las cosas se enlazan en la vida. Todos somos simples instrumentos... usted mismo es un instrumento de demolición.

STENSGARD.—¡Oh! señor chambelán; usted me confunde.

BRATSBERG.—¿Por qué?

STENSGARD —Verdaderamente, ayer estuve inoportuno.

BRATSBERG.—Acaso la forma dejó que desear, pero la idea era buena. Por eso le ruego señor Stensgard, que desde ahora, cuando se sienta algo en el corazón, me venga á ver y me hable con franqueza. Créeme usted; también deseo que todo vaya bien.

STENSGARD—¿Me permite usted que sea franco?

BRATSBERG.—Ciertamente, ¿Cree usted que no he notado, como nuestra sociedad va adquiriendo paulatinamente malas costumbres? Pero ¿puedo yo remediarlo? Durante la época del rey Carlos Juan, habitaba yo casi siempre en Stockolmo: ahora soy viejo y no es propio de mi procurar reformas, ni tomar parte activa en los negocios. Usted al contrario, señor Stensgard; usted reune las cualidades necesarias para ellos... En fin, si le parece bien, trataremos los dos una alianza.

STENSGARD.—Gracias, señor chambelán.

ESCENA VII

BRATSBERG, RINGDAL, HEIRE, STENSGARD.

RINGDAL.—También digo que es un error.

HEIRE.—Pues desde ahora ya no creo en mis orejas.

BRATSBERG.—¿Hay algo nuevo, Heire?

HEIRE.—Si; Lundestad está en camino de pasarse al partido de Storli.

BRATSBERG.—¿Te chanceas?

HEIRE.—Dispensame, amigo, lo sé por sus propios labios. El propietario Lundestad, quiere por razones de salud, retirarse á la vida privada; ya sabemos lo que esto significa.

STENSGARD.—¿Lo dijo él mismo?

HEIRE.—Si señor; anunció esta gran nueva ante un grupo de gente que se quedó estupefacta.

BRATSBERG.—Pero, amigo Ringdal, ¿cómo se concilia eso? ¿cómo se explica...?

HEIRE.—No es difícil de adivinar.

BRATSBERG.—Cierto, pero no deja de tener importancia para el distrito. Venga usted Ringdal, conviene que pidamos explicaciones á Lundestad. *(Bajan al jardin.)*

ESCENA VIII

FIELDBO, HEIRE, STENSGARD.

FIELDBO.—¿Ha salido el chambelán?

HEIRE.—St... Los sabios están reunidos ¿Sabe usted la gran nueva, doctor? Lundestad renuncia á su sitio en el parlamento.

FIELDBO.—¿Es posible?

STENSGARD.—¿Lo entiendes tú eso?

HEIRE.—Se armará un zafarrancho de mil diablos. Estos serán los primeros efectos de

la Unión de los jóvenes, señor Stensgard. Y apropósito, ¿sabe usted como se habría de llamar esa Unión? Más tarde se lo diré.

STENSGARD.—¿Cree usted que nuestra sociedad...?

HEIRE—No abrigo la menor duda. Luego tendremos el gusto de ver partir el propietario de Storli, para representarnos en la capital. Si hubiese medio de despedirle enseguida, yo ayudaría con mucho gusto... Pero, ¡basta!

ESCENA IX

STENSGARD, FIELDBO.

STENSGARD.—Dime Fieldbo; ¿cómo te explicas esto?

FIELDBO.—Verdaderamente, no comprendo. ¿Cómo te arreglaste para venir acá?

STENSGARD.—Como los otros; nos invitaron.

FIELDBO.—Anoche, ¿no es eso? Después del discurso.

STENSGARD.—¿Y qué?

FIELDBO.—Que aceptastes.

STENSGARD.—¿Pues qué hacer? No podía distanciarme de personas tan comedidas.

FIELDBO.—Pero en tu discurso, no se echaron de ver semejantes escrúpulos.

STENSGARD.—Basta; en mi discurso atacaba los principios, no las personas.

EIELDBO.—Conformes; pero, ¿cómo interpretas la invitación?

STENSGARD.—La tengo por muy natural.

FIELDBO—¿Pensarás que el chambelán te teme?

STENSGARD.—No tanto; es hombre respetable.

FIELDBO.—De acuerdo...

STENSGARD.—Tengo su proceder por muy noble y acertado. Por cierto que la señorita Bratsberg estaba muy graciosa cuando me trajo la carta.

FIELDBO.—Dime, ¿se ocuparon de tu discurso?

STENSGARD.—No lo esperes: son personas demasiado educadas para tocar un asunto tan delicado. Así y todo, me pesa en el alma, y pienso excusarme de un momento á otro.

FIELDBO.—No te lo aconsejo. Por lo visto no conoces al chambelán.

STENSGARD.—Entonces, dejaré mis actos que hablen por mi.

FIELDBO.—No obstante, tu no puedes abandonar el partido del propietario de Storlí.

STENSGARD. — Procuraré una reconciliación. ¿No dispongo de la Sociedad que he fundado, y que como ves, es una potencia?

FIELDBO.—Permite...; ¿Y tu amor para con la señorita Monsen? Ayer consideraba el caso digno de tomarse en serio, pero pensándolo bien, he cambiado de opinión. Este proyecto, tendrías que abandonarlo.

STENSGARD.—Paréceme que tienes razón. Cuando el matrimonio se efectua en una familia mal educada, no nos casamos con la hija, sino con toda la familia.

FIELDBO.—Efectivamente, pero además... hay otras razones.

STENSGARD.—Monsen es mal educado, murmura de las personas que recibe, y en Storlí todas las habitaciones huelen á tababo podrido.

FIELDBO.—Pero amigo, ¿como no notastes antes, ese olor á tabaco?

STENSGARD.—Porque hasta ahora no establezco las comparaciones convenientes. Apenas llegué aqui, empeoró mi situación, rodeado de charlatanes que me han ensordecido con sus imposturas. Ahora he resuelto cortar por lo sano: no quiero ser más el instrumento de su egoismo, ni de sus vanidades.

FIELDBO.—¿Qué objeto tiene, pues, tu Sociedad?

STENSGARD.—La Sociedad ha sido fundada con miras liberales, susceptibles de modificación. Su objeto primordial es, contrarrestar las malas influencias, cuyo fundamento empiezo á comprender.

FIELDBO.— ¿Crees que la «Juventud» verá todo con los mismos ojos que tú?

STENSGARD.—Conviene que así sea. Tengo el derecho de exigir que esas insignificantes personalidades, sigan la conducta que yo les trace. Digo, me parece.

FIELDBO.—¿Y si no quieren?

STENSGARD.—Hagan lo que les de la gana: puedo prescindir de ellos. ¿Crees tú, que por una ciega obstinación y por el ridículo gusto de parecer lógico, yo sacrificaré todo mi porvenir en un mal negocio, y renunciaré absolutamente á mi ideal?

FIELDBO.—¿Cual es tu ideal?

STENSGARD.—Una existencia, que me proporporcione ocasión de lucir mi talento y de satisfacer todas mis ambiciones.

FIELDBO—No divages. Veamos, ¿cual es tu ideal?

STENSGARD.—Mi ideal... A ti te lo puedo confiar. Mi ideal consiste en ser diputado ó ministro, y casarme con alguna muchacha rica y de buena familia.

FIELDBO.—¡Ah! ¿Y tu esperas que con ayuda del chambelán?

STENSGARD.—No espero nada: me basto yo solo. Triunfaré por mis propias fuerzas; ó sinó, al tiempo. Deja que disfrute de la belleza del paisaje, y de la luz del sol.

FIELDBO.—¿Aquí?

STENSGARD.—Si, porque aqui se practican las buenas formas, la existencia es deliciosa y la conversación es elegante. Ah! Fieldbo! Solamente aquí, he comprendido en que consistía la verdadera distinción! ¿No experimentas el placer de que te vuelves más

refinado? Convengamos en que las personas ricas se diferencian de las otras. Cuando pienso en la fortuna de Monsen, tengo la visión de billetes de banco manchados y cartas de pago sucias; mientras que aquí, todo es oro puro, radiante. Lo mismo digo de la gente! ¡El chambelán! ¡que excelente y distinguido anciano!

FIELDBO.—Es verdad.

STENSGARD.—¿Y el hijo? Franco, activo...

FIELDBO.—Cierto.

STENSGARD.—¿Y la nuera? ¡Una perla! ¡Dios mío, que naturaleza más rica y original!

FIELDBO.—¿Dora?... Ah, si. La señorita Bratsberg reune las mismas cualidades.

STENSGARD—Puede, pero no el mismo caracter.

FIELDBO.—No la conoces: ignoras cuan formal y franca es.

STENSGARD.—Pero la nuera ¡es tan sincera, tan lista y encantadora!

FIELDBO.—Parece que estás enamorado de ella.

STENSGARD.—¡Enamorado de una mujer casada! ¿Estás loco? ¿á qué me llevaría eso? No obstante, yo quiero amar, lo siento en el alma. Si... si... ella es formal... franca...

FIELDBO.—¿Quien?

STENSGARD.—La señorita Bratsberg.

FIELDBO.—¿Cómo? ¿tu no piensas ya en...?

STENSGARD.—Si, pienso...

FIELDBO.—Esto es imposible, créeme.

STENSGARD.—¡Quita allá! La voluntad es una gran fuerza: verás como es posible.

FIELDBO.—En fin, esto es una extraña ligereza, pues ayer estabas enamorado de la señorita Monsen.

STENSGARD.— Me apresuré, lo confieso. Tu mismo me aconsejastes de desistir.

FIELDBO.—Y ahora te aconsejo categóricamente, que no pienses ni en una ni en otra.

STENSGARD.—¿Conque...? ¿Acaso piensas declararte á una de ellas?...

FIELDBO —Te aseguro que no.

STENSGARD.—No por eso desistiría. Además, si se intenta cortar mi camino y oponerme obstáculos, no respetaré nada:

FIELDBO.—Cuidado, no diga yo otro tanto.

STENSGARD.—¿Tu? ¿Con que derechos te constituyes tutor de la familia Bratsberg?

FIELDBO.—Soy su amigo.

STENSGARD.—Bah! No me convencerás con semejantes sofismas. Aqui, lo que hay, es tu egoismo. En esta casa han herido tu vanidad haciéndote representar el papel de Juan Lanas, y por eso quieres alejarme de ella.

FIELDBO.—Sería lo mejor para tí, pues estás en terreno peligroso.

STENSGARD.—¿Si? Muchas gracias, ya le pondré puntales á este terreno.

FIELDBO.—Inténtalo; yo te juro que no tardará mucho en hundirse á tus pisadas.

STENSGARD.—Si preparas alguna traición, dímela: te conozco y sé que eres el único enemigo que tengo.

FIELDBO.—No hay tal enemigo.

STENSGARD.—Sí, lo eres y lo fuíste siempre, desde que éramos compañeros de colegio. Tú, al igual que todos me mirais de soslayo. Es verdad que soy un extranjero aquí, pero tu que me conoces, no me has hecho nunca justicia. Tu defecto principal, consiste, en no reconòcer el mérito de los otros. Ya cuando estabas en Christania, te inscribistes en los casinos, con el solo objeto de matar el tiempo desacreditando á todo bicho viviente. Pero, esto pervierte al individuo y mata en él el sentimiento de lo bello, de la consideración, y de todas las aptitudes.

FIELDBO.—¿Conque no soy apto para nada?
STENSGARD.—Jamás me has hecho justicia.
FIELDBO.—Pero, ¿que debo estimar en tí?
STENSGARD.—Por lo menos fuerza de voluntad, cosa que me reconocen todos; los que ayer me festejaban, el chambelán...su familia...
FIELDBO.—Si, todos... el propietario Monsen, su hijo, los... ¡Cáspita! me olvidaba decirte que allá te espera uno.
STENSGARD.—¿Uno? ¿Quién?
FIELDBO.—Uno de estos que te aprecian. (*Abre la puerta*). Aslaksen, entre usted.
STENSGARD.—¡Aslaksen!...

ESCENA X

Dichos y ASLAKSEN.

ASLAKSEN.—Por fin.
FIELDBO.—Hasta luego. No quiero incomodar á los amigos. (*Baja al jardin*).

ESCENA XI

STENSGARD y ASLAKSEN.

STENSGARD.—¿A qué viene usted aquí?
ASLAKSEN.—Usted me prometió ayer una reseña de la fundación de nuestra Sociedad.
STENSGARD.—Espere usted un poco.
ASLAKSEN.—Imposible señor Stensgard; el periódico aparecerá mañana.
STENSGARD.—No: es menester cambiarlo todo, pues entramos en una nueva fase. Circunstancias imprevistas me obligan á retirar lo que dije ayer respecto al chambelán.
ASLAKSEN.—¿Respecto al chambelán?... ¿Se reconciliaron ustedes?
STENSGARD.—Suprime usted la forma. Hay que modificarlo todo. Tal como soy. ¿me cree usted capaz de dirijir nuestra Sociedad?

ASLAKSEN.—¡Dios me guarde de lo contrario! Con todo, quisiera demostrarle...

STENSGARD. — ¡Fuera observaciones! No las consiento de ninguna clase.

ASLAKSEN.—Señor abogado, mi subsistencia peligra. Este invierno, antes de llegar usted, mi periódico marchaba mucho mejor. Yo mismo lo redactaba ateniéndome á un principio invariable: el público numeroso alimenta los periódicos, pero el público numeroso es el malo: le conviene, pues, un mal periódico, y por consiguiente todos los números aparecían inspirados en esta idea.

STENSGARD.—Detestable: no hay que negarlo.

ASLAKSEN.—Pero me iba bien. Al venir usted y manifestar sus ideas, mi periódico ha tomado un partido. Consecuencia: los amigos de Lundestad se han dado de baja y los otros pagan mal.

STENSGARD—Pero ahora publica usted un buen periódico.

ASLAKSEN.—Más, yo no vivo de un periódico bueno. Si este pais recobrase animación y vida, conforme usted prometía ayer, sacaríamos á la vergüenza pública, á personas de influencia, y mi periódico publicaría artículos de fondo que todos tendrían afán de leer. Pero, usted falta á su palabra.

STENSGARD.—¿Usted se figura que iba á ponerme á sus órdenes para promover escándalo?

ASLAKSEN.—Señor abogado, no me desespere, pues vamos de mal en peor.

STENSGARD.—¿Qué quiere usted decir?

ASLAKSEN.—Que me veré obligado á recurrir á otros procedimientos para que mi periódico produzca dinero. Antes que usted viniese lo llenaba con incidentes, suicidios y otras cosas mas ó menos ciertas: ahora que usted todo lo ha revuelto, el público reclama otro alimento.

Stensgard.—Pues bien: si usted me desobedece, fundaremos inmediatamente otro periódico. Tenemos dinero, y antes de quince dias matamos á su papelucho.

Aslaksen,—*(Pálido)* No lo hagan ustedes.

Stensgard.—Yo lo haré. Me considero capaz de redactar un periódico que en poco tiempo se atraiga todo el público.

Aslaksen.—En ese caso, voy á avistarme inmediatamente con el chambelán.

Sstensgard.—¿Usted? ¿Y para qué?

Aslaksen.—Conozco los móviles que indujeron al chambelán á invitarle á usted, Le teme, y usted abusa. Pero si teme las intenciones de usted, temerá también las que yo le amenazaré de publicar. Así lograré mi parte de beneficio.

Stensgard.—¿Se atreverá usted? ¡Farsante!

Aslaksen. — Desde luego, si el chambelán quiere que el discurso de usted no se publique en mi periódico tendrá que darme dinero.

Stensgard.—¿Se atreverá usted? ¡Obcecado!

Aslaksen.—Hasta cierto punto. Pero conste que me convertiré en león para defender mi último pedazo de pan, si intentan robármelo. ¡Ah! usted no tiene idea del lastimoso espectáculo que presenta mi hogar: mi mujer siempre en cama; mi hijo enfermo...

Stensgard.—¡Qué me importa! ¿Quiere usted ensuciarme en su lodo? ¿Qué me importan su mujer enferma y su hijo lisiado? Atrévese usted á interponerse en mi camino, y antes de un año ingresará usted en el hospicio.

Aslaksen—Aguardaré, pues, veinticuatro horas.

Stensgard.—Usted empieza á ser razonable.

Aslaksen.—Advertiré á mis lectores que el redactor encargado de la reseña se indis-

puso durante la fiesta, y que por consiguiente no le es posible...

STENSGARD. — Perfectamente: hágalo así, y luego quizá nos entendamos.

ASLAKSEN.—Que sea pronto. Reflexione usted, señor abogado; el periódico es mi único sustento. *(Vase por el fondo).*

ESCENA XII

STENSGARD y LUNDESTAD

LUNDESTAD.—¿Cómo va, señor abogado?

STENSGARD.—Bien; y usted, señor Lundestad?

LUNDESTAD.—Puesto que está usted solo, y si no le es molesto, hablaremos un rato.

STENSGARD.—A sus órdenes.

LUNDESTAD.—Desde luego le prevengo que si alguien le indica que yo pronuncié palabras denigrantes acerca de su persona, no le crea usted.

STENSGARD.—¿De mi persona? ¿Qué es ello?

LUNDESTAD.—Nada, lo juro: pero hay gentes tan mal intencionadas y que solo se ocupan de promover discordias...

STENSGARD. — En efecto... pero henos aquí cara á cara y en una falsa situación.

LUNDESTAD.—No, señor Stengard, la situación de lo joven frente á lo viejo es natural.

STENSGARD. — Ea, señor Lundestad, no es usted tan viejo...

LUNDESTAD.—Sí, sí, los años pasan. Desde 1839 tengo asiento en el parlamento, y es menester pensar en mi retiro.

STENSGARD.—¿En su retiro?

LUNDESTAD.—Los tiempos cambian, amigo. Nuevos deberes se imponen, y para llevarlos á cabo, prcisan nuevas fuerzas.

STENSGARD —Responda usted con sinceridad, señor Lundestad: ¿Quiere usted ceder su puesto á Monsen?

LUNDESTAD.—¿A Monsen? No por cierto.

STENSGARD.—Pues no comprendo...

LUNDESTAD.—Supongamos que ceda mi puesto á Monsen, ¿cree usted que hay probabilidades de ser elegido?

STENSGARD.—Es muy difícil de prever: la elección de interventores tendrá lugar pasado mañana, y la opinión no está suficientemente trabajada, así que...

LUNDÉSTAD.—Me parece que no se saldrían ustedes con la suya. Mi partido y el del chambelán no votarían á Monsen. Al decir *mi partido*, entiéndase que me refiero á los propietarios y á las antiguas familias patricias. Este núcleo no quiere oir hablar de Monsen; le considera un emigrado, un forastero, sin partidarios fieles. Ha sido menester que trabajase rudamente para trazarse un camino, derribando para ello, no solamente bosques, sino familias enteras,

STENSGARD.—En tal caso, si usted cree que no hay probabilidades...

LUNDESTAD.—Señor Stensgard, Dios concedió á usted multitud de cualidades, pero se olvidó de una que vale por todas.

STENSGARD.—¿Cuál?

LUNDÉSTAD.—Señor Stensgard, ¿por qué no piensa usted en sí mismo? ¿Por que no tiene usted ambición?

STENSGARD.—¿Ambición?... ¿Yo?...

LUNDESTAD.—¿Por qué gasta usted sus fuerzas para los otros?... En fin, ¿por qué no quiere usted entrar en el parlamento?

STENSGARD.—¿Yo?. . Usted se chancea.

LUNDESTAD.—Según dicen, usted ha conquistado el derecho electoral, pero si no aprovecha usted la oportunidad, puede que venga otro bien ensillado á quien dificilmente hará usted apearse.

STENSGARD.—¡Por Dios! ¿Sabe usted lo que dice, señor Lundestad?

LUNDESTAD.—No perdamos tiempo: si usted no quiere, entonces...

STENSGARD.—¿Si yo no quiero? Francamente confieso que no estoy tan libre de ambición como usted cree. Pero, ¿está usted convencido de que es posible...?

LUNDESTAD.—Ya lo creo. Cuente usted con mi ayuda y la del chambelán. Además, dispone usted de los jóvenes...

STENSGARD.—Reconozco que es usted mi verdadero amigo, señor Lundestad.

LUNDESTAD.—Y si usted lo es mío, líbreme de esa pesada carga, que sus robustos hombros llevarán más comodamente que los míos.

STENSGARD.—Fíese usted de mi.

LUNDESTAD.—¿Conque usted no se opone?...

STENSGARD.—He ahí mi mano.

LUNDESTAD.—Gracias: no se arrepentirá usted de ello. Ahora á trabajar con prudencia. Tratemos de que nos nombren candidatos á los dos: yo le propondré á usted para sucederme, y usted defenderá sus ideas, y atacará á los adversarios.

STENSGARD.—Al llegar á eso, habremos ya ganado la partida. Usted es omnipotente en las reuniones de electores.

LUNDESTAD.—Pero la omnipotencia tiene sus grados: haga usted gala de sus cualidades de orador, y procure deslindar todo cuanto pueda ser ofensivo.

STENSGARD—Yo no puedo disgustar mi partido.

LUNDESTAD.—Estudie usted la cuestión detenidamente. ¿Qué significan en el pais dos partidos? Pues sencillamente, que por una parte hay familias poseyendo bienes y títulos nobiliarios, y que tienen su puesto en la administración de los negocios públicos, (á las cuales yo pertenezco), y por otra, el

grupo de nuestros conciudadanos jóvenes que pretenden igualmente su parte de riqueza y de poder. Este último partido es el suyo, señor Stensgard, del cual, usted se saldrá, naturalmente, apenas sea diputado y se haya conquistado una situación sólida de propietario, cual es menester.

STENSGARD.—Cierto, pero el tiempo es corto y semejante situación no se adquiere de un manotazo.

LUNDESTAD.—Naturalmente; pero desde luego podría usted abrigar alguna esperanza...

STENSGARD.—¿Esperanza?...

LUNDESTAD.—¿Se opondría usted á la idea de una buen dote, señor Stensgard? Existen en el país gran número de ricas herederas, y para un hombre como usted llamado á escalar los puestos más elevados... Créame usted, con táctica, ninguna le despreciará.

STENSGARD.—Sobretodo si usted me ayuda. ¡Ah! señor Lundestad, usted me descubre anchos horizontes y magníficas perspectivas! Todos mis sueños dorados se transforman en realidades palpables.

LUNDESTAD—A trabajar pues, señor Stensgard. Su ambición se ha despertado, lo demás vendrá por si solo. Entretanto le doy las gracias: jamás olvidaré el buen servicio que acaba usted de prestarme, librando á mis viejos hombros de la carga del poder.

ESCENA XIII

Dichos y BRATSBERG, ERIK, HEIRE, FIELDBO, SELMA, DORA, invitados. Durante el curso de la escena dos sirvientes traen candelabros y refrescos.

SELMA.—*(Acercándose al piano.)* Quédese, señor Stensgard; nos divertiremos en juegos de prendas.

STENSGARD.—Con mucho gusto. A sus órdenes.

(Se dirigen al fondo del salón y se ocupan en preparar el juego.)

ERIK—*(En voz baja.)* Señor Heire, ¿que es esto que dice mi padre? ¿Qué significa el discurso que pronunció ayer el señor Stensgard?

HEIRE —Já, já, ¿no lo sabe usted?

ERIK.—Es que nos fuímos con mi esposa y varios amigos, al baile del casino. Mi padre añade que Stensgard ha roto sus relaciones con los de Storlí, y que atacó duramente á Monsen.

HEIRE.—¿Monsen? Seguramente usted entendió mal.

ERIK.—Es posible: había tanta gente á nuestro alrededor. Lo que si oí fué que...

HEIRE.—¡Basta! Espere usted á mañana: seguramente la historia, se publicará con todos los detalles, en el periódico de Aslaksen, y podrá usted leerla mientras se desayuna. *(Vase.)*

BRATSBERG—Y qué, amigo Lundestad, ¿prosige usted en su manía?

LUNDESTAD.—No es manía, señor chambelán; cuando uno corre peligro de caerse al agua, es menester arrojarse al mar.

BRATSBERG.—Bah! Palabras de efecto; ¿quien intentará desprestigiarle á usted?

LUNDESTAD.—Soy piloto experimentado. La atmósfera cambia: veo venir el viento. Hay quien me suplanta. Stensgard se dispone...

BRATSBERG.—¿El abogado Stensgard?

LUNDESTAD.—Si, ¿acaso no estaba convenido? Cuando usted me dijo que Stensgard necesitaba socorro y apoyo equivalia á deponer mi actitud en su favor.

BRATSBERG—Me refería solamente á la lucha que empeñó contra las destructoras trapacerías de los de Storlí.

LUNDESTAD. — Pero, ¿como sabia usted que Stensgard romperia con esas gentes?

BRATSBERG.—Anoche me probó su sinceridad.
LUNDESTAD.—¿Anoche?
BRATSBERG.—Sí, al ocuparse de la fatal influencia de Monsen.
LUNDESTAD.—*(Con sorpresa.)* ¿De Monsen?
BRATSBERG.—Sí, estuvo muy duro con él; se insolentó llamándole saco de escudos, basilisco, dragón... ¡que sé yo!... Era divertido...
LUNDESTAD.—¿Conque, divertido?
BRATSBERG.—Si. Yo le estoy agradecido á ese discurso. Por lo tanto, conviene que le apoyemos,pues trás un ataque tan violento...
LUNDESTAD.—¿El de ayer?
BRATSBERG.—Sí.
LUNDESTAD.—¿En la fiesta?
BRATSBERG.—Eso es; en la fiesta.
LUNDESTAD.—¿Contra Monsen?
BRATSBERG.—Claro; contra Monsen y su camarilla. Así, que, no debemos sorprendernos si intentan vengarse.
LUNDESTAD.—*(Convencido.)* Verdaderamente, veo que es menester ayudar á Stensgard.
DORA.—Papá, ven á jugar con nosotros.
BRATSBERG.—¡Qué singular idea, hija mía!
DORA.—Ven, ven, Selma lo quiere.
BRATSBERG.—Vamos allá, pues. *(En voz baja.)* Lundestad se hace viejo y lo siento de veras. Figúrate, hija mía; no cogió nada de lo que Stensgard decía ayer...
DORA.—Ven, ven, á jugar. *(Lo lleva.)*
ERIK.—Señor Heire, usted es el rey de prendas.
HEIRE.—Já, já... el primer nombramiento que recibo en este triste mundo.
STENSGARD.—Se le concede, á causa de sus frecuentes relaciones con la justicia.
HEIRE.—Oh! amigos, yo me tendré por satisfecho de condenarles todos á la vez... ¡Ea!
STENSGARD.—*(Deslizándose hácia Lundestad.)* He notado que estaba ustad con el chambelán ¿Le habló de mi?

LUNDESTAD.—Si, del incidente de anoche.
STENSGARD.—¡Diablo!
LUNDESTAD.—Opina que estuvo usted insolente.
STENSGARD.—Harto lo siento yo.
LUNDESTAD.—Quizá podrá usted excusarse.
ERIK.—Señor Stensgard, á usted toca.
STENSGARD.—Voy. *(Rápidamente.)* ¿Qué haré?
LUNDESTAD.—Si la ocasión se presenta, discúlpase al chambelán.
STENSGARD.—Es verdad, tiene usted razón.
SELMA.—¡De prisa! ¡Pronto!
STENSGARD.—Aqui estoy, señora. *(El juego continúa con gran alborozo. Las personas de edad juegan á cartas. Lundestad toma asiento á la izquierda y Heire á su lado.)*
HEIRE.—Ese pedante, quiere suponer que yo he tenido que ver con la justicia.
LUNDESTAD.—No se puede negar que estuvo insolente.
HEIRE.—Y que con sus desplantes se atrae la familia Bratsberg. Causa pena ver como le temen.
LUNDESTAD.—Se engaña usted: el chambelán no le teme; cree que el discurso de ayer iba dirigido á Monsen.
HEIRE.—¿A Monsen? ¡Qué locura!
LUNDESTAD.—Pues es así: Ringdal y su hija le han desorientado
HEIRE.—Ya se ve: luego va á su encuentro y le invita á una suculenta comida. ¡Es delicioso!... Le aseguro que esto no podré callarlo nunca.
LUNDESTAD.—Por favor, no diga usted nada. Bratsberg no deja de ser su antiguo compañero de colegio, y aunque se haya mostrado con usted un poco duro...
HEIRE.—Dureza que le devolveré con creces.
LUNDESTAD.—Cuidado; el chambelán es poderoso y con los leones no se juega...
HEIRE.—¿Bratsberg un león? Diga usted un

torpe. Oh! que bonitos enredos, que detestables alusiones, y que rasgos tan crueles, me inspirará todo eso al incoar mi proceso.

SELMA—*(A Heire.)* Señor rey, ¿qué penitencia impone al dueño de esta prenda?

ERIK.—*(A Heire disimuladamente.)* Es de Stensgard: imagine usted algo divertido.

HEIRE.—¿Esta prenda? Dejen que la examine. Podría... ¡Ea! Que pronuncie un discurso.

SELMA.—Señor Stensgard, señor Stensgard...

STENSGARD.—Eso si que no; dispensen ustedes. Ayer lo hice mal.

BRATSBERG.—Al contrario, señor Stensgard; estuvo usted bien. En elocuencia soy entendido.

LUNDESTAD.—*(A Heire)* ¡Diablo! ¡Con tal no se retracte!

HEIRE —¿Retractarse? Justo: me acude una idea magnifica. *(Bajo á Stensgard.)* Si anoche lo hizo usted mal, ahora puede desquitarse.

STENSGARD.—*(Asaltándole una idea.)* Lundestad, he aquí una buena ocasión

LUNDESTAD.—Cuidado y táctica. *(Coge su sombrero, y gana la puerta lentemente)*

STENSGARD.—Pues si, pronunciare un discurso.

LAS SEÑORAS.—Bravo, bravo.

STENSGARD.—A beber, señores. Voy á pronunciar un discurso que empieza con una leyenda, ya que siendo cuanto me rodea encantador es natural que me siente inspirado por la musa de la poesía.

ERIK.—*(A las Señoras.)* ¡Atención! *(El chámbelán toma su vaso de encima la mesa de juego y queda de pié. Ringdal, Fieldbo y otros, llegan del jardín.*

STENSGARD—Estábamos en primavera: un cuco revoloteaba por el valle, y como es sabido, el cuco es pájaro de buen augüero. En los linderos de la selva, aquel día las aves

estaban de fiesta, y en grupos, marchaban cantando las aves salvajes y las aves domésticas. Las gallinas llegaban cacareando, las ocas chillando... cuando del corral de Storlí, surgió ruidoso un gran pavo, el cual cloqueaba, sacudía las alas, se hinchaba y se erguía y decía en su lengua: «Yo soy el rey de Storlí.

BRATSBERG.—¡Delicioso!

STENSGARD.—Había allí un animalucho que posado en una rama de árbol, empezó á picorear, gritar, y á mover de aqui para allá su pico afilado, devorando insectos para alimentar su bilis. Por todas partes se oía su pic!... pic!... pic!...

ERIK.—Dispénse usted. ¿Sería la cigüeña, ó...?

HEIRE.—Silencio.

STENSGARD.—Era un pico viejo. La reunión se animaba: de pronto aparece un pajarraco y las aves empiezan á cloquear. Acercaron luego sus cabecitas y cloquearon juntas mucho tiempo, hasta que el joven cuco se decidió á formar parte del coro y clocleó también con los demás.

FIELDBO.—*(Bajo á Stensgard.)* ¡Por Dios! ¡Cállate!

STENSGARD.—Pero el pajarraco en cuestión, era una águila que había elejido una piedra solitaria para disfrutar de su reposo. Todas se coaligarón contra ella. «Es el terror del vecindario», decia un horrible cuervo. Pero en aquel momento el águila, volando majestuosamente, desciende al pié de su roca, saca el cuco del valle y lo lleva á las alturas, realizando á la vez la conquista de un corazón. El pájaro de buen agüero voló á través de las áridas llanuras, hacia el sol; y allá aprendió á despreciar, el cloqueo de los gallineros y la tristeza de los campos estériles.

FIELDBO.—¡Basta!... Ha terminado... ¡Música!..

BRATSBERG.—Silencio. Que nadie interrumpa.

STENSGARD.—Señor chambelán, mi leyenda ha terminado; y puesto que estamos entre buenas gentes, le pido perdon por el incidente de anoche.

BRATSBERG.—*(Dando un paso atrás.)* ¿A mi?

STENSGARD.—Y le doy las gracias por la manera de vengarse. Desde ahora cuente usted con un amigo fiel. Señoras, caballeros, ¡viva el chambelán Bratsberg!

BRATSBERG.—*(Tambaleando y apoyándose en la mesa.)* Gracias, señor abogado

LOS INVITADOS.—*(Algo contrariados.)* ¡Bravo! ¡Muy bien, señor chambelán!

BRATSBERG—Señoras, caballeros. *(Bajo)* ¡Dora!

DORA.—Padre mio.

BRATSBERG.—Doctor, doctor, ¿que ha hecho usted?

STENSGARD.—*(Con el vaso en la mano, radiante de alegría.)* Ahora, cada uno en su sitio. Fieldbo, ingresa en la Unión de los jóvenes. Todo va viento en popa.

HEIRE.—*(En primer término, á la izquierda.)* Eso es: todo va viento en popa. *(Lundestad desaparece por el fondo.)*

TELÓN

ACTO TERCERO

Antecámara elegante con ingreso en el fondo. A la izquierda, una puerta que comunica al despacho del chambelan. Más al fondo otras dos; la del salón y la del despacho del administrador de las fábricaa. Enfrente de dicha habitacíón, una ventana.

ESCENA PRIMERA

BRATSBERG, DORA.

Bratsberg.—Penas y lágrimas; ahí tienes las consecuencias de esta comedia.

Dora.—¡Ojalá no hubiésemos conocido jamás á ese detestable Stensgard!

Bratsberg.—Dí, á ese fastidioso Fieldbo.

Dora.—¿Fieldbo?

Bratsberg.—Sí, Fieldbo, el que me engañó.

Dora.—No, papá, yo te engañé.

Bratsberg.—¿Tú? ¡Los dos! ¿Y á mis espaldas? ¡Magnífico! ¡Correcto!

Dora.—¡Oh! papá, si supieses...

Bratsberg.—¡Ya sé, ya sé; sé demasiado!

ESCENA II

Dichos y FIELDBO.

Fieldbo.—Buenos días, señor Bratsberg; buenos días, señorita.

Bratsberg.—¿Usted aqui, ave de mal agüero?

Fieldbo.—Efectivamente, fué un incidente desagradable.

Bratsberg.—*(Mirando por la ventana.)* ¿Conque á usted le parece?...

Fieldbo.—Seguramente notaría usted que yo tenía siempre la vista fija en Stensgard. Al organizarse el juego de prendas, desgraciadamente no pensé en el peligro.

Bratsberg.—*(Dando con el pié.)* ¡Puesto á la picota por semejante imprudente! ¿Que pensarían de mi los invitados? Que yo he comprado torpemente á ese.... á ese.... ¿Como le llama Lundestad?

Fieldbo.—Pero...

Dora.—*(Sin ser vista de su padre.)* St... St...

Bratsberg.—*(A Fieldbo, después de una pausa.)* Doctor, con franqueza;¿Soy, realmente, más torpe que la generalidad de los hombres?

Fieldbo.—¿A qué tan extraña pregunta?

Bratsberg.—Pero ¿cómo es posible que fuese yo el único en no comprender que aquel maldito discurso iba dirigido contra mi?

Fieldbo.—Tal vez porque no ve usted su situación en el distrito, con los mismos ojos que sus compatriotas.

Bratsberg.—La veo cual la viera mi difunto padre y nunca se pensó en traicionarle.

Fieldbo.—¿Creo que su padre murió en 1830?

Bratsberg.—Eso es; desde entonces, ¡como han cambiado las cosas! Sí; yo tengo la culpa de lo que sucede; he confraternizado demasiado con el pueblo, y por eso me comparan con el propietario Lundestad.

Fieldbo.—Así es; pero en verdad, yo no veo gran descrédito en eso.

Bratsberg.—¡Bah! Yo no concedo importancia á los títulos de nobleza, pero lo que distingo y lo que quiero que todos distingan, es la honradez hereditaria de nuestra familia. Si uno se mezcla como Lundestad, en la vida pública, hállase envuelto muchas veces en compromisos, por dónde se pierde la independencia de carácter y de conducta. De ahí que Lundestad sufra que

le echen lodo. Pero á mi, dejenme en paz; yo no pertenezco á ningún partido.

FIELDBO.—No tal, señor chambelán, puesto que tenía usted por exelentes aquellos insultos, mientras creyó qué iban dirigidos á Monsen.

BRATSBERG.—No pronuncie usted el nombre de Monsen: él es, quien ha demoralizado el país, y por desgracia, quien ha vuelto loco á mi híjo.

DORA.—¿Erik?

FIELDBO.—¿Su hijo?

BRATSBERG.—Sí, ¿que necesidad tenía Erik de meterse en especulaciones comerciales?

FIELDBO.—Pero señor, es menester que él viva.

BRATSBERG.—Podría vivir con desahogo economizando la herencia de su madre.

FIELDBO.—No niego que le bastaría. Pero ¿qué objeto tendría entonces su vida?

BRATSBERG.—Tiene usted razón, es menester tener una ocupación, un ideal. El estudió derecho, ¿por qué no se consagra á la jurisprudencia?

FIELDBO.—Sería contrario á sus inclinaciones y no hay que pensar en hacerse luego una clientela. Por otra parte, usted se ha reservado á sí mismo la administración de su fortuna. Erik no tiene hijos que pudieran ocuparle; así que, cuando uno ve gentes formadas de la nada, y que llegan á reunir medio millón...

BRATSBERG.—¿Medio millón? Descuente usted la mitad. Medio millón ni cien mil coronas, no se amontonan con las manos limpias. Ya sé que el vulgo no participa de esa opinión; al contrario, aplaudirá un éxito semejante, pero la conciencia... ¡Ah, no! mi hijo no se dará á tales negocios. Le aseguro que el comerciante Bratsberg no ganará medio millón.

ESCENA III

Dichos, SELMA.

SELMA.—¿Está aquí mi marido?
BRATSBERG.—Buenos días, hija mía. ¿Buscas á tu marido?
SELMA.—Sí, me dijo que aguardaría aquí, y como el señor Monsen vino esta mañana...
BRATSBERG.—¿Monsen? ¿Acaso Monsen visita nuestra casa ahora?
SELMA.—Algunas veces... por negocios... Pero ¿qué tienes Dora? ¿has llorado?
DORA.—No es nada.
SELMA.—Si, si. En casa, Erik estaba malhumorado. Pero... adivino en vuestro semblante algo anormal. ¿Qué hay?
BRATSBERG.—Nada que á ti te interese. Eres demasiado delicada, amada Selma, para llevar pesadas cargas. Idos al salón, porque si Erik ha dicho que vendria, no faltará.
SELMA.—Vamos, pues... Cuidado con las corrientes de aire. *(Enlazando el talle de Dora.)* ¿Sabes que podria ahogarte, amada Dora? *(Salen.)*
BRATSBERG.—¿Á esas han llegado ya los dos especuladores? Yo de ellos fundaria una casa; la casa Monsen-Bratsberg! ¿Suena bien, no es verdad? *(Llaman.)* ¿Quien es?

ESCENA IV

BRATSBERG, STENSGARD, FIELDBO.

BRATSBERG.—*(Retrocediendo.)* ¡Como! ¿usted aquí?
STENSGARD.—Una vez más; Señor chambelán.
BRATSBERG.—Ya lo veo.
FIELDBO.—Tú estás loco.
STENSGARD.—Pronto se marchó usted anoche.

Al esclarecerme, Fieldbo, la situación, usted ya no estaba.

BRATSBERG.—Dispense usted pero toda explicación es inútil.

STENSGARD.—Lo sé; pero si usted me permite...

BRATSBERG.—No, no.

STENSGARD.—Ya sé que le ofendí...

BRATSBERG.—Yo también. ¿Quiere usted decirme, antes no le eche, á qué viene?

STENSGARD.—Sencillamente; he venido porque amo á su hija, señor chambelán.

FIELDBO.—¿Eh?... ¿Cómo?

BRATSBERG.—¿Qué dice señor Doctor?

STENSGARD.—Usted no puede darse cuenta de eso, señor chambelán; usted es anciano y no se ha visto nunca en semejantes luchas.

BRATSBERG.—Y, usted tiene valor de...?

STENSGARD.—Vengo á solicitarle la mano de su hija, señor chambelán.

BRATSBERG.—¿Usted? ¿usted? ¿Y no quiere sentarse?

STENSGARD.—Gracias, prefiero estar de pie.

BRATSBERG.—¿Qué dice á esto el señor Doctor?

STENSGARD.—Fieldbo dirá lo que conviene, puesto que me comprende y es mi mejor amigo.

FIELDBO.—No, no cuentes más con mi amistad. Después de lo que tú...

BRATSBERG.—Oh, Doctor ¿y para eso lo introdujo usted en nuestra casa?

STENSGARD.—Ustedes solamente me conocen por los discursos de estos dias, y esto no basta. Además, ya no soy el mismo que era; las relaciones que han medido con ustedes y sus partidarios, produjeron en mí, los mismos efectos que una lluvia de primavera. En una sola noche la semilla ha germinado; no me roben el sol que la hará fructificar, ¡Jamás fuí dichoso en el mundo!...

BRATSBERG.—Pero, ¿mi hija?...
STENSGARD.—Yo conquistaré su afecto.
BRATSBERG.—No lo crea usted.
STENSGARD—Pues será, porque yo quiero. Acuérdese usted de lo que me decia ayer: usted estaba disgustado del matrimonio de su hijo, y no obstante, todo ha cambiado en bien de la familia. Aprovéchese usted de la experiencia del pasado, como dijo Fieldbo.
BRATSBERG.—¡Hola! ¿esta era su idea de usted?
FIELDBO.—No, señor chambelán, de ninguna manera. *(A Stensgard.)* ¿Quieres hablar conmigo un instante á solas?
STENSGARD.—¿Estás loco? A ti nada tengo que decirte. Señor chambelán, sea usted hábil y prudente. Una familia como la suya tiene necesidad de nuevas alianzas; de lo contrario, la raza se entorpece.
BRATSBERG.—No, no, esto no es del caso.
STENSGARD.—Ea, no se excite usted. Renuncie de una vez á esos fastidiosos prejuicios de origen, que en el fondo no son sino tonterías. Ya verá usted que amigo tendrá en mi cuando me conozca mejor. Le aseguro que se tendrá por dichoso de contarme en su familia. Y su hija también; verá que contenta se pone.
BRATSBERG.—¿Qué opina usted de eso, doctor?
FIELDBO.—Opino que es una locura.
STENSGARD.—Cierto; para ti será una locura, pero yo tengo una misión en este mundo, y no me dejo seducir por frases y ruídos.
BRATSBERG—Señor abogado, allí está la puerta.
STENSGARD.—¿Me echa usted?
BRATSBERG.—Salga de aquí
STENSGARD.—Piénselo usted bien, señor chambelán...
BRATSBERG—Salga usted, repito. Usted es un vividor, y un...un... No acierto el calificativo.
STENSGARD.—En suma, ¿qué es lo que soy?

BRATSBERG.—Un... un... no acierto... Salga usted.

STENSGARD.—¡Ay de usted si se interpone en mi camino!

BRATSBERG.—¿Qué hará usted?

STENSGARD.—Le perseguiré á usted, le atacaré desde los periódicos, le calumniaré, desacreditaré su honra... Mis latigazos le harán á usted sangrar, y siempre le parecerá ver en el cielo, espíritus malignos, prontos para matarle. ¡Ah! usted temblará, se aterrorizará, y en vano buscará un refugio para librarse de mi cólera.

BRATSBERG.—Usted si que tendrá de buscar refugio en un manicomio para curarse.

STENSGARD.—Gracias por el consejo, señor Bratsberg. Sepa usted que la cólera de Dios está conmigo, y no hago sino cumplir su voluntad á la cual usted se opone. Por hoy, veo no llegaremos á ningún acuerdo: por consiguiente, le ruego se aviste con su hija y le deje escoger libremente. Así, se pone usted en salvo y logra el bienestar de todos. ¿Como podría usted esperar que le cayese un yerno como yo, entre tantos jóvenes inútiles é insignificantes? Fieldbo dice que ella es reflexiva, buena y fiel, cosa que usted sabrá bien. Por lo tanto, de usted depende que tenga en mi un amigo ó un enemigo. Adiós, señor chambelán. *(Sale.)*

BRATSBERG.—¡Que desfachatez! ¡En mi casa semejantes audacias!

FIELDBO.—Stensgard, es el único que puede atreverse.

BRATSBERG.—Hoy él, mañana otro...

FIELDBO—Que vengan: verán mi recibimiento.

BRATSBERG.—¿Usted que ha ocasionado todo el mal? Stensgard es el más desvergonzado bribón que he conocido en mi vida. Y no

obstante, hay en él, algo así... que me gusta, lo confieso.

FIELDBO.—Verdaderamente tiene talento.

BRATSBERG.—Lo que tiene es una gran franqueza, señor doctor. El, no oculta sus intenciones como hacen otros, él...

FIELDBO. — Basta. Con Stensgard muéstrese usted inflexible. Solamente así vencerá.

BRATSBERG.—Guárdese usted sus consejos. Ni él, ni otro, ni...

ESCENA V

Dichos y RINGDAL.

RINGDAL. — Perdone usted, señor chambelán; una palabra. *(Háblale al oído.)*

BRATSBERG.—¿Cómo? ¿En tu casa?

RINGDAL.—Entró por la puerta del fondo, solicitando ser recibido con tanta insistencia...

BRATSBERG.—Malo!... Doctor, entretenga las señoras un momento. Espero una persona que... No diga usted nada á Selma ni á Dora de la visita de Stensgard; ahorremosles disgustos. Tenga usted la bondad de pasar. *(Fieldbo entra en el salón. Ringdal vuelve á su habitación.)*

ESCENA VI

BRATSBERG y MONSEN.

MONSEN.—Dispense usted, señor chambelán.

BRATSBERG.—Adelante. ¿Qué desea usted?

MONSEN.—Casi nada, puesto que poseo aproximadamente cuanto deseo.

BRATSBERG.—Que será mucho, eh?

MONSEN.—La suerte me ha favorecido y he llegado con creces á donde quería.

BRATSBERG.—Le felicito.

MONSEN.—¿Y si yo pudiera ser útil al señor chambelán?

BRATSBERG.—¿A mí?

MONSEN.—Hace cinco años, cuando se vendieron en pública subasta los bosques del municipio, usted los pujó.

BRATSBERG.—Cierto, pero usted más que yo, hasta que se los adjudicaron.

MONSEN.—Psdría usted adquirirlos, mejorados como están.

BRATSBERG.—Diga usted atropellados por talas realmente criminales.

MONSEN.—Todavía tienen un gran valor, y en manos de usted, dentro algunos años...

BRATSBERG.—Gracias, gracias. Siento no poder ocuparme en este negocio.

MONSEN.—Hay para ganar mucho, señor chambelán. Por mi parte preparo una gran especulación, consistente en un negocio que producirá enormemente, algo así, como doscientas mil coronas.

BRATSBERG.—¿Doscientas mil? Efectivamente la suma no es pequeña.

MONSEN.—Ya lo creo. Y que no dejaria de añadir con gusto al capital en efectivo. Pero hay que librar una gran batalla, y para ese fin convienen tropas auxiliares. El dinero contante no precisa, pero sí nombres conocidos y acreditados.

BRATSBERG.—Hay quienes se prestan á esas combinaciones.

MONSEN.—No se preocupe; una mano lava la otra. Usted tendrá los bosques á cualquier precio. ¿Qué díce usted?

BRATSBERG.—Que no quiero saber nada.

MONSEN.—Un buen ofrecimiento, es digno de otro. ¿Quiere usted ayudarme?

BRATSBERG.—No entiendo...

MONSEN.—Ofezco buenas garantias. Soy suficientemente rico: examine estos papeles...

BRATSBERG. — *(Rechazando los papeles.)* ¿Es ayuda pecuniaria la que usted...?

MONSEN.—Nada de dinero contante; solamente su caución contra un resarcimiento. Repito que garantizo...

BRATSBERG.—¿Y para hacerme semejante proposición ha venido usted?

MONSEN.—Sí. *(El chambelán manifiesta su disgusto)* Señor chambelán, ¿porqué se muestra usted tan irritado contra mí? Yo que jamás le ofendí.

BRATSBERG.—Falta á la verdad. Con objeto de procurar socorros á mis obreros, fundé la Caja de Previsión de las fábricas Al mismo tiempo usted se mete á banquero y todos los ahorros vienen á parar á sus manos.

MONSEN —Naturalmente; como que doy mayor interés...

BRATSBERG.—También lo toma usted más crecido.

MONSEN.—En cambio opongo menos dificultades á las cauciones y demás.

BRATSBERG.—Desgraciadamente y por causa de tales procedimientos, se dan casos de ajustar contratas de treinta y cuarenta mil coronas, sin que comprador ni vendedor poseen una sola finca. He ahi, señor Monsen, porque estoy contra usted. Pero hay cosa peor todavía. Me causa un gran disgusto el ver que mi hijo también se lanza á tan detestables especulaciones.

MONSEN.—No tendré yo la culpa.

BRATSBERG—Pero la tiene su ejemplo de usted, que ha tentado á él y á otros. ¿Por qué no se limitaba usted á su comercio?

MONSEN.—¿Acarrear maderas como mi padre?

BRATSBERG.—¿Acaso constituia una deshonra que estuviera á mi servicio? El padre de usted ganaba honradamente su vida, y era muy estimado por sus semejantes.

MONSEN.—Si, hasta qué enfermó trabajando, y se ahogó pasando una catarata con su

almadía. ¿Conoce usted la vida de esos obreros, señor chambelán? Reflexione usted lo que sufren acarreando maderos á traves rios, bosques y cataratas, en tanto usted en su salon confortable goza del fruto de sus trabajos ¿A qué, pues, oponerse á un infeliz que procura mejorar su situación, haciendo los posibles para prosperar? Sepa usted que tengo más instrucción que mi padre y puede que más aptitudes.

Bratsberg.—Perfectamente, pero, ¿por cuales medios prospera usted? Empezó usted comerciando alcoholes; luego compró letras de cambio exigiendo el pago inmediato, sin consideraciones; y asi por el estilo. ¿Cuántas familias arruinadas para redondear su fortuna?

Monsen.—Es el destino de los comerciantes: unos suben y otros bajan

Bratsberg.—Según y cómo. ¿Cuantas son las familias honradas que por culpa de usted se ven reducidas á vivir de caridad?

Monsen.—Daniel Heire se reunirá luego á esas familias.

Bratsberg.—Comprendo sus intenciones, pero de mis hechos puedo responder ante Dios y los hombres. Cuando el país trás la separación de Dinamarca hallóse en grandes aprietos, mi padre consagró á socorros patrióticos más de lo que sus fuersas le permitieron: así fué, como parte de nuestro patrimonio pasó á la familia Heire. ¿Qué sucedió luego? Daniel tomó á su cargo la administración, y los obreros fueron victimas de sus torpezas; la principal de ellas consistió en la tala de los bosques que tanto perjudicó el distrito. ¿No erá, pues, mi primera obligación impedirlo cuanto me fuera posible? Y lo he logrado; tenía en mi favor

la ley, y estaba en mi derecho recuperando mis propiedades.

MONSEN.—Tampoco he quebrantado las leyes.

BRATSBERG.—Pero usted ha obrado contra su conciencia, digo si algo tiene de ella. Todo lo ha revuelto usted. Ha denigrado el respeto que antes inspiraba la fortuna. Actualmente ya no se pregunta como se han adquirido las riquezas y el empleo que se les da, sino: «¿Es rico? ¿Cuanto tiene?» y la cifra decide la consideración. La experiencia la tengo en mi mismo. Veamos, ¿por qué estamos aquí coversando tan amigablemente? Porqué somos los dos más importantes propietarios del país. Pero yo maldigo de esta situación y sostengo una vez más, lo que pienso en contra de usted.

MONSEN.—Señor chambelán, abdico mis negocios y le daré mil satisfacciones, pero, por favor ayúdeme usted en algo.

BRATSBERG.—No.

MONSEN.—Estoy dispuesto á pagar lo que...

BRATSBERG.—¿Pagar? ¿Se atreve usted...?

MONSEN.—Si no lo quiere usted hacer por mi, hágalo por su hijo...

BRATSBERG.—¿Mi hijo?

MONSEN.—Puesto que tiene parte en el negocio, y que le beneficiará ochenta mil coronas.

BRATSBERG.—¿De ganancia?

MONSEN.—En efecto.

BRATSBERG.—Pero, ¡Dios mío! ¿Quién pierde este dinero?

MONSEN.—¿Qué quiere usted decir?

BRATSBERG.—Si mi hijo gana esta suma, es menester que haya quien la pierde.

MONSEN.—Se trata de un buen negocio; nada más puedo decirle á usted. Resumiendo: me conviene una personalidad conocida y

respetable, y hallándose usted en este caso, ruégole me facilite su firma.

BRATSBERG.—¿Mi firma?... ¿En papeles?

MONSEN—Solamente diez ó quince mil coronas.

BRATSBERG.—¿Y, usted creyó un solo instante?... ¡Mi nombre en semejante negocio!... ¡Mi nombre! ¡Y como responsable!...

MONSEN.—En apariencia, solamente.

BRATSBERG.—¿Por una farsa? ¡Mi nombre!... A ningún precio; jamás firmé papeles de esta clase.

MONSEN.—¿Nunca?

BRATSBERG.—Nunca.

MONSEN.—No obstante, he visto por mis propios ojos.

BRATSBERG.—Mentira, falso; usted no ha visto nada.

MONSEN.—Pues he visto su firma en una letra de diez míl coronas: ¿la recuerda usted?

BRATSBERG.—Ni por diez, ni por cien mil. Por mi honor, jamás...

MONSEN.—Entonces será una falsificación.

BRATSBERG.—¡Una falsificación!

MONSEN—Habrán imitado su firma; la he visto.

BRATSBERG.—¿Cómo?... ¿Donde?...

MONSEN.—No se lo diré.

BRATSBERG.—Ya veremos.

MONSEN.—Le ruego...

BRATSBERG.—Cállese usted. ¿Con que, una falsificasión? ¡Inmiscuirme en semejantes porquerias! No es extraño, pues, que se me trate al igual que los otros. Pero esta vez acabaré con todos.

MONSEN.—Señor chambelán, por el interés de usted y por el de. .

BRATSBERG.—¡Lárgase usted de aquí inmediatamente! Usted tiene la culqa de todo! Sí, usted, entregandose á una vida criminal en perjuicio del prójimo. ¿Con qué personas se frecuenta usted? Generalmente, con gentes

de Christianía que no piensan sino en comer y beber y en pisotear las buenas costumbres. A veces me cruzo por el camino con sus nobles invitados que parecen lobos hambrientos. Y á todo esto, la conducta lujuriosa que observa usted con sus propias criadas, y los malos tratos qne dá usted á su esposa, que acabarán por volverla loca.

MONSEN.—No continue; luego se arrepentirá...

BRATSBERG.—¡Vaya usted al diablo, con sus amenazas! ¿Que puede usted hacerme á mi? ¿No quería usted saber lo que pensaba, en contra de sus proyectos? Ahi lotiene. ¿Comprende ahora porqué no le admito en mis negocios?

MONSEN.—Pues bien, yo le humillaré á usted.

BRATSBERG.—Ea, salga usted inmediatamente.

MONSEN.—Conozco la puerta, señor Bratsberg. *(Sale.)*

BRATSBERG.—*(Dirigiéndose á la puerta del salón.)* Ringdal, Ringdal, venga usted.

ESCENA VII

BRATSBERG, RINGDAL, FIELDBO.

RINGDAL.—¿Señor chambelán?

BRATSBERG.—*(Dirigiéndose á la puerta del salon.)* Señor doctor, pase usted. Ringdal, mis profecías se han cumplido.

FIELDBO.—*(Saliendo.)* ¿En qué puedo servirle?

RINGDAL.—¿Qué profecías?

BRATSBERG.—Las de que progresamos. Sepan ustedes que circula una letra de cambio falsa.

RINGDAL.—¿Una letra de cambio falsa?

BRATSBERG.—¡Y girada á mí nombre!

FIELDBO.—¿Quien la ha falsificado?

BRATSBERG.—¡Qué se yo! Doctor, atienda usted. Esta letra deben haberla negociado en la Caja de Ahorros ó en la caja de Previ-

sión de la fábrica. Vaya usted inmediatamente á casa de Lundestad, y averigue de él, si en calidad de administrador de la Caja, le presentaron al cobro dicha letra.

FIELDBO.—Luego estaré de vuelta con la respuesta. *(Sale con rapidez.)*

BRATSBERG.—Y usted Ringal, vaya á la Caja de Ahorros. Así que conozcamos el culpable, duro en él, sin piedad.

RINGDAL.—Bién, señor chambelán . ¡Nunca hubiera creido una infamia semejante! *(Vase. El chambelán se pasea de un lado para otro. Cuando se decide retirarse en su despacho, llega Erik.)*

ESCENA VIII

BRATSBERG, ERIK.

ERIK.—Buenos días, papá.

BRATSBERG.—¿Tú aquí?

ERIK.—Tengo necesidad de hablarte.

BRATSBERG.—Estoy de muy mal humor. ¿Qué me quieres?

ERIK.—Ya sabes, papá, que jamás te molesté para mis negocios...

BRATSBERG.—Ni lo hubiera permitido.

ERIK.—Pero ahora me veo obligado...

BRATSBERG.—¿A qué?

ERIK.—A que tu me ayudas, querido papá.

BRATSBERG.—¿Quieres dinero? ¡Por Dios..!

ERIK.—Por esta vez, solamente. Te juro que será la última.Me relaciono con Monsen y...

BRATSBERG. — Sí, ya sé: habeis urdido una magnífica especulación, ¿eh?

ERIK.—¿Una especulación? ¿Quien lo dijo?

BRATSBERG.—El mismo Monsen.

ERIK.—¿Estuviste con Monsen?

BRATSBERG.—Hace un instante, y le eché.

ERIK.—Papá, si tu no me ayudas estoy perdido, arruinado...

Bratsberg.—Te predije lo que te sucedería.
Erik.—¡Cierto, pero es tarde; ya no hay remedio!
Bratsberg.—¡En dos años arruinado! Es natural, en esto habías de parar. ¿Que pretendías, qué ilusiones te formabas en medio de esos timadores y farsantes que alucinan á sus víctimas, prometiéndolas fortunas imaginarias? Con gente así, es menester ser astuto; de lo contrario te envuelven en sus redes y te estrujan. ¿Lo ves ahora?
Erik.—Papá, ¿quieres salvarme, si ó no?
Bratsberg.—No, y no.
Erik.—Mi honor peligra...
Bratsberg.—No recurras á frases retumbantes. Ganar ó perder no es cuestión de honor. Te aconsejo vuelvas á casa, paga lo que debes y acaba de una vez con esa farsa...
Erik.—¡Ay! Es que tu no sabes...

ESCENA IX

Dichos, SELMA y DORA.

Selma.—¿Qué dice Erik? ¡Válgame Dios! ¿Qué ocurre?
Bratsberg.—Nada. Quítate de ahí.
Selma.—No, me iré; quiero saber. Di Erik, ¿qué hay? ¿qué ocurre?
Erik.—Ocurre... que estoy arruinado. ¡Todo se ha perdido!
Selma.—¿Qué és? ¿qué se perdido?
Erik.—Todo.
Selma.—¿Todo? ¿Te refieres á tu fortuna? ¿Y eso es todo para ti?
Erik.—Fortuna, casa, esperanzas... Tú eres el solo bien que me queda. Será menester, pues, sufrir y aguantar resignadamente nuestra desgracia á medias
Selma.—¿Sufrir y aguantar nuestra desgracia

á medias? *(Con voz fuerte.)* ¿Y, hasta ahora no me consideras capaz?...

BRATSBERG.—¡Por Dios!

ERIK.—¿Que quieres decir con eso?

DORA.—Tranquilízate, tranquilízate.

SELMA.—No quiero callar; es menester que lo sepais todo; no quiero continuar representando el papel de hipócrita y mentirosa, ni compartir contigo tu desgracia.

ERIK.—¡Selma!

BRATSBERG.—Pero, hija, ¿qué dices?...

SELMA.—Todos, absolutamente todos, os habeis portado muy mal para conmigo. Siempre habeis obrado á hurtadillas considerandome como un estorbo. Nunca me habeis pedido un sacrificio, ni me habeis creído capaz de resistir pena alguna. ¡Os odio, os detesto, reniego de vosotros!

ERIK.—¿Qué significa eso?

BRATSBERG.—No está buena, desatina...

SELMA.—¡Ah, qué dicha para mi si me hubieseis dejado participar de vuestras penas! Pero si os interrogaba me rechazábais con burlas. ¡Con qué gusto habría sufrido las mayores desgracias! ¡Con qué ardor aspiraba á cuanto emociona, purifica y ensalza! ¡Siempre vestida de muñeca, y jugando conmigo como se juega con una criatura! Hasta ahora no me habeis creido capaz de instruirme y ayudaros; y todo porque á Erik no le queda otra cosa. Pues bien, no quiero prestarme á ser la tabla de salvación del ahogado. Erik, desprecio mi parte en tus dolores: me voy; os abandono. Prefiero vagar y cantar por calles y plazas ¡Dejadme! ¡dejadme! *(Sale corriendo.)*

ERIK.—*(Persiguiéndola.)* Selma, Selma.

BRATSBERG. — Dora, ¿son ciertas sus quejas, ó es que...?

DORA. — Efectivamente, hasta ahora no he comprendido que tenía razón.

ERIK.—¡Oh! puedo perderlo todo, pero á ella no, de ningún modo. ¡Selma! ¡Selma!

ESCENA X

BRATSBERG, RINGDAL, FIELDBO, LUNDESTAD.

RINGDAL.—Señor chambelán, vengo de la Caja de Previsión.

BRATSBERG.—Bien... ¿la letra de cambio?

RINGDAL.—Ninguna letra de cambio se ha presentado con la firma de usted.

FIELDBO.—*(Apareciendo con Lundestad.)* Esto es un error.

BRATSBERG.—¡Cómo! ¿Tampoco en la Caja de ahorros?

LUNDESTAD.—Durante el corriente año, no ha venido á mis manos ninguna letra de cambio con la firma de usted: salvo la de su hijo, como es natural.

BRATSBERG.—¿De mi hijo?

LUNDESTAD.—De su hijo. Aquella letra que usted aceptó por él á primeros de año.

BRATSBERG.—¿Por mi hijo?

LUNDESTAD.—¿No recuerda usted? Haga memoria; aquella de diez mil coronas.

BRATSBERG.—*(Cayendo abatido sobre una silla.)* ¡Oh Dios mío! ¡Misericordia!

FIELDBO.—¡Cielos!...

RINGDAL.—¿Cómo?...

BRATSBERG—Calma, calma. ¿Una letra de cambio de mi hijo? ¿Aceptada por mí y de diez mil coronas?

FIELDBO.—*(A Lundestad.)* ¿Está en la Caja de ahorros todavía?

LUNDESTAD.—No, puesto que fué pagada la semana pasada por Monsen.

BRATSBERG.—¿Por Monsen?

RINGDAL.—Voy en su busca. Quizá estará en los talleres...

BRATSBERG.—¡Alto! No se mueva usted.

ESCENA XI

Dichos y HEIRE

HEIRE.—Buenos dias, señores. *(A Bratsberg.)* Salud amigo, y muchas gracias por la velada de ayer. Traigo noticias.

RINGDAL—Dispense usted; no tenemos tiempo.

HEIRE.—Jé, jé, no son ustedes solos que llevan prisa: el propietario de Storlí se halla en igual caso.

BRATSBERG.—¿Monsen?

HEIRE.—Je, je, ¡una historia deliciosa! Estamos en plena lucha electoral. ¿Sabes lo que se proponen? Pues, corromperte.

LUNDESTAD.—¿Corromperle?

BRATSBERG.—Indudablemente quieren juzgar al árbol por sus frutos.

HEIRE.—¡Dios me perdone, si jamás oí cosa mas deliciosa. Tomaba mi aperitivo en casa de la señora Rundholmen, cuando veo en intimo consorcio, al gran propietario y al abogado en una mesa vécina bebiendo Oporto, un vino detestable. De pronto Monsen me dice: «¿Qué apuesta usted si digo que en las elecciones de mañana, el chambelán se une á nuestro partido?» «Lo que usted quiera», respondo. Entonces él replica: «Mediante una letra de cambio!»...

RINGDAL Y FIELDBO.—¿Una letra de cambio?...

BRATSBERG.—¿Qué más dijeron?

HEIRE.—No sé... creo se trataba de un crédito de diez mil coronas... Eso irrita: es una vergüenza.

BRATSBERG.—¿Una letra de cambio de diez mil coronas?

RINGDAL.—¿Está en poder de Monsen?

HEIRE.—No. éste la entregó á Stensgard.

LUNDESTAD.—¡Oh! entonces...

FIELDBO.—¿Al abogado?...

BRATSBERG.—¿Estás seguro?

HEIRE.—Si, si, en absoluto. Monsen le dijo: «Haga de ella lo que usted quiera.»

LUNDESTAD.—Escuche usted, señor Heire, y usted también Ringdal. *(Los tres hablan bajo)*.

FIELDBO.—¿Señor chambelán?

BRATSBERG.—¿Qué hay?

FIELDBO.—¿La letra de cambio en cuestión, es de su hijo?

BRATSBERG.—Así debo creerlo.

FIELDBO.—¿Y si le presentan á usted esa falsificación.

BRATSBERG.—No formularé queja alguna.

FIELDBO.—Comprendo: pero usted debe hacer otra cosa.

BRATSBERG.—*(Levantándose.)* No quiero.

FIELDBO.—Sí, si, es menester que usted salve á este desgraciado.

BRATSBERG.—¿Cómo?

FIELDBO.—Sencillamente: reconociendo usted su firma.

BRATSBERG—¿Cree usted,señor doctor, que esos procedimientos son dignos de nuestra casa?

FIELDBO.—¡Oh! señor chambelán, se lo digo con las mejores intenciones del mundo.

BRATSBERG.—¿Me ha creído usted capaz de una falsedad? ¿Se figura usted que voy á defenme con mentiras?...

FIELDBO.—Por supuesto, usted sabe qué sucederá.

BRATSBERG.—El culpable pertenece á la justicia. Las leyes decidirán.

TELÓN



ACTO CUARTO

Posada de la señora Rundholmen. Puertas al fondo y laterales. A la derecha una ventana, y en frente de la misma, una mesa con recado de escribir. Mas al fondo otra mesa.

ESCENA PRIMERA

ASLAKSEN, STENSGARD, Señora RUNDHOLMEN.

SRA. RUNDHOLMEN.—*(Detrás de la puerta, á la izquierda.)* Me es igual; repito que vino á votar y no á beber. Si usted no quiere esperarse, peor para usted.

STENSGARD.—Buenos días. ¿No anda nadie por aquí? *(Golpeando la puerta de la izquierda.)* Buenos días, señora Rundholmen.

SRA. RUNDHOLMEN.—¿Quién vá?

STENSGARD.—Yo, Stensgard. ¿Se puede?

SRA. RUNDHOLMEN.—No, por Dios, que me estoy vistiendo.

STENSGARD.—¿En qué piensa usted? ¿Porqué se levanta usted tan tarde hoy?

SRA. RUNDHOLMEN.—Me levanté antes que el diablo se hubiese calzado los zapatos. Pero bien me he de componer... *(Asoma la cabeza, y mira rápidamente á todas partes.)* Bueno, pero ¿qué hay? Ah, no quiero que me vea usted señor Stensgard! Cáspita, ahí viene el otro. *(Desaparece.)*

ASLAKSEN.—*(Con un fajo de periódicos.)* Buenos días, señor Stensgard.

STENSGARD.—Y qué, ¿ya está?

ASLAKSEN.—Claro: Mire usted «*El Aniversario de la Constitución*». De nuestro corresponsal especial. Luego la fundación de la «*Unión de los jóvenes*», y el discurso de usted. Los ataques vienen en letra cursiva.

STENSGARD.—Pero, si todo me parece en letra cursiva.

ASLAKSEN.—En efecto, casi todo.

STENSGARD—¿Y el suplemento? ¿apareció ayer?

ASLAKSEN.—Sí, y despues de distribuirlo entre los suscriptores se puso á la venta. ¿Quiere usted verle? *(Le da un ejemplar.)*

STENSGARD —*(Leyendo rápidamente.)* «El honorable señor Andres Lundestad renuncia á su mandato de diputado en el Parlamento». «Los largos y preciosos servicios»... Malo!... «La sociedad fundada el mismo día del aniversario de nuestra libertad... la Unión de los jóvenes»... «El abogado Stensgard, alma de esta sociedad»... «Reformas en relación con los progresos del siglo»... ¡Muy bien redactado! ¿Empieza á votar la gente?

ASLAKSEN.—Ya se vé. En la plaza hormiguean electores y curiosos.

STENSGARD.—¡Llévelos al diablo los curiosos! Lo dicho quede entre nosotros; y ahora vaya usted á convencer á los indiferentes.

ASLAKSEN.—Bien.

STENSGARD.—Dígales usted que en el fondo, Lundestad y yo, participamos de las mismas ideas.

ASLAKSEN.—No tema usted: sé como se han de tratar esas gentes.

STENSGARD.—¡Ah! me olvidaba. Cuidado; no beba usted hoy.

ASLAKSEN.—Oh, no...

STENSGARD.—Después, ya nos daremos una alegre noche. Tenga usted presente, que se

trata de sus intereses y de la prosperidad del periódico... En fin, haga usted lo que le digo, y cuidado...

ASLAKSEN.—Basta; no quiero oirle más. Ya sé lo que llevo entre manos. *(Vase.)*

SRA. RUNDHOLMEN.—*(Aparece muy bien compuesta.)* Ya estoy aquí, señor Stensgard. ¿Qué hay de interesante?

STENSGARD.—Nada: solamente quiero saber, á que hora acostumbra á venir Mosen.

SRA. RUNDHOLMEN.—Hoy no vendrá.

STENSGARD.—¿No vendrá?

SRA. RUNDHOLMEN. — Viaja. Estuvo aqui á las cuatro de la madrugada. ¡Figúrese usted! ¡Y nada menos para que le prestase dinero!

STENSGARD.—¿Monsen?

SRA. RUNDHOLMEN.—Parece que tiene necesidad de una suma enorme... En fin, que se las componga. Con tal salga en bien... A usted también le deseo buena suerte. ¿Será usted diputado, eh?

STENSGARD.—¡Qué torpezas! ¿Quién lo dice?

SRA. RUNDHOLMEN.—Un amigo de Lundestad.

ESCENA II

HEIRE, y Señora RUNDHOLMEN,

HEIRE—Je, je. Buenos dias. ¿Le estorbo á usted?

SRA. RUNDHOLMEN.—No, por cierto.

HEIRE.—¡Rayos y truenos! Que graciosa está usted. ¿Será en mi obsequio tan bella compostura?

SRA. RUNDHOLMEN.—Se trata de obsequiar á los solteros.

HEIRE.—Diga usted á los pretendientes. ¡Ah si mis pleitos no me robasen tanto tiempo..!

SRA. RUNDHOLMEN.—Está usted aviado; para casarse siempre sobra tiempo.

HEIRE.—Se equivoca usted: para casarse, es menester que el hombre sea enteramente

libre. En fin, si usted no se casa conmigo, se casará con otro, pues al fin y al cabo, usted volverá á casarse.

SRA. RUNDHOLMEN.—Pero no me corre prisa.

HEIRE.—Se comprende: cuando se han experimentado las felicidades del matrimonio!... Sobretodo con un esposo modelo, cual lo era el difunto Rundholmen!...

SRA. RUNDHOLMEN.—No es verdad: Rundholmen era grosero y bebía demasiado. El hombre siempre es hombre.

HEIRE—Acaba usted de decir una gran verdad, señora Rundholmen: el hombre siempre es hombre y... la viuda siempre es viuda.

SRA. RUNDHOLMEN.—Y los negocios son los negocios. ¡Si usted supiese lo que sufro! Vienen, y todo lo quieren comprar pero, cuando se trata de pagar, hay que amenazarles, perseguirles, cogerles... Por eso me gustaría casarme con un abogado.

HEIRE.—Aprobado. Aquí tiene usted á Stensgard... Es soltero...

SRA. RUNDHOLMEN—¡Es usted un hombre detestable! No quiero oirle ni verle más. (*Vase.*)

ESCENA III

HEIRE, STENSGARD, y luego FIELDBO.

HEIRE—¡Qué mujer, ámigo! Atenta, ordenada, sin hijos, con dinero, instruída... Eso si, ha leído mucho...

STENSGARD.—¿Ha leído mucho, dice usted?

HEIRE.—Je, je, asi se me antoja. Figúrese usted que ha frecuentado dos años el gabinete literario del editor Halm... Basta; de fijo piensa usted en otra cosa.

STENSGARD.—No, por cierto. Solo pienso en mi voto. Usted señor Heire, ¿por quien vota?

HEIRE.—No tengo voto. Solamente poseía una

pocilga en el catastro y usted la ha comprado.

STENSGARD.—No obstante, si alguna vez se halla usted sin albergue, está á su disposición.

HEIRE.—Je, je, usted siempre chancero. ¡Se comprende, es usted joven! ¡Bah! Me largo para ver las fieras, pues, supongo que la población en peso, estará en la plaza! *(A Fieldbo que entra.)* He ahí al doctor, que sin duda viene por amor á la ciencia.

FIELDBO.—¿A la ciencia?...

HEIRE.—Si hombre, á curar la epidemia. ¿Ignora usted que acaba de declararse la fiebre electoral? Adiós, queridos jóvenes. *(Vase.)*

ESCENA IV

STENSGARD y FIELDBO.

STENSGARD.—Dime, ¿hablaste con el chambelán?

FIELDBO.—Sí.

STENSGARD.—¿Qué te dijo?

FIELDBO.—¡Hombre...!

STENSGARD.—Es que le escribí.

FIELDBO.—¡Ah! ¿y que le has escrito?

STENSGARD.—Que persisto en la esperanza de obtener la mano de su hija; que deseo hablarle de ello, y que mañana iré á verle.

FIELDBO. — Tendrias que aplazar tu visita, pues mañana el chambelán celebra una fiesta y por lo tanto, su casa se llenará de gente.

STENSGARD.—Precisamente cuanta más gente habrá, más me luciré; tengo en mi mano, la seguridad del triumfo.

FIELDBO.—¿Lo has dejado ver, quizá?

STENSGARD.—No entiendo.

FIELDBO.—Quiero decir, si adornaste tus declaraciones amorosas con amenazas.

STENSGARD.—¿Has leído mi carta?

FIELDBO.—No; lo juro.
STENSGARD.—Pues bien; es cierto, amenacé.
FIELDBO.—Así, pues, quizá traigo una respuesta para ti.
STENSGARD.—¿Una respuesta? ¿Cual?
FIELDBO.—*(Mostrando un pliego cerrado.)* Es la papeleta del chambelán.
STENSGARD.—¿Por quien vota?
FIELDBO.—Por ti, ni por pienso.
STENSGARD.—Entonces, ¿por quién? Vamos á ver, ¿por quién?
FIELDBO.—Por el recaudador y el pastor.
STENSGARD.—¿Desprecia á Lundestad?
FIELDBO.—¿Sabes por qué? Pues, porque Lundestad te ha propuesto para sucederle.
STENSGARD.—¡Qué osadia!
FIELDBO.—Además. dijo: «Si ven ustedes á Stensgard, háganle conocer mi voto: así sabrá como le trato.»
STENSGARD.—Bueno pues, tendrá su merecido.
FIELDBO—¡Piensalo bien!¡Es peligroso destruir una torre vieja! ¡Mira que puedes morir aplastado!
STENSGARD.—La prudencia me proteje.
FIELDBO.—No tanto como crees puesto que te dejas burlar por el viejo Lundestad.
STENSGARD.—¿Crees que no adivino el juego de Lundestad? Él venía á mí porque creia que yo había conquistado al chambelán, y que me enemistaría con Monsen hasta dejar á éste aislado.
FIELDBO.—Y ahora que él sabe que no te has hecho tuyo al chambelán...
STENSGARD.—Avanzó demasiado para retroceder. Yo he aprovechado el tiempo mandando distribuir manifiestos, circulares, etc., lo qual hace que sus partidarios no llegan, y los míos están todos aquí.
FIELDBO.—Entre un candidato y un diputado, hay un abismo.

STENSGARD.—Lundestad sabe muy bien, que si me perjudicára en estas elecciones, soy capaz de destituirlo de la administración municipal.

FIELDBO.—No calculas mal, pero para salir airoso, te serán menester, como supondrás, raíces más hondas, y más desarrolladas.

STENSGARD.—Ya sé que los electores exigen de sus diputados garantías materiales, y que establezcan con ellos una comunidad de intereses...

FIELDBO.—Conformes. Por eso es conveniente que la señorita Bratsberg te sea sacrificada.

STENSGARD.—No es justo, pues soy un bribón y un villano, aun que todo sea por la dicha de ella... ¿Que tienes Fieldbo? Tú me ocultas algo.

FIELDBO.—¿Yo?

STENSGARD.—Si, tú. Presiento que te mueves á hurtadillas contra mi. ¿Por qué? Séme franco... ¿Quieres?

FIELDBO.—No; lo confieso: No te seré leal porque no respetas nada, y te apresuras á sacar provecho de los secretos que sorprendes. Si, te aconsejo de todas veras, que renuncies á la mano de la señorita Bratsberg.

STENSGARD.—No es posible. Es menester que yo salga de mi falsa posición. No puedo continuar paseandome del brazo con Pedro y con Pablo, de celebrar sus torpezas y de frecuentar un hato de estudiantes que me tutean. Mi vehemente amor hácia el pueblo no puede manifestarse en esta atmósfera: me falta aire libre, gran espacio. Aqui no hallo frases para exitar á las masas. Hay momentos, que deseo estar al lado de mujeres elegantes, para inspirarme en su belleza; aqui estoy como encerrado en una bahia oscura, desde la cual veo moverse

las olas azules, el sol... Pero, que te cuento á ti, si eres incapaz de comprenderlo...

ESCENA V

Dichos, LUNDESTAD.

LUNDESTAD.—Me alegro de ver á mis excelentes amigos. Buenos días.
STENSGARD.—Señor Lundestad, ¿sabe usted la nueva? ¿Sabe usted por quien vota el chambelán?
FIELDBO.—Cállate. Tú debes callarte.
STENSGARD.—¡Qué me importa! Vota por el recaudador y el pastor.
LUNDESTAD.—Debíamos preverlo. Ustedes lo han echado á perder todo. Tanto como les recomendé de obrar con táctica.
STENSGARD.—Verdaderamente hay que desconfiar de todo.
FIELDBO.—Procura no seas imitado. *(Vase.)*
STENSGARD.—En la conducta de ese hombre, hay algo oculto... alguna maquinación... ¿Sabe usted qué es?
LUNDESTAD.—No, por cierto. Lo que noto es, que se ensaya usted en el periodismo.
STENSGARD.—¿Yo?
LUNDESTAD.—Con un bonito rosario de injurias contra mí.
STENSGARD.—Ese majadero de Aslaksen tiene la culpa.
LUNDESTAD.—También publicó usted en el periódico un artículo contra el chambelán.
STENSGARD.—Salió sin mi autorización. Si tratase de atacar al chambelán, dispongo de armas más terribles.
LUNDESTAD.—¿De veras?
STENSGARD.—¿Conoce usted esta letra de cambio? Mírela usted. ¿Es auténtica?
LUNDESTAD.—¿Si es auténtica?...
STENSGARD.—Eso digo: examínela usted.

ESCENA VI

Dichos, HEIRE.

HEIRE.—Por la piel y los cuernos del diablo, ¿qué sucede? ¡Ah! dispensen señores. No se muevan. ¿Saben ustedes el efecto que me producen? Pues, el de una noche de verano en el polo norte.

LUNDESTAD —¡Sublime comparación!

HEIRE.—¿Quieren ustedes otra? El sol que nace y el sol que muere, modestia aparte. ¡Es magnífico! A propósito, ¿que ocurre? He visto á todos los ciudadanos correr cual gallinas espantadas. Cloquean, revolotean y no aciertan á posarse en ninguna rama.

STENSGARD.—La jornada de hoy, reviste una gran importancia.

HEIRE.—¡Déje usted la importancia! No es esto de lo que se trata, amigos míos. Hay murmullos de una próxima ruína, de una quiebra, y no quiebra política, señor Lundestad.

STENSGARD.—¿De una quiebra?

HEIRE.—Je, je. ¿Le interesa señor abogado? Pues si, se trata de un desastre. Dicen que hay un alto personaje presto á caer... ¡Basta! También se murmura que han estado aquí dos ó tres extranjeros, pero se ignora á qué venian y adonde iban ¿Lo sabe usted, señor Lundestad?

LUNDESTAD.—Lo que sé, es callarme.

HEIRE.—Naturalmente, siendo usted político, y hombre de estado .. Je, je... Miren ustedes que son divertidas esas gentes de la banca! Todas viven de expedientes, y les pasa lo que á las perlas ensartadas en un cordón; si una cae, caen las demás. Adiós; voy en busca de datos que me esclarezcan estas farsas. *(Vase.)*

STENSGARD.—¿Qué hay de verdad en estas charlas, señor Lundestad?

LUNDESTAD.—Acaba usted de mostrarme una letra, en la cual me pareció leer el nombre del jóven Bratsberg, ¿no es eso?

STENSGARD.—Y también el del chambelán.

LUNDESTAD—Me preguntó usted si era auténtica

STENSGARD.—Cierto; mírela usted.

LUNDESTAD.—No es de las más seguras.

STENSGARD.—Así, pues, ¿la han falsifiicado?

LUNDESTAD.—Las letras de cambio falsas, generalmente son las más bien hechas.

STENSGARD —En resúmen; ¿qué opina usted de esta? ¿Es falsa?

LUNDESTAD.—Temo circulen otras del mismo tipo, señor Stensgard.

STENSGARD.—¡Cómo! No considero del caso...

LUNDESTAD.—Si el joven Bratsberg se hunde, los que le rodean también se hundirán

STENSGARD.—*(Asiéndole el brazo.)* ¿Qué quiere usted decir con ese «los que le rodean?»

LUNDESTAD —¿Pueden estar más cerca el padre y el hijo?

STENSGARD.—Válgame Dios...

LUNDESTAD.—Corramos un velo, y no olvide usted que ha sido Daniel Heire, el primero que ha hablado de ruina y de bancarrota.

STENSGARD.—Lo cual, me hace el efecto de un rayo en día sereno.

LUNDESTAD.—Tenga usted en cuenta que eso ocurre á menudo entre las gentes honradas. Cuando un hombre es bueno, no es raro verle salir fiador de otros: pero en el momento de pagar el dinero falta. Entonces se venden las propiedades en pública subasta, por una bagatela.

STENSGARD.—Naturalmente... los hijos...

LUNDESTAD.—Se quedan sin nada. Lo siento por la hija, á quien corresponde una cantidad de su madre, y si no se salva, será digna de lástima.

STENSGARD.—¡Ahora comprendo el consejo de Fieldbo!... ¡Qué excelente amigo!

LUNDESTAD.—¿Qué le dijo á usted el doctor?

STENSGARD.—Oh, el doctor es demasiado discreto para hablar claro, pero ahora le conozco. A usted también le conozco, señor Lundestad.

LUNDESTAD.—¿Y antes no me conocía usted?

STENSGARD.—Del todo no: olvidaba la fábula de los ratones y la casa incendiada.

LUNDESTAD.—Verdad que no era bien dicho... Más, ¿qué veo? ¿qué le pasa á usted? ¿Le he manifestado alguna desgracia?

STENSGARD —¡Alguna desgracia!

LUNDESTAD.—¡Oh! comprendo. ¡Pobre de mí!.. Pero señor Stensgard, si usted ama de veras á esa muchacha, ¿qué le importa á usted que sea rica ó que sea pobre?

STENSGARD.—¿Qué me importa?

LUNDESTAD.—Es que la fortuna no es necesaria para la felicidad doméstica.

STENSGARD.—Naturalmente.

LUNDESTAD.—Con actividad y trabajo logrará usted una buena posición. No hay que desfallecer; conozco perfectamente en que consiste el amor, puesto que cuando joven leí mucho acerca de ello... La dicha de la familia... una mujer fiel... En fin, medítelo usted para que luego no haya de arrepentirse.

STENSGARD.—¿Y la renuncia de usted, qué consecuencias traerá?

LUNDESTAD—Desgraciadamente no puedo mantenerla. ¿Me cree usted capaz de exigirle tamaño sacrificio?

STENSGARD.—Ese sacrificio, yo lo haré. Quiero demostrarle á usted que tengo suficiente fuerza de voluntad para ello. La población en masa me espera; los ciudadanos me aclaman... ¿Como resistir á tanta gloria?

LUNDESTAD—Bien, ¿y la propiedad, y el rédito?..

STENSGARD.—Para eso, cumpliré la voluntad de mis conciudadanos, señor Lundestad. Desde ahora, veo una nueva salida y la aprovecho. Renuncio á mi dicha; quiero sacrificarme, trabajar, labrar la dicha del prójimo. Voy á decir al pueblo: «Aquí me tienes: puedes disponer de mí.»

LUNDESTAD.—*(Admirado y apretándole la mano.)* Realmente, veo que es usted un hombre superior. *(Vase. Stensgard se pasea desesperado de una parte para otra. Luego llega Bastian.)*

ESCENA VII

STENSGARD, BASTIAN, [Despues FIELDBO.

BASTIAN.—Aquí estoy.

STENSGARD.—¿De dónde vienes?

BASTIAN.—De la nación.

STENSGARD.—¿De la nación? No comprendo.

BASTIAN.—¿No sabes en qué consiste la nación? La nación es el pueblo, el bajo pueblo, los que no son nada ni tienen nada, los que se dejan arrastrar cual rebaños.

STENSGARD.—¿Qué diablos significa esta gerigonza?

BASTIAN.—¿Qué dices?

STENSGARD.—Observo de algún tiempo á esta parte que remedas mi vestido y mis maneras; y eso no te lo consiento, ¿entiendes?

BASTIAN.—¿Por qué? ¿No pertenecemos al mismo partido?

STENSGARD.—Sí; pero no quiero eso. ¿No comprendes que caes en ridículo?

BASTIAN.—¿Imitándote caigo en ridículo?

STENSGARD.—Remedando mi aire, digo. Ea, Monsen, acaba de una vez: no hagas el mono... Escucha; ¿cuando vuelve tu padre?

BASTIAN.—No sé; creo se marchó á Christianía, y que por lo menos estará ocho días fuera.

STENSGARD.—¿Tanto? ¡Nos fastidiará! ¿Sabes tú si tiene en perspectiva alguna gran especulación?

BASTIAN.—Yo sí tengo una especulación en perspectiva. Stensgard, es menester que me ayudes.

STENSGARD.—Con mucho gusto. Explícate.

BASTIAN.—Chico me siento valiente y capaz de todo. A ti te lo debo Stensgard; tú me has iniciado... Es menester que yo haga algo... Quiero casarme.

STENSGARD.—¡Casarte! ¿Y con quién?

BASTIAN.—St... Aciértalo: está cerca.

STENSGARD.—¿Con la señora Rundholmen?

BASTIAN.—St... En efecto. Trabaja en mi favor: es un buen partido puesto que realiza negocios y está en buenas relaciones con el chambelán desde que éste tuvo á su hermana por ama de llaves. Por otra parte, si me caso con ella, podré conseguir los trabajos del municipio... ¡Por Dios y por todos los diablos! ¡yo la amo!

STENSGARD.—¿Amar, dices? Ea, deja á un lado esa hipocresía.

BASTIAN.—¿Cómo, hipocresía?

STENSGARD.—Si, hombre, si, tu te engañas á ti mismo, puesto que hablas á la vez, de trabajos municipales y de amor: llama á cada cosa por su nombre. Hay una charca en todo eso, y por lo tanto, no quiero encenegarme.

BASTIAN.—Pero escucha...

STENSGARD.—Nada; hazme el favor, te suplico. *(A Fieldbo que entra.)* Hola, ¿como van las elecciones?

FIELDBO.—Muy bien. Lundestad asegura que te llevas la mayoría de los votos.

STENSGARD.—¿De veras?

FIELDBO.—Pero ¿de qué te servirán si no eres propietario rural?
STENSGARD.—*(Bajo.)* ¡Maldición!
FIELDBO.—Todo á la vez no se consigue en este mundo; cuando se gana por una parte, es menester resignarse á perder por otra. Hasta luego. *(Vase.)*
BASTIAN.—¿Que pretende con sus ganancias y pérdidas?
STENSGARD.—Luego te lo explicaré. Ahora volvamos á nuestra conversación. Decía, querido Monsen, que te ayudaría...
BASTIAN.—No, no, al contrario, tú...
STENSGARD.—Cállate, déjame hablar. Pues decía, que es impropio mezclar el amor, con los caminos vecinales. Amigo, si realmente amas á esa muchacha...
BASTIAN —A esa viuda.
STENSGARD.—Muchacha ó viuda; para el caso es igual. Digo, que cuando se ama á una mujer de veras, todo lo demás son bagatelas.
BASTIAN.—Bueno; ¿le hablarás de mi?
STENSGARD.—Con mucho gusto, pero con la condición de que tu hagas lo mismo por mi.
BASTIAN.—¿Yo? ¿A quien debo...?
STENSGARD.—¿No has notado nada?... ¡Tan cerca como la tienes!
BASTIAN.—Acaso sea...
STENSGARD.—Si hombre, Ragna, tu hermana. ¡Oh no puedes figurarte cuan pronto me prendé de sus gracias. ¡Qué plazer cada vez que la contemplaba en família, tan modesta y desinteresada!
BASTIAN.—¿De veras?
STENSGARD.—¿Cómo; tú tan perspicaz, no lo notaste?
BASTIAN.—Algo sospeché, pero ahora, corren tantas voces acerca de tus pensamientos! Dicen que frecuentas la casa del chambelán.

STENSGARD. — Francamente, Monsen, estuve titubeando unos dias, pero, gracías á Dios, ahora veo claro el camíno que he de seguir.

BASTIAN.—He ahí mi mano: hablaré por ti. Debo de advertirte que Ragna está supeditada á la voluntad de mi padre, pero asi y todo confía en mí.

STENSGARD. — Precisamente de tu padre me ocupaba...

BASTIAN.—Cht; ahí viene la señora Rundholmen. Ocúpate de mi lo mejor que sepas; lo demás corre de mi cuenta. *(Vase.)*

ESCENA VIII

STENSGARD, Señora RUNDHOLMEN.

SRA. RUNDHOLMEN.—Esto marcha, señor abogado; todos votan por usted.

STENSGARD.—Así dicen.

SRA. RUNDHOLMEN.—Sabe Dios lo que pensará de ello Monsen.

STENSGARD.—Señora Rundholmen, oiga usted.

SRA. RUNDHOLMEN.—Qué. ¿Qué hay?

STENSGARD.—¿Quiere usted escucharme?

SRA. RUNDHOLMEN.—¡Jesús! Diga usted.

STENSGARD.—Hace poco se lamentaba usted de su soledad.

SRA. RUNDHOLMEN.—Verdaderamente, con ese estúpido de Heire.

STENSGARD.—Y añadía usted que por una viuda era algo dificil...

SRA. RUNDHOLMEN.—Es cierto, señor Stensgard. ¡Sí usted pudiese comprobar por si mismo!

STENSGARD.—Pero si se presentaba un buen mozo...

SRA. RUNDHOLMEN.—Pero...

STENSGARD.—Que le ama á usted en secreto desde larga fecha, y...

SRA. RUNDHOLMEN.—No, no quiero escucharle á usted, no prosiga.

STENSGARD.—Se trata de un joven que también encuentra triste la soledad.
SRA. RUNDHOLMEN.—¿Como dice usted? No comprendo bien.
STENSGARD.—Usted tiene en su mano la felicidad de dos seres; el suyo y el de...
SRA. RUNDHOLMEN.—¿Y el del buen mozo?
STENSGARD.—Eso es. ¿Que responde usted?
SRA. RUNDHOLMEN.—Bah, señor Stensgard, usted quiere burlarse de mí.
STENSGARD.—¿Me crée usted capaz de engañarla á usted? ¿No aceptaría usted...?
SRA. RUNDHOLMEN—¡Oh Dios! Verdaderamente, es usted simpático, es usted amable...
STENSGARD.—*(Retrocediendo.)* ¿Como?
SRA. RUNDHOLMEN.—Silencio. Viene gente.

ESCENA IX

Dichos, RAGNA, y luego HELLE.

RAGNA.—Ustedes me dispensarán: ¿Han visto á mi padre?
SRA. RUNDHOLMEN.—¿El padre de usted? Si... ¡ah! no... me parece estuvo aquí de paso.
RAGNA.—¿De paso?
STENSGARD.—Sí, para Christiania.
SRA. RUNDHOLMEN—Eso. Pero señorita... usted no sabe que yo soy feliz. Esperen ustedes; voy á la bodega; traeré una botella del mejor vino. *(Vase.)*
STENSGARD.—Señorita, ¿conque busca usted á su padre?
RAGNA.—Ya lo ha oído usted.
STENSGARD.—¿Acaso ignora usted que emprendió un viaje?
RAGNA.—Qué sé yo. A mi me lo ocultan todo. Pero á Christiania no puede ser, es imposible. Adiós.
STENSGARD.—*(Atajándola el paso.)* Ragna, una

palabra. ¿Por qué se muestra usted conmigo tan indiferente?

RAGNA.—Déjeme usted pasar.

STENSGARD.—No quiero; el cielo la envia á usted á mi presencia. Ea, no sea usted adusta. Sonríeme como antes.

RAGNA.—Gracias á Dios, aquel tiempo pasó

STENSGARD.—¿Por qué?

RAGNA.—Porque ahora le conozco á usted mejor, y por fortuna le conozco á tiempo.

STENSGARD.—¡Ah, comprendo! ¡Me han calumniado! ¡Me tenian cogido en las redes! Yo me tengo la culpa, pero voy á cortar por lo sano. Ragna, cuando la veo á usted todo sonrie en torno mío. La adoro, Ragna; amo á usted sola y no puedo amar á otra.

RAGNA.—Apártese usted, que me dá miedo.

STENSGARD.—Ragna, ¿podré verla á usted mañana y hablarle al mismo tiempo?

RAGNA.—Mañana... Veremos. Ea.

STENSGARD.—¡Victoria; ya soy dichoso!

SRA. RUNDHOLMEN.—*(Con vino y dulces.)* Vamos á brindar por la dicha y la bendición del cielo.

STENSGARD.—¡Por la dicha y el amor! ¡Por el amor y la dicha! ¡Viva la jornada de mañana! *(Bebe.)*

HELLE.—*(A Ragna.)* ¿Le ha visto usted?

RAGNA—No está aquí. Vengase usted conmigo.

SRA. RUNDHOLMEN.—¿Qué hay?

HELLE—Nada; tenemos forasteros en Storlí, y...

SRA. RUNDHOLMEN.—*(A Ragna.)* Siempre tiene usted forasteros en casa.

RAGNA—Sí. Dispensenme ustedes; es menester que me vaya. Adiós.

STENSGARD.—*(Acompañandola.)* ¡Adiós! Hasta mañana. *(Helle y Ragna salen.)*

ESCENA X

STENSGARD, HEIRE, Señora RUNDHOLMEN.

HEIRE.—Je, je; señor Stensgard, esto marcha viento en popa: todos votan por usted. Hasta la señora Rundholmen tendría que votarle.

SRA. RUNDHOLMEN —¿Qué oigo? ¿Es cierto que todos votan por él?

HEIRE.—Todos. El señor Stensgard goza de la confianza pública: Lundestad es un fracasado. ¡Qué dicha ver tanta agitación!

SRA. RUNDHOLMEN.—No lo elegirán ustedes en balde. Yo no puedo votar pero me asocio al júbilo de la población. *(Vase.)*

HEIRE.—Señor Stensgard, usted es apropósito para la felicidad de una viuda, y si se casase con la señora Rundholmen...

STENSGARD.—¿Con la señora Rundholmen?

HEIRE.—¿Por qué no? Es mujer hacendosa y buena por todos conceptos. Además, apenas declarada la ruína del propietario de Storlí, constituirá el mejor partido del país.

STENSGARD.—Tengo para mi que al de Storlí, no le ocurrirá nada.

HEIRE.—¿Cómo, nada? Amigo, usted tiene mala memoria. ¿No ha oído usted hablar de ruina y bancarrota? ¿No han venido hasta aquí en busca de Monsen? ¿No acaban de llegar tres desconocidos á Storlí?

STENSGARD —Sí, ya sé, visitas.

HEIRE.—Pero visitas desagradables. Además, se habla de policía, de acreadores furiosos; y sépelo usted, se ha reclamado el auxilio de los péritos. A propósito, ¿qué papel era aquel que Monsen le dió á usted ayer?

STENSGARD.—Nada, un papelucho. ¡Conque los péritos... ¡Ah! ¿Conoce usted la firma de Bratsberg, el chambelán?

HEIRE.—Je, je, ya lo creo.
STENSGARD—Pues, fíjese. *(Mostrando un papel.)*
HEIRE.—Esta, amigo, nunca ha sido la firma del chambelán.
STENSGARD.—¿No? Pues...
HEIRE.—Esta letra ¿está firmada por Monsen?
STENSGARD.—No; está firmada por el hijo de Bratsberg.
HEIRE.—Je, je, á ver: deje que la examine otra vez. *(La examina atentamente.)* Ya puede usted encender un cigarro con ella.
STENSGARD.—¿Qué? el nombre del firmante.
HEIRE.—Es una falsificación; y es tan cierto que es una falsificación como yo me llamo Daniel. Basta examinarla con recelo.
STENSGARD.—¿Es posible? Seguramente Monsen no querrá...
HEIRE.—¿Monsen? No entiende en sus negocíos, ¿como quiere usted que administre los ajenos? Señor Stensgard, es preciso que eso termine y que á la conciencia pública se se le den satisfacciones. Lo peor es que Monsen arrastra en su caída al joven Bratsberg, y Bratsberg comerciante arrastra á su vez á Bratsberg chambelán.
STENSGARD.—Es lo que decíamos.
HEIRE.—Naturalmente, á una quiebra siguen otras que ocasionan la ruína de muchas famílias. Retenga usted lo que le voy á decir, pues yo soy buen profeta: Monsen irá á presidio, el joven Bratsberg obtendrá un arreglo, y al viejo le pondrán en tutela, ó mejor dicho, sus acreedores le asignarán una pensión vitalicia de algunas miles de coronas. Así acaban siempre esas cosas, señor Stensgard. El proverbio latín ya lo dice: *Fiat justitia, pereat mundus*». Traducción: «¡Que justícia tan impropia reina en este mundo corrompido!»

STENSGARD.—*(Agitado.)* ¡Dos caminos se me cierran!
HEIRE.—¡Eh! ¿Qué dice?
STENSGARD.—¡Justamente ahora!... ¡ahora!...

ESCENA XI

STENSGARD, HEIRE, ASLAKSEN: luego LUNDESTAD.

ASLAKSEN.—Le felicito, señor elegido.
STENSGARB.—¿Elegido?
ASLAKSEN.—Con ciento diecisiete votos. Lundestad alcanzó cincuenta y tres, y para los demás derrota completa.
HEIRE.—¡El primer paso en el camino de la gloria está dado, señor Stensgard!
ASLAKSEN.—Y que le va á costar un ponche. (*Llamando.*) Señora Rundholmen, el nuevo diputado paga de beber.
STENSGARD.—Eso: he ahí el primer paso en el camino de los gastos; ¿no es eso?
HEIRE.—*(Con ironía á Lundestad.)* ¡Bonita recompensa, la del pueblo, para los que se envejecen en servicio suyo! *(Vase.)*
LUNDESTAD.—*(Bajo á Stensgard.)* ¿Se empeña usted todavía?
STENSGARD.—¿A qué, si todo se hunde?
LUNDESTAD.—¿Conque no hay esperanza...?
ASLAKSEN.—La señora Rundholmen paga de beber, puesto que es la primera interesada en la elección.
STENSGARD.—¿La primera interesada?
LUNDESTAD.—¿Por qué?
STENSGARD.—La jugada no está perdida, señor Lundestad. *(Se sienta y escribe.)*
LUNDESTAD—*(Bajo á Aslaksen.)* Escuche Aslaksen: ¿podría usted insertar en su periódico, dos palabras mías para pasado mañana?
ASLAKSEN.—¿Por que no? ¿es algo malo?
LUNDESTAD.—No por cierto.

Aslaksen.—No importa; sea lo que fuere yo lo publicaré,

Lundestad.—Es mi testamento político. Mañana lo tendrá usted. *(Vase.)*

ESCENA XII

STENSGARD, ASLAKSEN, BASTIAN, una sirvienta.

La Sirvienta.—Ahí va el ponche.

Aslaksen—¡Bravo! Nuestras cuestiones locales cobran interés. *(Llena su vaso y el de los otros repetidas veces durante la escena.)*

Bastian.—*(Entra por la derecha y dice bajo á Aslaksen.)* No olvide usted mi carta.

Aslaksen.—No tenga usted cuidado. *(Palpándose los bolsillos.)* Aquí está.

Bastian.—Aproveche usted la ocasión... ¿Entendidos?

Aslaksen—Si, si, corrientes. (*Llamando.*) ¡Eh! Luisa, los vasos están llenos.

Bastian.—Después, ya le recompensaré.

Aslaksen.—Bien, bien. *(A la sirvienta.)* Un limón, Luisa; pero deprisa, ¿eh? (*Bastian sale*)

Stensgard.—Una palabra Aslaksen: ¿se llegará usted acá mañana por la noche?

Aslaksen.—¿Por la noche?... Sí, vendré.

Stensgard.—Pues, entre usted ahí y entregue esta carta á la señora Rundholmen.

Aslaksen.—¿De parte de usted?

Stensgard. — Métesela usted en el bolsillo. Lo dicho: hasta mañana.

Aslaksen.—Descuide usted; seré puntual. *(La sirvienta trae el limón. Stensgard va á la ventana.)*

Bastian.—(*Volviendo.)* ¿Y qué? ¿Hablaste á la señora Rundholmen?

Stensgard.—Pocas palabras.

Bastian.—¿Y que dijo?

Stensgard.—No puedo decirte nada todavía. Vino gente.

BASTIAN —Intentaré persuadirla, puesto que lamenta su soledad. En fin, dentro una hora todo estará decidido.

STENSGARD.—Pronto es.

ESCENA XIII

STENSGARD, BASTIAN, ASLAKSEN, LUNDESTAD, Señora RUNDHOLMEN.

BASTIAN.—*(Al ver á la señora Rundholmen dice á Stensgard.)* Silencio: que nadie se entere. *(Paséase.)*

STENSGARD.—*(A Aslaksen, en voz baja.)* Devuélveme usted la carta.

ASLAKSEN.—¿La quiere usted?

STENSGARD—Enseguida; yo mismo la entregaré.

ASLAKSEN.—Hela aquí *(Stensgard mete la carta en su bolsillo.)*

SRA. RUNDHOLMEN.—*(A Bastian.)* ¿Que me dice usted de la elección?

BASTIAN.—Todo el bien posible. Stensgard y yo somos buenos amigos, por lo tanto, me alegro de su entrada en el Parlamento.

SRA. RUNDHOLMEN.—No pensará así el padre de usted.

BASTIAN.—¡Tiene tantos odios mi padre! Después de todo, si Stensgard entra en el Parlamento salva hasta cierto punto el buen nombre de mi familia.

SRA. RUNDHOLMEN.—No comprendo.

BASTIAN.—Trata de casarse.

SRA. RUNDHOLMEN.—¡Jesús! ¿Le manifestó á usted sus intenciones?

BASTIAN.—Ya lo creo. Y por cierto que le prometí hacer lo que pueda en su favor. El casamiento se efectuará próximamente, pues supongo que Ragna no le contrariará.

SRA. RUNDHOLMEN.—¿Ragna?

LUNDESTAD.—*(Acercándose.)* ¿De qué habla usted con tanto calor, señora Rundholmen?

SRA. RUNDHOLMEN.—¡Figúrese usted! Dice que Stensgard se casa.

LUNDESTAD.—Lo sé, pero el chambelán procederá con cautela.

BASTIAN.—¿El chambelán?

LUNDESTAD.—Ella merece más que un simple abogado.

SRA. RUNDHOLMEN.—¿Quién?

LUNDESTAD.—¡Diablo! ¿Quien quiere que sea? La hija.

SRA. RUNDHOLMEN.—¿Acaso solicitó la mano de la señorita Bratsberg?

LUNDESTAD.—Si, mujer.

SRA. RUNDHOLMEN—¿Está usted seguro de ello?

BASTIAN.—¡A mi, que me había conquistado para ayudarle! *(Bastian y Lundestad salen.)*

SRA. RUNDHOLMEN.—*(A Stensgard.)* ¡Cuidado, señor Stensgard! ¡Desconfíe usted!

STENSGARD.—¿De quien?

SRA. RUNDHOLMEN.—De la mala gente. Son muchos los que dicen mal de usted.

STENSGARD.—¿Qué me importa? Con tal me aprecie una sola persona...

SRA. RUNDHOLMEN.—¿Cual?

STENSGARD.—*(Dándole la carta.)* Cuando nadie la vea á usted, lea este papel.

SRA. RUNHDOLMEN.—Me lo figuraba. *(Vase.)*

ESCENA XIV

STENSGARD, RINGDAL. Luego HEIRE y LUNDESTAD.

RINGDAL—Según me acaban de notificar, usted ha ganado la batalla electoral.

STENSGARD.—Si, señor administrador. A pesar de los esfuerzos de su principal.

RINGDAL—Mi principal, considera los derechos electorales iguales para todos.

STENSGARD. — Desgraciadamente para él, no podrá decirlo asi otra vez.

RINGDAL.—¿Que quiere usted decir con eso?
STENSGARD.—Quiero decir que se llevan á cabo ciertos peritajes...
RINGDAL.—¿Que tienen por objeto...?
STENSGARD.—No se haga usted el ignorante. ¿No observa usted que se avecina un huracán por lo alto y un desastre por lo bajo?
RINGDAL.—Algo se susurra.
STENSGARD.—¿Y que el chambelán y su hijo se están ahogando?
RINGDAL.—Dispense V. Pero, ¿está usted loco?
STENSGARD.—¡Qué! ¿No es cierto?
RINGDAL.—Por lo que respecta al chambelán no hay una palabra de verdad. ¿Quien inventó estas patrañas?
STENSGARD.—Por ahora, no quiero nombrarle.
RINGDAL.—No importa: el que se lo dijo á usted, tenía una segunda intención.
STENSGARD.—¿Una segunda intención?
RINGDAL.—Cuidado! Hay por ahí quién se interesa para distanciarle á usted del chambelán.
STENSGARD.—Si, cierto, hay muchas personas.
RINGDAL.—Sépalo usted: en el fondo el chambelán siente simpatías por usted.
STENSGARD.—¿De veras?
RINGDAL.—Sin duda. Y para hacerle perder sus favores, cuentan con el desconocimiento que usted tiene de las cuestiones locales, con su exaltación, su credulidad...
STENSGARD.—¡Oh, perros malditos! ¡Y la señora Rundholmen posee mi carta!
RINGDAL.—¿Qué carta?
STENSGARD. — Nada, nada. ¡Quizá podamos remediarlo! Señor Ringdal, ¿verá usted al chambelán esta noche?
RINGDAL —Seguramente.
STENSGARD—Dígale usted, pues, que no preste oídos á las amenazas de mis enemigos, y que mañana por la mañana iré á darle toda clase de explicaciones.

RINGDAL.—¿Irá usted?
STENSGARD. — Si, para probarle... para probarle... Señor Ringdal, estregue usted al chambelán este papel de mi parte.
RINGDAL.—¿La letra de cambio?
STENSGARD—¿No comprende usted? ¡Bah! Al dársela diga sencillamente: «He ahí como se venga aquel á quien quería usted perder.»
RINGDAL.—Descuide usted. Cumpliré su encargo. *(Vase. Entran Heire y Lundestad.)*
STENSGARD.—Escuche usted, señor Heire: ¿A que contarme esa historia del chambelán para hacerme creer...?
HEIRE.—¡Yo hacerle á usted creer!...
STENSGARD —¡Una infamia! ¡Una mentira!
HEIRE.—De lo cual me alegro infinito. Ya lo oye, señor Lundestad, la historia del chambelán es falsa.
LUNDESTAD.—Silencio. Fue una pista equivocada: ahora estamos mas cerca de la verdad.
STENSGARD.—¿Más cerca? No comprendo.
LUNDESTAD.—No sé, se murmura de la señora Rundholmen.
STENSGARD.—¿Qué?
HEIRE.—¡No lo dije yo! Sus relaciones con el gran propietario de Storlí...
LUNDESTAD.—Hoy ha desaparecido de su casa.
HEIRE —Su familia le busca por todas partes.
LUNDESTAD.—Y entretanto el hijo se da prisa por casar á su hermana.
STENSGARD.—¿Casarla? *(Aparte.)* Me prometió: «Mañana» ¡Y en medio de sus angustias!...
HEIRE.—Je, je, apostaría que se ha colgado.

ESCENA XVI

MONSEN, ASLAKSEN, STENSGARD, BASTIAN, HEIRE.

ASLAKSEN.—¿Quien se ha colgado aquí?
LUNDESTAD.—Heire dice que Monsen...
MONSEN.—Traigan champagne para todos.

TODOS.—¡Monsen!

MONSEN.—Si, Monsen; Monsen el gran propietario de Storlí, el rey del dinero. ¡Vino! ¡Por los cuernos del diablo, traigan vino!

HEIRE.—Pero, amigo...

STENSGARD.—¿De donde viene usted?

MONSEN.—De mis negocios. He ganado cien mil coronas; ¿se enteran ustedes? Conque mañana tendrá efecto un gran banquete en Storlí; quedan ustedes invitados. ¡Champagne, repito! Mis felicitaciones, Stensgard, por su nombramiento.

STENSGARD.—Cierto, pero luego explicaré de qué modo.

MONSEN.—¡Qué me importa á mi! Vino, vino. ¿Donde se esconde la señora Rundholmen? *(Quiere asomarse á la puerta izquierda pero la sirvienta le detiene.)*

LA SIRVIENTA.—No se permite la entrada: la señora lee una carta.

BASTIAN.—¡Diablos! *(Vase.)*

STENSGARD.—¿Lee una carta?

LA SIRVIENTA.—Si; y está loca de contento.

STENSGARD.—Adiós, señor Monsen: mañana nos veremos á Storlí.

MONSEN.—Hasta mañana.

STENSGARD —*(Bajo á Heire.)* Señor Heire, ¿quiere usted prestarme un servicio?

HEIRE.—Con mucho gusto.

STENSGARD.—Pues, haga de mi un retrato detestable á la señora Rundholmen. Usted que entiende de estas cosas, invente imposturas contra mi; digala que soy malo, vicioso...

HEIRE.—¿Y por qué?

STENSGARD.—Tengo mis motivos. Es para divertirnos... una apuesta con uno... con uno, que usted odia.

HEIRE.—¡Ah, comprendo! ¡Basta!

STENSGARD.—Entendidos, ¿he? Trate usted de

comprometer la buena opinión que ella ha formado de mí.

HEIRE.—Convenidos: corre de mi cuenta.

STENSGARD.—Le doy las gracias, señor Lundestad. Mañana por la mañana tendríamos que avistarnos en casa del chambelán.

LUNDESTAD.—¿Hay alguna esperanza?

STENSGARD.—¿Cómo alguna? Muchas.

LUNDESTAD.—¿Muchas? No comprendo.

STENSGARD.—Conviene que usted no comprenda: desde ahora obraré por mi cuenta. *(Vase.)*

MONSEN.—Otro vaso, Aslaksen. ¿Donde se ha metido Bastián?

ASLAKSEN.—Huyó precipitadamente. Por cierto le tengo una carta para entregar...

MONSEN.—¿A quien?

ASLAKSEN.—A la señora Rundholmen.

MONSEN.—¡Ah! ¡Por fin!

ASLAKSEN.—Pero no antes de mañana, ni después. A la salud de usted. *(Bebe.)*

HEIRE—*(A Lundestad.)* ¿Qué diablos hay entre la señora Rundholmen y Stensgard?

LUNDESTAD.—Stensgard está enamorado.

HEIRE.—No lo hubiera creído. Pero si él me ha rogado le denigre y desacredite... ¡Basta!

LUNDESTAD.—¿Usted ha prometido?

HEIRE.—Naturalmente.

LUNDESTAD.—Creerá sin duda que usted hará lo contrario de su promesa.

HEIRE.—¡Je, je! ¡el cándido! Esta vez se ha equivocado.

SRA. RUNDHOLMEN.—*(Apareciendo con una carta desplegada.)* ¿Donde está el abogado?

HEIRE.—Pues, mire usted, señora Rundholmen, después de abrazarse con su criada de usted, ha desaparecido.

TELÓN

ACTO QUINTO

Sala de recepción en casa del chambelán. Gran puerta en el fondo. Puertas laterales.

ESCENA PRIMERA

RINGDAL, FIELBO.

FIELDBO.—Buenos días.
RINGDAL.—Buenos dias, señor doctor.
FIELDBO.—¿Como va?
RINGDAL.—No va mal, pero...
FIELDBO.—¿Pero, qué?
RINGDAL.—¿Seguramente estará usted enterado de la gran nueva?
FIELDBO.—No: ¿de qué se trata?
RINGDAL.—¡Cómo! ¿No se ha enterado usted de los sucesos de Storli?
FIELDBO —No.
RINGDAL.—Monsen ha huido.
FIELDBO.—¡Oh, Dios mio!
RINGDAL—Ayer realizó un conato de fuga, pero regresó y desvaneció las sospechas.
FIELDBO.—El motivo, ¿cual es el motivo?
RINGDAL.—Según dicen, inmensas pérdidas en los cargamentos de madera, de lo cual resultará que dos ó tres casas de Christiania harán suspensión de pagos...
FIELDBO.—¡Ah! comprendo.
RINGDAL.—Probablemente se refugiará en Suecia. La justicia ha incoado la causa, tomó declaraciones y se lo embargarán todo.

FIELDBO.—¿Y su desgraciada familia?

RINGDAL.—El hijo, creo no se ocupó nunca en negocios, especialmente durante los últimos tiempos.

FIELDBO.—Pero ¿y la hija?

RINGDAL.—Cht... Está aquí.

FIELDBO.—¿Aquí?

RINGDAL.—El maestro la trajo esta mañana con los pequeños, y la señorita Bratsberg les alberga en secreto.

FIELDBO. — ¿Cómo soporta ella tamaña desgracia?

RINGDAL.—Resignada. Ya puede usted comprender que con el mal tratamiento á que en su casa la tenían acostumbrada!... Además puedo asegurarle á usted... ¡Silencio! He aquí el chambelán.

ESCENA II

BRATSBERG, FIELDBO, RINGDAL.

BRATSBERG.—¿Usted aquí, doctor?

FIELDBO.—Sí, vengo temprano para desearle á usted un buen cumpleaños.

BRATSBERG.—¡Dios nos conceda días mejores! Con todo, le doy á usted las gracias: ya sé que los deseos de usted son sinceros.

FIELDBO.—¿Me permite, señor chambelán?...

BRATSBERG.—Basta. Prescinda usted de títulos.

FIELDBO.—¿Qué quiere usted decir?

BRATSBERG.—Que soy fabricante, ni más ni menos.

FIELDBO.—Pero, ¿qué pretende usted con eso?

BRATSBERG.—Renunciar al título y al cargo. Hoy mismo dimitiré.

FIELDBO.—Ante todo, reflexione usted bien...

BRATSBERG.—Cuando el rey se dignó llamarme á su servicio, fué en virtud de las altas consideraciones de que siempre gozó mi familia.

FIELDBO.—Bueno, ¿y qué?

BRATSBERG.—Que mi familia está deshonrada, lo mismo que la de Monsen. Seguramente usted no ignora lo ocurrido al propietario de Storlí.

FIELDBO.—Efectivamente.

BRATSBERG.—*(A Ringdal.)* ¿No se conocen nuevos detalles?

RINGDAL.—No, señor, salvo que arrasta un gran número de colonos en su ruína.

BRATSBERG.—¿Y mi hijo?

RINGDAL.—Según su balance, puede pagar todo cuanto debe, pero no le quedará ni un céntimo.

BRATSBERG.—¡Caramba! Sirvase, pues, sacar nueva copia de mi carta.

RINGDAL.—A sus órdenes. *(Vase.)*

FIELDBO.—Medite usted. Todo tiene arreglo.

BRATSBERG.—Aunque así sea, no dejarán de atormentarme los hechos.

FIELDBO.—Pero al fin y al cabo, ¿qué ha sucedido? ¿No ha escrito? ¿No reconoció su falta? ¿No implora el perdón de usted? Es su primer desliz: ¿á que tanto rigor?

BRATSBERG.—¿Aprueba usted la conducta de mi hijo?

FIELDBO.—Lo principal es que no vuelva á empezar...

BRATSBERG.—¿Que garantias tengo, para suponer que no volverá á entregarse á semejantes locuras?

FIELDBO.—A falta de otras el incidente provocado por la nuera de usted. No dejará de meditarlo.

BRATSBERG.—¡Ah! ¡pobre Selma! ¡Nuestra felicidad ya no existe!

FIELDBO—¡Su felicidad! ¡Ilusiones! Usted construye siempre sobre arena; usted estaba ciego y orgulloso, señor chambelán.

BRATSBERG.—¿Yo?

FIELDBO.—Si usted; y no se ofenda por mi franqueza. Usted está envanecido del honor de su familia: yo digo: ¿sometió usted á prueba tal honor, y sabe si es suficientemente fuerte para ello?

BRATSBERG—Deje usted sus sermones, doctor; los acontecimientos de estos últimos dias me han agriado el corazón.

FIELDBO.—Me lo figuro, pero hay que distinguir. Usted reniega de su hijo y ¿qué hizo usted por él? Predicarle acerca del respecto que se debe, á lo honorífico de su nombre, olvidando en cambio, de instruirle y dirigirle de suerte, que en una circunstancia dada, obrase cuerdamente.

BRATSBERG.—¿Lo supone usted así?

FIELDBO.—No lo supongo, lo afirmo. Es lo general en la educación moderna. En vez de predicar el ejemplo, se propalan aforismos abstractos, de lo que se sigue que millares de jóvenes bien preparados pero sin la instrucción necesaría acaban por fracasar en sus vocaciones. Stensgard es un ejemplo.

BRATSBERG.—¡Ah, si! ¿Y qué me dice usted de Stensgard?

FIELDBO.—Que es un ser construído de cortes y retazos. Yo lo conozco de niño. Su padre era un infeliz y se estableció de quincallero. Prestaba dinero con usura, ó mejor dicho, era su mujer quien se ocupaba en ello. ¡Qué mujer! Siempre escandelizando la casa, grosera con todos y riñendo con su marido. Era una víbora, una fúria infernal. De mujer solo tenía el nombre. Entretanto Stensgard se hacia hombre y su madre decía: «Es menester que estudie; después será meritorio.» A pesar de los malos ejemplos de su casa, en la escuela prometió mucho. Desde luego se le reconocieron aspiraciones sinceras hácia lo bello, imaginación, carác-

ter, voluntad, pero después ya sea por el ambiente de su familia, ya sea por su temperamente voluble, su personalidad se desequilibró en absoluto.

BRATSBERG.—En resúmen: ¿á juicio de usted dónde reside lo bueno? Stensgard resulta malo. Mi hijo también; entonces usted, naturalmente...

FIELDBO.—De mi no hay que burlarse: yo no soy vanidoso: soy firme, equilibrado. He sido educado en el ambiente de una honrada familia de la clase media. Mi madre es una mujer en toda la acepción de la palabra. En mi casa nadie ha pretendido elevarse más de lo que le ha correspondido. Las circunstancias nos han favorecido; no hemos experimentado pérdidas financieras; ninguna desgracia turbó jamás la tranquilidad de la familia. Teníamos en mucho el amor á lo bello y á la manera de apreciar la vida, despojándonos de vanidades para cultivar la inteligencia y el sentimiento.

BRATSBERG.—Ahora comprendo porque se conserva usted tan íntegro.

FIELDBO.—No exagere usted. Solamente hago constar que las circunstancias de la vida, me han sido excesivamente favorables, y que esto me impone altos deberes.

BRATSBERG.—Verdad es que Stensgard no tiene deberes, pero no deja de ser loable su...

FIELDBO.—¿Qué?

BRATSBERG.—No sea usted tan severo con él. Mire usted. ¿Que le parece?

FIELDBO.—¿La letra de su hijo?

BRATSBERG—En efecto; Stensgard me la mandó.

FIELDBO.—¿Por su propia voluntad?

BRATSBERG.—Por su propia voluntad y sin condiciones. ¡Es magnánimo, generoso! Desde hoy mi casa no tiene puertas para él.

FIELDBO.—¡Vaya usted con cuidado! Procure por usted y luego por su hija.

BRATSBERG.—No tema usted; Stensgard posee cualidades mejores que las de usted; él es franco, y usted un hipócrita.

FIELDBO.—¿Yo?

BRATSBERG.—Si. Usted entra y sale de casa á su sabor. Yo le solicito consejo en todo, y no obstante, observo en usted algo de misterioso, algo de detestable y de extraño que yo aborrezco.

FIELDBO.—Usted se explicará.

BRATSBERG.—¿Yo? Esto es cosa suya.

FIELDBO.—Señor chambelán, veo dificil el entendernos. Como sea que yo no tengo letras de cambio para mandarle, haré otro sacrificio mucho mas doloroso.

BRATSBERG —¿Cual?

FIELDBO.—Callar.

BRATSBERG.—¡Callar! ¿Quiere usted saber mis deseos? Pues deseo volverme grosero, blasfemar, ingresar en la Unión de los jóvenes... Usted es demasiado inteligente y distinguido, señor doctor, para frecuentar nuestra sociedad libre. Ve usted, Stensgard es todo lo contrario y por eso vendrá en mi casa; si, vendrá... Tengo unos deseos de... de... Ea, despáchese usted á su gusto.

ESCENA III

Dichos, LUNDESTAD.

LUNDESTAD.—Buen cumpleaños, señor chambelán. Le deseo todos los honores y prosperidades posibles.

BRATSBERG.—¡Vaya usted al diablo!... Todo se disuelve en humo: no hay nada sólido en este mundo.

LUNDESTAD.—Eso dicen los acreedores de Monsen.

BRATSBERG.—Esta historia de Monsen, ¿no le ha hecho á usted el efecto de un relámpago en medio de un cielo purísimo?

LUNDESTAD.—Usted ya se lo había predicho mucho tiempo há.

BRATSBERG.—Cierto. Anteayer cuando vino á solicitar mi cooperación, se lo repetí.

FIELDBO.—Tal vez quería que usted le salvase.

LUNDESTAD—Imposible; estaba ya arruinado: lo que ha sucedido constituye una gran dicha.

BRATSBERG.—¿Opina usted que es una dicha también. que le hayan derrotado á usted en las elecciones de ayer?

LUNDESTAD.—No ha sido derrota. Todo fué conforme á mis deseos. Con Stensgard nada podemos, pues él posee un no se qué, que á nosotros nos falta.

BRATSBERG.—No le comprendo á usted bien.

LUNDESTAD—Más que todo, posee el arte de seducir á las masas. Por otra parte no está cohibido ni por su carácter, ni por sus convicciones, ni por su situación social: de modo que le es fácil mostrarse liberal.

BRATSBERG.—Sin embargo, nosotros también somos liberales.

LUNDESTAD.—Si, señor chambelán; somos liberales sin duda alguna, pero somos liberales á nuestro modo, mientras que Stensgard es un verdadero liberal y eso cambia la situación

BRATSBERG. —¿Y usted quiere favorecer esa obra revolucionaria?

LUNDESTAD.—En viejos libros de historia, he leído que antiguamente había hombres que tenían el poder de evocar fantasmas pero no el poder de arrojarlas.

BRATSBERG.—Pero querido Lundestad, usted que es un hombre instruído, ¿como es posible que usted crea...?

LUNDESTAD.—Ya se que es pura superstición,

señor chambelán; pero hay ideas nuevas semejantes á espectros que luego de evocados no se pueden disolver. He aqui porque debemos consagrarnos á recuperar lo perdido.

Bratsberg.—En efecto, pero ahora que Monsen ha perdido su dinero y su influencia revolucionaria...

Lundestad.—Si Monsen hubiese quebrado dos ó tres días antes, las cosas hubieran sucedido de otro modo.

Bratsberg.—En tal caso usted se apresuró.

Lundestad.—Tenía en cuenta la situación de usted, señor chambelán.

Bratsberg.—¿Mi situación?

Lundestad.—Si: Nuestro partido debe conservar su prestigio á los ojos del pueblo, puesto que nosotros representamos la antigua honestidad noruega. Usted sabe que Stensgard posee aquella letra de cambio... ¿Como podia yo combatirlo?

Bratsberg.—Ya no está en su poder.

Lundestad.—¡Cómo!

Bratsberg.—Hela aqui.

Lundestad.—¿Se la ha devuelto...?

Bratsberg.—Si, es un hombre honrado y generoso; debo de hacerle justicia.

Lundestad—(*Pensativo*) Stensgard es un brujo.

ESCENA IV

Dichos, STENSGARD.

Stensgard.—*(Desde la puerta.)* ¿Se puede?

Bratsberg.—*(Yendo á su encuentro.)* Adelante.

Stensgard.—Me permitirá que le salude y le desee una buena fiesta de cumpleaños.

Bratsberg.—Gracias.

Stensgard.—Tenga usted la seguridad que se lo digo y deseo de todo corazón. Corramos un velo á las torpezas que escribí y publiqué.

BRATSBERG.—Yo me atengo á los hechos, señor Stensgard. Desde hoy tiene usted mi casa á su disposición.

STENSGARD.—Gracias *(Llaman.)*

BRATSBERG.—Adelante.

ESCENA V

Dichos, DORA, invitados, ciudadanos, y una delegación obrera de las fábricas. Bratsberg agradece sus felicitaciones y sigue departiendo con ellos.

DORA.—Señor Stensgard, yo también vengo á felicitarle.

STENSGARD.—¿Usted, señorita?

DORA.—Ha obrado usted noblemente. Papá me contó todo.

STENSGARD.—Si, más...

DORA.—¡Que mala idea teníamos de usted! Yo me consideraria feliz si lograra reparar mis culpas.

STENSGARD.—¿Si lograra? ¿Usted? ¿De veras?

DORA.—Si pudiese solamente...

BRATSBERG. — Refrescos para los presentes, Dora.

DORA—Voy. *(A Stensgard)* ¿Me permite usted?

STENSGARD. — Con mucho gusto, señorita. *(Dora desaparece. Luego viene una sirvienta con vino y dulces.)* ¡Oh!, señor Lundestad, que feliz soy! ¡Que alegria la mia!

LUNDESTAD.—No la tenia usted ayer.

STENSGARD.—Pero hoy sí. Hoy tengo lo mejor de la vida, la coronación, la gloria, la dicha...

LUNDESTAD.—Usted sueña.

STENSGARD.—No, sueño, no; tengo la dicha, la felicidad, el amor.

LUNDESTAD.—En tal caso usted ha recibido respuesta de Bastian su cuñado.

STENSGARD.—¿Yo...? ¿De Bastian?

LUNDESTAD.—Sí, si, de Bastian, quien según

dijo, le prometió á usted una embajada para cierta doncella...

STENSGARD.—¡Qué locura!

LUNDESTAD.—Por mi, no tema usted. Es más; si usted no está seguro del resultado de la embajada me adelantaré para decirle que ha triunfado usted, Ringdal me lo dijo.

STENSGARD—¿Como se lo dijo á usted Ringdal?

LUNDESTAD.—La señorita Monsen consintió.

STENSGARD.—¿Consintió? ¡Habiendo desaparecido su padre!

LUNDESTAD.—Pero, ella no.

STENSGARD.—¡Dió su consentimiento! ¡Y precisamente cuando el escándalo afecta á su familia! Debo decirle que semejante conducta está en pugna con los sentimientos femeniles, y que á todo ser dotado de sentimientos delicados le ha de ser repulsiva y abominable. Por otra parte, hay una mala inteligencia; yo no hice ningún encargo á Bastian, y por consiguiente, él es el solo responsable de lo acaecido

ESCENA VI

Dichos, HEIRE, Luego FIELDBO y después HELLE y RAGNA.

HEIRE.—Je, je, esto es una asamblea magna. Todo el mundo se reverencia mútuamente, vistiendo las mejores galas. Puede que yo...

BRATSBERG.—Gracias, venerable amigo

HEIRE.—Por Dios, hombre, no me trates como los otros. *(Entran nuevos invitados.)* Toma, ahí tienes á los agentes de la justicia, el consejo ejecutivo. *(A Stensgard.)* ¿Aquí el más dichoso de los jóvenes? Venga esa mano. No rehuse usted los sinceros saludos de un anciano.

STENSGARD —¿Por qué motivo?

HEIRE.—¿Recuerda usted que ayer me encargó de hablar de usted en doble sentido...?

STENSGARD.—Si, ¿y qué?

HEIRE.—Pues bien, lo hice con mucho gusto.

STENSGARD.—¿Y qué cara puso ella?

HEIRE.—La de una mujer que ama. Se puso á llorar, se encerró en su cuarto, y no quiso ver ni oír más.

STENSGARD.—¡Dios bendito!

HEIRE.—¡Usted es un bárbaro! ¡Torturar tan cruelmente el corazón de una viuda! Más, el amor tiene malas burlas. ¡Basta! Hoy, cuando me he pasado por allá, la señora Rundholmen, fresca, y de buen humor, peinaba sus cabellos de oro junto á la ventana abierta. ¡Parecia una sirena! Dicho sea con el permiso de usted ¡Oh! es una mujer adorable, excelente.

STENSGARD.—Bien, ¿y nada más?

HEIRE.—Después se puso á reir cual una endemoniada, y mostrando una carta deciame: «Es un requerimiento de matrimonio, señós Heire; ya tengo novio»

STENSGARD.—¿Novio?

HEIRE—Claro. Mis felicidades, buen mozo. Me alegro infinito de ser el primero en traerle la buena nueva.

STENSGARD.—Ea, eran castillos en el aire.

HEIRE.—¡Cómo! ¿Castillos en el aire?

STENSGARD.—Usted ha mal comprendido; ó ella ha comprendido peor. ¡Prometida! ¡Perdió usted el juicio! Ahora que Monsen está arruinado, probablemente ella...

HEIRE.—¡Ah, no!; la señora Rundholmen es fuerte.

STENSGARD.—No importa; mis proyectos son otros. Esa carta era para divertirme, amigo. Hagame usted el favor de no ocuparse con nadie de ello.

HEIRE.—Comprendo; callaré. He aquí lo que

podríamos calificar de novela. ¡Oh! la juventud, que poética es! Sí, si, me callaré. En todos sus pleitos tendrá en mi un defensor... Chit... Siempre abogaré por usted.

BRATSBERG. —*(Que conversaba con Lundestad desde el principio de la escena.)* No, Lundestad; no puedo creerlo; es imposible.

LUNDESTAD.—Se lo aseguro á usted. Lo sé por boca de Heire.

HEIRE.—¿Qué es lo que yo dije?

BRATSBERG.—Oye, ¿es cierto que Stensgard te mostró ayer la letra de cambio?

HEIRE.—Sí, como hay Dios; pero que relaciones hay...

BRATSBERG.—Luego te lo diré. ¿Y tú le dijiste que era falsa?

HEIRE.—Sí, por pura chanza, y por templar sus nervios, pues estaba ébrio de dicha.

BRATSBERG.—¿Y usted le dijo que las dos firmas eran falsas?

HEIRE.—¡Diablo! Igual me tenian una que dos.

BRATSBERG.—Entonces...

LUNDESTAD.—*(Al chambelán)* Al saber eso...

BRATSBERG.—Entregó la letra á Ringdal.

LUNDESTAD.—Ya que no podía utilizarla para intimidarle á usted...

BRATSBERG.—Conque se finje generoso, abusa de nuevo, gana la puerta de mi casa y me obliga á darle las gracias! ¡Qué hombre!

HEIRE.—¿Pero á qué vienen esas charlas?

BRATSBERG.—Luego, luego, amigo. *(A Lundestad.)* ¿Y ese es su protejido? ¿Ese es el hombre que usted apoya?

LUNDESTAD.—Usted mismo...

BRATSBERG.—¡Oh! Tengo unos deseos de...

LUNDESTAD.—*(Indicando á Stensgard que está con Dora.)* Mire usted. ¿Que pensarán los invitados?

BRATSBERG.—Va usted á ver qué pensarán.

LUNDESTAD.—Es tarde, señor chambelán; su

distinción y su delicada táctica le atraerán los corazones.

BRATSBERG.—Yo también sirvo para algo, señor Lundestad.

LUNDESTAD.—¿Que hará usted?

BRATSBERG—Va usted á ver. *(Se acerca á Fieldbo.)* Señor doctor, ¿quiere usted prestarme un servicio?

FIELDBO.—Con mucho gusto.

BRATSBERG.—Pues bien, écheme usted á ese joven á la calle.

FIELDBO.—¿A Stensgard?

BRATSBERG.—Si, á ese vividor. No quiero pronunciar su nombre. Échele usted. Le doy carta blanca.

FIELDBO.—¿Carta blanca en todos conceptos?

BRATSBERG.—Claro. ¡Voto al diablo!

FIELDBO.—La mano, señor chambelán.

BRATSBERG.—Aquí la tiene usted.

FIELDBO.—*(Aparte.)* Valor; ahora ó nunca! *(Alto.)* ¿Quiere prestarme la honrada asamblea un instante de atención?

BRATSBERG.—El doctor Fieldbo tiene la palabra.

FIELDBO.—Con el consentimiento del señor chambelán, tengo el honor de participar á ustedes mis esponsales con su hija, la señorita Dora. *(Sorpresa general. Dora exhala un grito ahogado. El chambelán hace ademán de hablar pero no se atreve.)*

STENSGARD.—¡Sus esponsales! *(Al Doctor.)* ¡Tus esponsales!...

HEIRE.—¿Con la hija del chambelán? *(Volviéndose al chambelán.)* Con tu... con...

LUNDESTAD.—El doctor se ha vuelto loco.

STENSGARD.—Más... señor chambelán...

BRATSBERG.—¡Que le hemos de hacer! Soy libre pensador, y por consiguiente, ingreso en la Unión de los jóvenes.

FIELDBO.—Gracias, gracias.

Bratsberg.—Vivimos en el siglo de las asociaciones, señor abogado. ¡Viva la libertad!

Dora.—Oh ¡padre mio!

Lundestad.—Puestos en cuestiones matrimoniales, me permitirán ustedes que les anuncie los esponsales de...

Stensgard.—¡Calumnia!

Lundestad.—Es cierto. Los esponsales de la señorita Monsen con...

Stensgard.—Falso, mentira.

Dora.—Si, papá; es cierto: están aqui los dos.

Bratsberg.—¿Quien?

Dora—Ragna y el estudiante Helle: alli están. *(Indicando la puerta de la derecha.)*

Lundestad.—Conque es el estudiante Helle?

Bratsberg.—¿Aqui? ¿En mi casa? (*Encaminándose hácia la puerta.)* Venid acá hijos míos.

Ragna.—*(Timidamente.)* ¡No! ¡hay tanta gente!

Bratsberg.—Valor, y arriba las frentes puesto que ya no podeis impedirlo.

Helle—Ella no tiene hogar, señor chambelán.

Ragna.—¡Socorrednos señor!

Bratsberg.—Contad con mi ayuda. Entretanto os doy las gracias por haber buscado asilo en mi casa.

Heire.—Esta serie de esponsales podría completarla yo.

Bratsberg.—¿Tú? ¿Y á tu edad? ¡Que locura!

Heire.—No se trata de mi... Basta!

Lundestad.—Ha perdido usted la partida, señor Stensgard.

Stensgard.—*(Aparte.)* Veremos. *(Alto.)* Soy yo quien completará la lista, señor Daniel. Señoras, caballeros: sirvanse prestar atención á mis palabras.

Bratsberg.—Veamos.

Stensgard.—Cuando la necesidad no obliga, hay que contemporizar con las circunstancias y disfrazar las propias ideas, sobretodo si redunda en favor del bien general. Ten-

go mi misión trazada que está por encima de todo. Mi actividad la consagro á este distrito, y me ocupo en iluminar las ideas del pueblo, tarea impropia de un vividor. Los habitantes de la región, han de agruparse alrededor de uno de los suyos, y he aquí porqué me he ligado con ellos de todo corazón y con lazos idisolubles. Si he provocado desconfianza ruego se me perdone. Señores, yo también tengo novia.

BRATSBERG.—¿Usted?

FIELDBO.—¿Desposado?

HEIRE.—Quiero cerciorarme.

BRATSBERG.—¿Cómo?

FIELDBO.—¿Con quien?

LUNDESTAD.—Acaso sea...

STENSGARD.—Trátase de un matrimonio de amor y justicia. Estoy prometido á la señora viuda de Rundholmen.

BRATSBERG.—¿La viuda del posadero?

LUNDESTAD.—Entonces...

BRATSBERG.—No comprendo como en semejantes condiciones...

STENSGARD.—Cuestión de estratégica, señor fabricante.

LUNDESTAD.—¡Que osadía! ¡Es invencible!

ESCENA VII

Dichos, ASLAKSEN. Luego una Sirvienta.

ASLAKSEN.—*(Desde el dintel de la puerta)* Ustedes dispensarán señores, más...

BRATSBERG.—Adelante Aslaksen; ¿viene usted también á felicitarme?

ASLAKSEN.—Dios me guarde de ello; no soy tan malo como eso. Vengo para hablar con el señor Stensgard.

STENSGARD.—Mas tarde; aguarde usted fuera.

ASLAKSEN.—¡Diablo! Si es ahora mismo que he de hablar con usted.

STENSGARD.—¡Silencio! No sea usted importuno. ¡Oh, señores mios, que extraños son los caminos del destino! Mientras el distrito trataba de unirse conmigo de una manera sólida y durable, me encuentro con una mujer bondadosa que me promete un porvenir feliz. Arrojo entonces, mi antifaz de vividor y héteme aqui en medio de ustedes como honrado hijo del pueblo, dispuesto á vencer ó morir sea cual fuere el puesto que se me confie. Conque á sus ordenes.

BRATSBERG.—*(A la sirvienta que entra.)* ¿A qué vienes tú?

LA SIRVIENTA.—La señora Rundholmen...

LOS INVITADOS.—¿La señora Rundholmen?

LA SIRVIENTA. — Si; la señora Rundholmen, aguarda allá con su novio.

LOS INVITADOS. — ¿Con su novio la señora Rundholmen? ¿Es posible?

STENSGARD.—¡Qué locura!

ASLAKSEN.—Es lo que quería prevenir á usted, señor Stensgard.

BRATSBERG. — *(Encaminandose á la puerta.)* ¡Adelante! Entren ustedes.

ESCENA VIII

Dichos, Señora RUNDHOLMEE, BASTIAN.

SRA. RUNDHOLMEN.—No lo tome usted á mal, señor chambelán.

BRATSBERG.—Dios me guarde.

SRA. RUNDHOLMEN.—Me permito presentarle á mi novio. *(A Dora.)* A usted, señorita, igualmente.

BRATSBERG.—Muy bien. ¿Conque novios?

DORA.—¡Qué sorpresa!

STENSGARD.—*(A Aslaksen.)* ¿Qué sucede?

ASLAKSEN.—Verá usted: ayer tenía yo tantas preocupaciones...

STENSGARD—Con todo, ¿usted estregó mi carta?

ASLAKSEN.—Solamente entregué la de Bastian; ahí va la suya.

STENSGARD.—¿La de Bastian? *(Ojea el sobre, la estruja, y la oculta en la faltriquera.)* ¡Oh! ¡Maldición!

SRA. RUNDHOLMEN.—Pues si, todo lo adiviné. Cuando se tienen buenas intenciones, debemos maliciar de los hombres... *(Viendo á Stensgard.)* ¿Usted aquí, señor abcgado? Espero me felicitará usted.

HEIRE—*(A Lundestad.)* ¡Qué terribles miradas le echa ella!

BRATSBERG.—Pues, claro que le felicita, señora. Y usted, ¿no quiere felicitar á su futura cuñada?

SRA. RUNDHOLMEN.—¿Quién es?

DORA.—Ragna.

BASTIAN.—¿De veras, Ragna?

SRA. RUNDHOLMEN.—Si, ahora recuerdo que mi novio me dijo que un caballero había pedido su mano. Bien, bien, me alegro de que sean felices. Y usted señor Stensgard, bien venido sea en la familia.

FIELDBO.—Se equivoca usted señora.

BRATSBERG.—El novio de Ragna, es el estudiante Helle. Excelente partido, ¿eh? Ahora, felicite usted á mi hija.

SRA. RUNDHOLMEN.—¡Pobre señorita! La felicito de todo corazón, y á usted igualmente, señor abogado.

FIELDBO.—Diga usted, señor doctor, pues, el dichoso elegido soy yo.

SRA. RUNDHOLMEN.—¡No comprendo!... ¡Qué confusión!

BRATSBERG.—Yo empiezo á comprender.

STENSGARD—Perdonen ustedes; asuntos perentorios...

HEIRE.—¿Tan pronto ya nos priva usted de su agradable compañía?

BRATSBERG.—*(Bajo á Lundestad.)* Lundèetad,

¿comó le llamó á usted el otro día? Caballero de industria. ¿Y qué mas?

LUNDESTAD.—Aventurero.

STÉNSGARD.—Adiós, señores.

BRATSBERG—Oiga usted, señor Stensgard; quiero decirle una cosa que tiempo há retengo en la garganta.

STENSGARD.—*(Salvando la puerta.)* Dispense usted; tengo prisa.

BRATSBERG.—¡Aventurero! ¡Aventurero!

STENSGARD.—¡Adiós! ¡adiós! *(Desaparece.)*

BRATSBERG.—Desde ahora amigos mios, respiraremos aire puro.

BASTIAN.—Ruégole, señor chambelán, me disculpe por lo que ocurrió en mi casa.

BRATSBERG.—Cada uno debe barrer el rellano de su puerta.

ESCENA ULTIMA

Dichos, SELMA, que durante la anterior escena permanecía en el dintel de la puerta derecha. Después RINGDAL y ERIK.

SELMA.—Papá; ahora que es usted feliz, permitirá que vuelva, ¿verdad?

BRATSBERG.—¡Selma! ¡Tú! ¡Tú implorando por él! ¡Tú, que anteayer...!

SELMA.—Sí, pero todo está reparado. Acabé por comprender que el hombre no es simple máquina de cálculos, y que la vida tiene tropiezos.

BRATSBERG.—¿Lo quieres tú?

SELMA.—Sí, una cosa es que haga locuras y otra que se las dejamos hacer.

BRATSBERG.—Que venga, pues. *(Selma sale.)*

RINGDAL.—*(Entrando por la primera puerta de la derecha.)* Aquí tiene usted su dimisión. *(Mostrando un pliego á Bratsberg.)*

BRATSBERG.—Gracias. Rásguela usted.

RINGDAL.—¿Por qué?

Bratsberg.—Porque no está redactada en debida forma. Sí, Ringdal. Por otra parte...

Erik.—*(Entrando con Selma por la derecha.)* ¿Me perdonas, papá?

Bratsberg.—*(Dandole la letra de cambio.)* Toma, no quiero ser mas inflexible que el destino.

Erik.—Desde hoy, papá, renuncio á todo comercio que te desagrade.

Bratsberg.—No, continúa; no seas cobarde; no abandones tu carrera; yo me asociaré contigo. *(En voz alta.)* Señores: quiero que sepan ustedes que desde ahora me asocio con mi hijo.

Varios invitados—¿Usted, señor chambelán?

Heire.—¿Tú?

Bratsberg.—Si. Se trata de un comercio honrado y fructuoso, al cual me siento arrastrado.

Lundestad.—Señor chambelán, si usted quiere entregarse á la vida activa del pais, vergonzoso y ridículo sería para un obrero como yo permanecer con los brazos cruzados.

Erik.—¿Qué quiere usted decir?

Lundestad.—Quiero decir que después de las desilusiones amorosas de Stensgard, Dios me libre de inducirle á que se ocupe de política. Entiendo que hay que distraerle, mandarlo al campo, hasta que se reponga. Y en cuanto á vosotros, mis queridos conciudadanos, si puedo seros útil en algo, estoy á vuestra disposición.

Varios ciudadanos. — *(Emocionados y estrechando la mano á Lundestad.)* Gracias. Usted no tropieza nunca; siempre será para nosotros el fiel, el venerable Lundestad.

Bratsberg.—¡Bravo! todo marcha bien. Pero en resúmen, ¿quien tiene la culpa de tantos tropiezos?

Fieldbo.—En párte la tiene Aslaksen.

Aslaksen.—*(Asustado)* ¿Yo, señor doctor? Juro que soy tan inocente, como el recien nacido.

Fieldbo.—No obstante, la letra de...

Aslaksen.—Yo no tengo en ello culpa alguna: la tiene la elección, el destino, la ventura, Bastian Monsen, el ponche de la señora Rundholmen... En fin, yo permanezco firme en la brecha con la prensa.

Bratsberg. —*(Acercándose.)* ¿Qué dice usted?

Aslaksen.—La prensa, señor chambelán.

Bratsberg.—Ya se lo dije á usted: la prensa actual, ejerce una influencia extraordinaria.

Aslaksen.—No tanto, señor chambelán.

Bratsberg.—Fuera modestias, Aslaksen. Le aseguro que nunca leí el diario de usted, pero desde ahora me suscribo á él. ¿Puede usted remitirme diez ejemplares?

Aslaksen.—Aunque quiera usted veinte.

Bratsberg.—Gracias; mándeme usted veinte: Y en caso de faltarle dinero, véngame usted á ver. Eso sí, nunca escribiré una línea; téngalo en cuenta.

Ringdal.—*(A Bratsberg.)* Me han dicho que casa usted la hija. ¿Es cierto?

Bratsberg.—Sí; ¿qué le parece á usted?

Ringdal.—Muy bien. ¿Y como fué eso?

Fieldbo.—*(Precipitadamente.)* Ya se lo contaré más tarde.

Bratsberg.—Todo se concertó el día 17 de Mayo último.

Fieldbo.—¡Cómo!

Bratsberg.—El mismo día en que la señorita Ragna...

Dora.—Papá, ¿tú sabías?..

Bratsberg.—Sí, si, querida; lo sabía.

Fieldbo.—¡Oh! ¡señor chambelán!

Dora.—¿Y, quién se lo ha...?

Bratsberg.—Otra vez, señoritas mías, mien-

tras yo duerma la siesta, hablen ustedes más bajo.

DORA.—¡Dios mío! ¿Acaso estaba usted acostado en la alcoba?

FIELDBO.—Ahora comprendo su conducta.

BRATSBERG.—¿Y por qué callasteis tanto, vosotros?

FIELDBO.—¿De qué nos hubiera servido decirlo antes?

BRATSBERG.—Teneis razón; todo viene por sus pasos contados.

DORA.—(*Bajo á Fieldbo.*) Veo que sabes callar. ¿Por qué no me contaste las aventuras de Stensgard?

FIELDBO.—Cuando el ave de rapiña vuela alrededor del palomar, hay que velar por las palomas. (*La señora Rundholmen les interrumpe.*)

HEIRE.—*(A Bratsberg.)* Tendremos que aplazar nuestro pleito para una fecha indeterminada.

BRATSBERG.—Si asi lo crees, sea.

HEIRE.—¿Sabes? He aceptado el cargo de redactor en el periódico de Aslaksen.

BRATSBERG.—Me alegro.

HEIRE. — Ya comprenderás que las muchas ocupaciones...

BRATSBERG.—Sí, si, esperaré.

SRA. RUNDHOLMEN.—*(A Dora.)* Pues sí, lloré mucho por ese malvado, pero á Dios gracias, Bastian me redime. Al fin me libro de aquel imfame, cargado de vícios, fumador, glotón... ¡Ah, qué asco!

LA SIRVIENTA.—El señor está servido.

BRATSBERG.—Una vez mas doy las gracias á todos. Ustedes señores Lundestad y Aslaksen quédense aqui con nosotros.

RIGDAL. — No faltarán argumentos para los brindis.

HELLE.—No por cierto. Yo pienso ocuparme de los amigos ausentes.

LUNDESTAD.—Por ejemplo, de Stensgard.

HEIRE.—Ja, ja, ja.

LUNDESTAD—Señores, aseguro que dentro diez ó quince años, Stensgard será diputado ó ministro: puede que todo á la vez.

FIELDBO.—¿Dentro diez ó quince años? Entonces ya no estará al frente de la Unión de los jóvenes.

HEIRE.—¿Por qué no?

FIELDBO—Porque será de edad harto equívoca.

HEIRE.—Y se colocará al frente de una Unión de hombres equívocos, ¿no es verdad? Lundestad participa de las ideas de Napoleón cuando decía: «De las gentes equívocas surgen los hombres políticos». Je, je, je.

FIELDBO.—La unión organizada por nosotros subsistirá y continuará siendo le Unión de los jóvenes. Cuando Stensgard era llevado en triunfo por la multitud en medio de aclamaciones y entusiasmos, recuerdo que decía: «La Unión de los jóvenes tiene un pacto con la providencia». Creo que el pastor, aqui presente aprobará el mismo pacto.

BRATSBERG.—En efecto, amigos míos, pues si bien hemos obrado locamente, los ángeles buenos velaban por nosotros.

LUNDESTAD.—Gracias á Dios y á los ángeles.

ASLAKSEN.—Y gracias á nuestras circunstancias locales, señor Lundestad.

TELÓN